

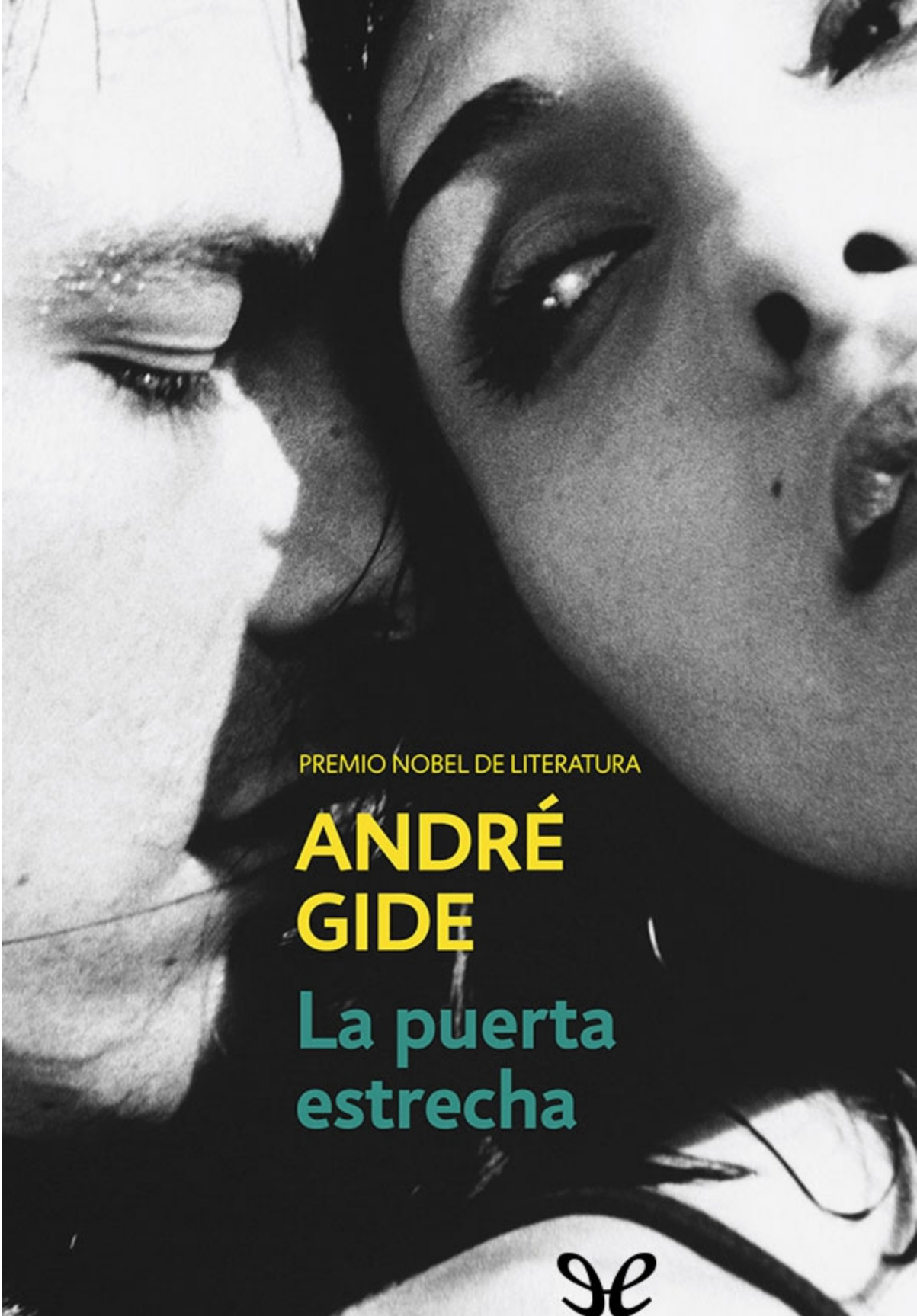


PREMIO NOBEL DE LITERATURA

**ANDRÉ
GIDE**

**La puerta
estrecha**

se



PREMIO NOBEL DE LITERATURA

**ANDRÉ
GIDE**

**La puerta
estrecha**

se



Palissier es un delicado joven parisino que pasa los veranos en la casa de campo de su tío, en Normandía. Durante uno de esos veranos él y su prima Alissa se enamoran profundamente. Sin embargo, ella se convence poco a poco de que la apasionada alma de su amado corre peligro; para salvarlo, decide recorrer el camino de la renuncia y el ascetismo espiritual. Narrada en forma de confesión íntima, este libro bellísimo denuncia los extravíos de una moral austera y puritana, capaz de negar las leyes de la naturaleza y de la vida.



André Gide

La puerta estrecha

ePub r1.0

mandius 27.07.16

Título original: *La porte étroite*
André Gide, 1959
Traducción: Blanca Torrents

Editor digital: mandius
ePub base r1.2



Esforzaos en entrar por la puerta estrecha.

LUCAS, XIII, 24

I

Otros podrían haber hecho con ella un libro, pero la historia que voy a contar aquí la viví con todas mis fuerzas y consumí en ella mi virtud. Escribiré pues con entera sencillez mis recuerdos, y, si en algunos puntos están hechos girones, no recurriré a la fantasía para remendarlos o unirlos, el esfuerzo que dedicaría a recomponerlos empañaría el placer último que espero encontrar al relatarlos.

Todavía no tenía yo doce años cuando perdí a mi padre. Mi madre, a la que nada ya retenía en El Havre, donde mi padre había sido médico, decidió trasladarse a París, considerando que allí podría finalizar yo mejor mis estudios. Alquiló, cerca del Luxembourg, un pequeño apartamento, que miss Ashburton vino a compartir con nosotros. Miss Flora Ashburton, que ya no tenía familia, había sido primero institutriz de mi madre, después su compañera y pronto su amiga. Yo vivía al lado de aquellas dos mujeres de aspecto igualmente dulce y triste, a las que solo puedo recordar vestidas de luto. Un día, y creo que bastante después de la muerte de mi padre, mi madre sustituyó con una cinta malva la cinta negra del sombrero que llevaba por las mañanas.

—¡Oh, mamá! —exclamé yo—. ¡Qué mal te sienta este color!

Al día siguiente había vuelto a ponerse la cinta negra.

Mi salud era delicada. Si la solicitud que mi madre y miss Ashburton dedicaban a prevenir mi fatiga no hizo de mí un perezoso, es porque me gusta de veras el trabajo. En cuanto empieza el buen tiempo, las dos se convencen de que ha llegado el momento de sacarme de la ciudad, en la que palidezco. Hacia mediados de junio, nos marchamos a Fongueusemare, en

las cercanías de El Havre, donde mi tío Bucolin nos recibe todos los veranos.

En un jardín no muy grande, ni muy bonito, sin nada en particular que lo distinga de otros jardines normandos, la casa de los Bucolin, blanca, de dos pisos, se parece a muchas de las casas de campo del penúltimo siglo. Abre una veintena de amplias ventanas a la fachada que da al jardín, orientada hacia el este, y otras tantas en la parte posterior; no hay ventanas en las fachadas laterales. Las ventanas están formadas por pequeños cuadrados: unos, recientemente sustituidos, parecen demasiado claros entre los viejos, que parecen, en comparación, verdes y opacos. Algunos tienen defectos que nuestros parientes llaman «burbujas»; el árbol que se ve a través de ellos se descoyunta; el cartero, al cruzar tras ellos, adquiere bruscamente una joroba.

El jardín, rectangular, está rodeado de muros. Forma, delante de la casa, un espacio cubierto de césped, bastante amplio y sombreado, rodeado por una avenida de arena y grava. Por este lado, el muro desciende, para dejar ver el patio de la granja que rodea el jardín, limitado por una avenida de hayas, como es usual en la región.

Detrás de la casa, hacia poniente, el jardín se expande con más libertad. Una avenida, adornada de flores, ante los espaldares que miran al sur, queda al abrigo de los vientos marinos gracias a una espesa cortina de laureles de Portugal y de árboles. Otra avenida, que corre a lo largo del muro del norte, desaparece bajo las ramas. Mis primas lo llamaban «el camino negro» y no querían aventurarse por él después del crepúsculo. Estos dos caminos conducen al huerto, que prolonga el jardín hacia abajo, tras descender unos peldaños. Después, al otro lado del muro, horadado al fondo del huerto por una puertecilla secreta, se encuentra un bosquecillo, en el que desemboca, por la derecha y por la izquierda, la avenida de hayas. Desde la escalinata que da a poniente, la mirada, por encima del bosquecillo, reencuentra la meseta y admira las mieses que la cubren. En el horizonte, no muy lejos, la iglesia de un pueblecito y, al anochecer, cuando el aire está tranquilo, el humo de algunas casas.

Todos aquellos hermosos crepúsculos estivales, después de la cena, nos encaminábamos al «jardín bajo». Salíamos por la puerta secreta y

llegábamos a un banco de la avenida desde el que se domina un poco la región. Allí, cerca del techo de rastrojo de una manguera abandonada, se sentaban mi tío, mi madre y miss Ashburton. Ante nosotros, el pequeño valle se llenaba de bruma y el cielo se doraba por encima del bosquecillo lejano. Después nos demorábamos en el fondo del jardín ya en sombras. Volvíamos a la casa, encontrábamos en el salón a mi tía, que casi nunca salía con nosotros... Para nosotros, los niños, la velada terminaba ahí, pero a menudo estábamos todavía leyendo en nuestras habitaciones, cuando oíamos subir a los demás.

Casi todas las horas del día que no pasábamos en el jardín las pasábamos en la «sala de estudio», el despacho de mi tío en el que se habían instalado pupitres escolares. Mi primo Robert y yo trabajábamos lado a lado y, detrás de nosotros, Juliette y Alissa. Alissa tiene dos años más y Juliette un año menos que yo; Robert es el menor de los cuatro.

No son mis primeros recuerdos lo que pretendo escribir aquí, sino solo aquellos que se relacionan con esta historia. De hecho puedo decir que empezó el año de la muerte de mi padre. Tal vez mi sensibilidad, exacerbada por nuestro luto, y, si no por mi propio pesar, al menos por la visión del pesar de mi madre, me predisponía a nuevas emociones. Yo había madurado precozmente, y, cuando volvimos aquel año a Fongueusemare, Juliette y Robert me parecieron mucho más jóvenes, pero, al volver a ver a Alissa, comprendí bruscamente que los dos habíamos dejado de ser unos niños.

Sí, fue el año de la muerte de mi padre, y lo que confirma mi recuerdo es una conversación que sostuvieron mi madre y miss Ashburton, inmediatamente después de nuestra llegada. Entré de modo inesperado en la habitación donde mi madre estaba hablando con su amiga. Se trataba de mi tía; mi madre se indignaba de que no se hubiera puesto de luto o de que se lo hubiera quitado ya. (A decir verdad, se me hace tan difícil imaginar a mi tía Bucolin de negro como a mi madre con un vestido claro.) El día de nuestra llegada, por lo que puedo recordar, Lucile Bucolin llevaba un vestido de muselina. Miss Ashburton, conciliadora como siempre, intentaba tranquilizar a mi madre:

—Al fin y al cabo —argüía con timidez—, el blanco también es color de luto.

—¿Y también es «de luto» el chal rojo que llevaba por los hombros? ¡Flora, a veces me sacas de quicio! —exclamaba mi madre.

Yo solo veía a mi tía durante los meses de vacaciones y sin duda el calor del verano justificaba los vestidos ligeros y generosamente escotados que siempre le vi. Y, más incluso que el ardiente color de los echarpes con los que se cubría los hombros desnudos, lo que escandalizaba a mi madre eran los escotes.

Lucile Bucolin era muy hermosa. Un pequeño retrato suyo que he conservado me la muestra tal como era entonces, con un aire tan juvenil que se la hubiera tomado por la hermana mayor de sus hijas, sentada de lado, en aquella postura que le era habitual: la cabeza inclinada sobre la mano izquierda, cuyo meñique se doblaba con un gesto afectado hacia los labios. Una redecilla de gruesas mallas retiene la masa de sus cabellos espesos, medio recogidos en la nuca, y en el escote, pendiendo de una cinta de terciopelo negro, un medallón de mosaico italiano. El cinturón de terciopelo negro, con gran nudo flotante, y el sombrero de paja ligera y ala muy ancha, que ella ha colgado en el respaldo de la silla, acentúan su aspecto juvenil. La mano derecha, caída, sostiene un libro cerrado.

Lucile Bucolin era criolla. No había conocido o había perdido muy pronto a sus padres. Mi madre me contó, más adelante, que, abandonada o huérfana, había sido recogida por el pastor Vautier y su esposa, que todavía no tenían hijos y que, al marcharse poco después de la Martinica, trajeron consigo a la muchacha a El Havre, donde vivía la familia Bucolin. Los Vautier y los Bucolin se frecuentaron. Mi tío estaba entonces empleado en el extranjero, en un banco, y no fue hasta tres años más tarde, al volver al lado de los suyos, que vio a la pequeña Lucile, se enamoró de ella y pidió inmediatamente su mano, con gran pesar de sus padres y de mi madre. Lucile tenía entonces dieciséis años. Entretanto, madame Vautier había tenido dos hijos y empezaba a temer la influencia sobre ellos de aquella hermana adoptiva cuyo carácter se afirmaba inquietantemente de día en día. Por otra parte, los recursos del matrimonio eran muy limitados... Todo esto es lo que me dijo mi madre para explicarme que los Vautier hubiesen

aceptado con alegría la propuesta de su hermano. Imagino que, además, la joven Lucile empezaba a resultarles terriblemente incómoda. Conozco lo bastante la sociedad de El Havre para imaginar fácilmente el tipo de acogida que debió de brindarse a una jovencita tan seductora. El pastor Vautier, al que más tarde conocí, suave, circunspecto e ingenuo a la vez, absolutamente desarmado en presencia del mal, aquel hombre excelente debía de sentirse en el límite de sus fuerzas. En cuanto a madame Vautier, nada puedo decir: murió de parto cuando nació su cuarto hijo, que, aproximadamente de mi edad, debía llegar a ser más tarde amigo mío.

Lucile Bucolin participaba poco en nuestra vida. No bajaba de su habitación hasta después de la comida, se tumbaba enseguida en un sofá o en una hamaca, permanecía en esa posición hasta el anochecer y, cuando se levantaba, lo hacía con languidez. A veces se llevaba a la frente, por otra parte perfectamente mate, un pañuelo, como para secarse el sudor. Era un pañuelo que me maravillaba por su finura y por su olor, que parecía menos un perfume de flores que de frutos. A veces se sacaba de la cintura un minúsculo espejito, con una tapa deslizante de plata, que pendía de la cadena de su reloj entre otros objetos. Se miraba, se tocaba con un dedo los labios, recogía un poco de saliva y se mojaba la comisura de los ojos. Sostenía a menudo un libro, pero un libro casi siempre cerrado, entre las hojas del cual quedaba aprisionado un cortapapeles de concha. Cuando alguien se acercaba a ella, sus ojos no se separaban de sus ensueños para fijarse en uno. A menudo, desde su mano negligente o fatigada, desde el brazo del sofá, desde un pliegue de la falda, caía al suelo el pañuelo, o el libro, o una flor, o el cortapapeles. Un día, al recoger el libro —se trata de un recuerdo infantil— y ver que era de versos, me ruboricé.

Por la noche, después de cenar, Lucile Bucolin no se acercaba a nuestra mesa familiar, sino que, sentada al piano, tocaba con complacencia lentas mazurcas de Chopin; a veces, rompiendo el compás, se inmovilizaba en un acorde...

Yo experimentaba un malestar extraño cerca de mi tía, un sentimiento hecho de turbación, de cierto género de admiración y de miedo. Tal vez un

oscuro instinto me prevenía contra ella, y además yo notaba que ella despreciaba a Flora Ashburton y a mi madre, que miss Ashburton le tenía miedo y que a mi madre no le gustaba.

Lucile Bucolin, me gustaría no guardarte rencor, olvidar por un instante que hiciste tanto daño..., por lo menos trataré de hablar de ti sin enojo.

Un día de aquel verano —o del verano siguiente, porque, en aquel escenario siempre igual, a veces mis recuerdos superpuestos se confunden—, entré en el salón a buscar un libro. Ella estaba allí. Iba a retirarme inmediatamente, pero ella, que por lo general parecía ni verme, me llamó:

—¿Por qué te vas tan aprisa, Jérôme? ¿Es que me tienes miedo?

Con el corazón palpitante, me acerqué a ella. Intenté sonreír y tenderle una mano. Ella retuvo mi mano en una de las suyas y con la otra me acarició la mejilla.

—¡Qué mal te viste tu madre, pobre pequeño mío!

Yo llevaba una especie de traje de marinero con un gran cuello, que mi tía empezó a manosear.

—¡Los cuellos de marinero se llevan mucho más abiertos! —dijo, mientras desabrochaba un botón de mi camisa—. ¡Mira si no estás así mucho mejor!

Y, sacando su espejito, atrajo mi cara contra la suya, pasó alrededor de mi cuello su brazo desnudo, introdujo su mano en mi camisa entreabierta, me preguntó riendo si tenía cosquillas, siguió avanzando la mano... Tuve un sobresalto tan brusco que se rompió mi marinera y huí con el rostro encendido, mientras ella exclamaba: «¡Uf, el muy tonto!». Corrí hasta el fondo del jardín y allí, en una pequeña cisterna del huerto, mojé mi pañuelo, me lo apliqué en la frente, lavé, me froté las mejillas, el cuello, todo lo que aquella mujer había tocado.

Algunos días, Lucile Bucolin tenía «su crisis». Aparecía de repente y revolucionaba la casa. Miss Ashburton se apresuraba a llevarse a los niños y a entretenerlos, pero no era posible evitar que oyeran los terribles gritos que surgían del dormitorio o del salón. Mi tío perdía la cabeza, se le oía correr por los pasillos, buscando toallas, agua de colonia, éter. Por la noche,

sentados a la mesa, en la que mi tía no comparecía todavía, conservaba un aspecto ansioso y envejecido.

Cuando la crisis casi había terminado, Lucile Bucolin llamaba a sus hijos para que acudieran junto a ella: a Robert y a Juliette, pero nunca a Alissa. Aquellos tristes días, Alissa se encerraba en su habitación, donde a veces iba a buscarla su padre, pues hablaba muy a menudo con ella.

Las crisis de mi tía impresionaban mucho a las personas del servicio. Una tarde que la crisis había sido especialmente fuerte y que yo había permanecido junto a mi madre, confinados en su habitación desde donde se oía menos lo que acontecía en el salón, oímos que la cocinera corría por los pasillos gritando:

—¡Señor, baje enseguida, la pobre señora se está muriendo!

Mi tío había subido a la habitación de Alissa; mi madre salió a su encuentro. Un cuarto de hora más tarde, cuando los dos pasaron sin darse cuenta ante las ventanas abiertas de la habitación donde yo me había quedado, llegó hasta mí la voz de mi madre:

—Si quieres que te lo diga, querido mío, todo esto no es más que una comedia.

Y lo repitió varias veces, separando las sílabas: u-na co-me-dia.

Eso sucedía hacia el final de las vacaciones y dos años después de nuestro luto. Pasaría mucho tiempo antes de que volviese a ver a mi tía. Pero antes de hablar del triste acontecimiento que trastornó a nuestra familia, y de una pequeña circunstancia que, precediendo muy de cerca al desenlace, transformó en puro odio el sentimiento complejo e indeciso aún que yo experimentaba por Lucile Bucolin, ha llegado el momento de que os hable de mi prima.

Que Alissa Bucolin era bonita es algo de lo que yo no me daba todavía cuenta; estaba fascinado y retenido por un encanto distinto al de la simple belleza. Sin duda, se parecía mucho a su madre, pero su mirada tenía una expresión tan diferente, que no me di cuenta de este parecido hasta más adelante. No puedo describir su rostro; los rasgos se me escapan, y hasta el color de sus ojos; solo recuerdo la expresión casi triste ya de su sonrisa y la línea de sus cejas, tan extraordinariamente arqueadas encima de los ojos, formando un gran semicírculo sobre ellos. No he visto otras parecidas en

ninguna parte... Sí, en una estatuilla florentina de los tiempos de Dante, y me gusta imaginar que Beatriz tenía, de niña, unas cejas tan ampliamente arqueadas como aquellas. Prestaban a la mirada, a todo su ser, una expresión interrogante, a la vez ansiosa y confiada; sí, de interrogación apasionada. Todo era en ella preguntas y espera... Os explicaré de qué modo esta interrogación se apoderó de mí, constituyó mi vida.

Juliette, sin embargo, podía parecer más hermosa. La alegría y la salud le inferían su resplandor, pero su belleza, ante la gracia de su hermana, parecía exterior, algo que se entregaba a todos de golpe. En cuanto a mi primo Robert, nada especial le caracterizaba. Era simplemente un muchacho más o menos de mi edad. Yo jugaba con Juliette y con él; con Alissa conversaba. Ella no participaba apenas en nuestros juegos. Hasta donde retrocede mi memoria, la veo seria, dulcemente sonriente y retraída. ¿De qué hablábamos? ¿De qué pueden hablar dos chiquillos? Enseguida intentaré explicarlo, pero antes, y para no tener que volver a hablar de ella, quiero terminar de contar lo que se refiere a mi tía.

Dos años después de la muerte de mi padre, nosotros, mi madre y yo, fuimos a pasar las vacaciones de Pascua a El Havre. No vivíamos en casa de los Bucolin que, en la ciudad, tenían una vivienda bastante reducida, sino en la casa de una hermana mayor de mi madre, que disponía de más espacio. Mi tía Plantier, a la que tenía raramente ocasión de ver, era viuda desde hacía mucho tiempo. Yo apenas conocía a sus hijos, mucho mayores que yo y de un talante muy diferente. La «casa Plantier», como la llamaban en El Havre, no estaba propiamente en la ciudad, sino a la mitad de cierta colina que domina la ciudad y a la que daban el nombre de «la Côte». Los Bucolin habitaban cerca del sector comercial. Una pendiente llevaba con bastante rapidez de una casa a la otra, y yo la bajaba y la subía varias veces al día.

Aquel día yo almorzaba en casa de mi tío. Poco después de la comida, él salió. Yo lo acompañé hasta su oficina y después volví a subir a la casa Plantier para recoger a mi madre. Me dijeron que había salido con mi tía y que no volvería hasta la hora de cenar. Volví a bajar enseguida a la ciudad, donde tenía pocas ocasiones de pasear libremente. Llegué hasta el puerto, que una bruma marina hacía opaco; vagué una hora o dos por los muelles.

De repente me asaltó el deseo de ir a sorprender a Alissa, de la que sin embargo me acababa de separar... Atravieso corriendo la ciudad, llamo a la puerta de los Bucolin, y me precipito hacia la escalera. La criada que me ha abierto la puerta me detiene:

—¡No suba, señorito Jérôme! ¡No suba! ¡La señora ha tenido una crisis!

Pero sigo adelante: «No es a mi tía a quien vengo a ver...». La habitación de Alissa está en el tercer piso. En el primero, el salón y el comedor; en el segundo, la habitación de mi tía, de donde surgen unos gritos. La puerta ante la que tengo que pasar está abierta; sale de la habitación un rayo de luz y alumbra a medias el rellano de la escalera. Vacilo un instante, por miedo a ser visto, me oculto y, lleno de estupor, veo lo siguiente: en medio de la habitación, cuyas cortinas están cerradas, pero en la que las velas de dos candelabros difunden una alegre claridad, está mi tía, tendida en un diván; a sus pies, Robert y Juliette; detrás, un joven desconocido en uniforme de teniente. Hoy la presencia de los dos niños me parece monstruosa; en mi inocencia de entonces, más bien me tranquilizó.

Los niños miran risueños al desconocido, que repite con voz aflautada:

—¡Bucolin! ¡Bucolin...! Si tuviera un cordero, seguramente le pondría Bucolin.

Mi tía, por su parte, ríe a carcajadas. Veo que tiende al joven un cigarrillo que él enciende y del que aspira ella unas chupadas. El cigarrillo cae al suelo. Él se precipita a cogerlo, finge enredarse los pies en un echarpe, cae de rodillas delante de mi tía... Aprovechando esa ridícula puesta en escena, me deslizo sin ser visto.

Heme aquí delante de la habitación de Alissa. Espero un instante. Las risas y los gritos suben desde el piso inferior, y tal vez han cubierto el ruido que he hecho yo al llamar a la puerta, porque no oigo respuesta. Empujo la puerta, que cede silenciosamente. La habitación está ya tan oscura que al principio no distingo a Alissa. Está junto a la cabecera de su cama, de rodillas, de espaldas al ventanal por donde penetra el día agonizante.

Se vuelve, aunque sin levantarse, cuando yo me le acerco, y murmura:

—¡Oh, Jérôme! ¿Por qué has vuelto?

Me inclino para besarla; su rostro está cubierto de lágrimas...

Aquel instante decidió mi vida; todavía hoy no puedo recordarlo sin ansiedad. Sin duda yo solo comprendía muy imperfectamente la causa de la angustia de Alissa, pero sentí intensamente que aquella angustia era demasiado fuerte para aquella pequeña alma palpitante, para aquel cuerpo frágil sacudido por los sollozos.

Permanecí de pie junto a ella, que seguía arrodillada. Yo no sabía expresar el nuevo arrebató de mi corazón, pero apoyé su cabeza contra mi pecho y sobre su frente mis labios, por donde se me escapaba toda el alma. Embriagado de amor, de piedad, de una indistinta mezcla de entusiasmo, de abnegación, de virtud, invocaba a Dios con todas mis fuerzas y hacía ofrenda de mí mismo, no concibiendo ya otro objetivo en mi vida que proteger a aquella niña contra el miedo, contra el mal, contra la vida. Me arrodillo por fin lleno de plegarias, la refugio entre mis brazos y, confusamente, le oigo decir:

—¡Jérôme! Ellos no te habrán visto, ¿verdad? ¡Oh, vete enseguida! ¡Es preciso que no te vean! —Y, todavía en voz más baja—: Jérôme, no se lo cuentes a nadie... Mi pobre papá no sabe nada.

No le conté nada a mi madre, pero los interminables cuchicheos que mi tía Plantier sostenía con ella, el aire misterioso, agitado y triste de las dos mujeres, el «¡niño, vete a jugar más lejos!», con que me ahuyentaban cada vez que yo me acercaba a sus conciliábulos, todo me indicaba que no ignoraban por entero el secreto de la casa Bucolin.

Apenas habíamos regresado a París, cuando un telegrama llamó a mi madre a El Havre: mi tía acababa de escaparse de casa.

—¿Con quién? —le pregunté a miss Ashburton, con la que mi madre me había dejado.

—Pregúntaselo a tu madre, pequeño, yo no puedo decirte nada —me respondió aquella vieja y querida amiga, a quien el acontecimiento había trastornado.

Dos días después, emprendimos, ella y yo, el viaje para reunirnos con mi madre. Era un sábado. Yo iba a volver a ver a mis primas al día siguiente, en la iglesia, y esto ocupaba todos mis pensamientos. Mi espíritu

de niño atribuía gran importancia a esa santificación de nuestro reencuentro. Al fin y al cabo, mi tía me importaba poco e hice cuestión de honor el no preguntarle nada a mi madre.

En la pequeña capilla, no había mucha gente aquella mañana. El pastor Vautier, sin duda intencionadamente, había elegido como texto de su meditación estas palabras de Cristo: «Esforzaos en entrar por la puerta estrecha».

Alissa estaba unas filas delante de mí. Yo veía su rostro de perfil; la miraba fijamente, con tal olvido de mí mismo que me parecía oír a través de ella aquellas palabras que escuchaba con embeleso. Mi tío estaba sentado al lado de mi madre y lloraba.

El pastor había leído primero el versículo entero: «Esforzaos en entrar por la puerta estrecha, porque la puerta ancha y el camino espacioso conducen a la perdición, y son muchos los que pasan por ellos, pero estrecha es la puerta y angosto el camino que conducen a la Vida, y son pocos los que la encuentran». Después, precisando las divisiones del tema, pasó a hablar del camino espacioso... Con el espíritu ausente, y como en un sueño, volví a ver la habitación de mi tía, volví a ver a mi tía tendida en el diván riendo, vi al apuesto oficial que reía también... ¡Y la idea misma de la risa, de la alegría, resultaba hiriente, ultrajante, se convertía en una especie de odiosa exageración del pecado...!

«Y son muchos los que pasan por ellos», repetía el pastor Vautier. Después describió, y yo vi, una multitud emperifollada, que reía y avanzaba alegremente, formando un cortejo en el que yo sentía que no podía, que no quería, encontrar lugar, porque cada paso que hubiera dado yo con ellos me hubiera alejado de Alissa.

Y el pastor volvía al inicio del texto, y yo veía aquella puerta estrecha por la que había que esforzarse en entrar. Me la representaba, en el sueño en que me sumergí, como una especie de laminador, en el que me introducía con esfuerzo, sintiendo un dolor extraordinario, en el que se mezclaba, sin embargo, un anticipo de la felicidad del cielo. Y la puerta se convertía después en la puerta de la habitación de Alissa; para entrar, yo me reducía, me vaciaba de cuanto egoísmo pudiera quedar en mí... «Pero angosto el camino que conduce a la Vida», proseguía el pastor Vautier, y, más allá de

toda mortificación, de toda tristeza, yo imaginaba, presentía otro tipo de alegría, pura, mística, seráfica, de la que mi alma estaba sedienta. Imaginaba esta alegría como un canto de violín a la vez estridente y tierno, como una llama ardiente en la que se consumían el corazón de Alissa y el mío.

Avanzábamos los dos, ataviados con los blancos ropajes de que nos habla el Apocalipsis, cogidos de la mano y persiguiendo la misma meta... ¡Qué me importa si aquellos sueños infantiles provocan una sonrisa! Los expongo sin cambiar nada. La confusión que tal vez hay en ellos se debe únicamente a imperfección de las palabras y las imágenes, incapaces de expresar con precisión un sentimiento.

«Pocos son los que la encuentran» —acababa el pastor Vautier, y explicaba cómo encontrar la puerta estrecha—: «Pocos son...».

Yo sería uno de ellos...

Al terminar el sermón, yo había llegado a tal estado de tensión moral que, en cuanto finalizó el culto, huí de allí, sin intentar ver a mi prima; por orgullo, queriendo poner a prueba mis resoluciones (pues las había tomado), y pensando que la merecería más si me alejaba inmediatamente de ella.

II

Esta enseñanza austera encontraba un alma preparada, predispuesta de forma natural al deber, y a la que el ejemplo de mi padre y de mi madre, unido a la disciplina puritana a la que ellos habían sometido los primeros impulsos de mi corazón, acababa de inclinar hacia lo que yo oía llamar virtud. Era en mí tan natural reprimirme como en otros abandonarse, y ese rigor al que me sometía, lejos de repugnarme, me halagaba. Lo que esperaba de la vida no era tanto la felicidad como el esfuerzo infinito por alcanzarla, y confundía ya entonces virtud y felicidad. Sin duda, como cualquier muchacho de catorce años, me sentía todavía indeciso, disponible, pero muy pronto el amor por Alissa me sumergió deliberadamente en este sentido. Fue una repentina iluminación interior a favor de la cual tomé conciencia de mí mismo; me vi retraído, poco abierto, lleno de espera, bastante despreocupado respecto a los demás, mediocrementemente emprendedor, y no soñando con otras victorias que las que se obtienen contra uno mismo. Me gustaba el estudio, y, entre los juegos, únicamente me atraían los que precisaban recogimiento o esfuerzo. Congeniaba poco con los muchachos de mi edad y solo participaba en sus juegos por afecto o condescendencia. Sin embargo, trabé amistad con Abel Vautier que, al año siguiente, se reunió conmigo en París y coincidió en mi misma clase. Era un chico simpático, indolente, por el que yo sentía más afecto que estimación, pero con el que, por lo menos, podía hablar de El Havre y de Fongueusemare, hacia donde volaban incesantemente mis pensamientos.

En cuanto a mi primo Robert Bucolin, al que habían puesto a pensión en el mismo liceo que nosotros, aunque dos cursos atrás, solo le veía los

domingos. Si no hubiera sido hermano de mis primas, a las que, por lo demás, se parecía poco, no habría experimentado ningún placer al verlo.

En aquel entonces estaba yo muy ocupado por mi amor, y solo a la luz del mismo adquirieron estas dos amistades cierta importancia para mí. Alissa era semejante a la perla de gran valor de que nos hablan los Evangelios, y yo era el que lo vende todo para conseguirla. Por muy niño que yo fuese aún, ¿me equivoco al hablar de amor y al dar este nombre al sentimiento que experimentaba hacia mi prima? Nada de cuanto he conocido después me parece más merecedor de este nombre. Y, por otra parte, cuando tuve edad para sufrir otras inquietudes más precisas de la carne, mi sentimiento no cambió mucho de naturaleza, no intenté poseer de modo más directo a aquella que, siendo yo niño, había pretendido únicamente merecer. Trabajo, esfuerzos, acciones piadosas, todo se lo ofrecía místicamente a Alissa, inventando un refinamiento de virtud que consistía en dejarla a menudo en la ignorancia de lo que había hecho yo por ella. Me embriagaba así de una especie de modestia intensísima y me habitué a menospreciar mi propio placer y a no contentarme con nada que no me hubiera costado un esfuerzo.

¿Me espoleaba solo a mí ese deseo de emulación? No creo que Alissa fuera sensible a él ni hiciese nada por mi causa, o para mí, que únicamente me esforzaba por ella. Todo, en su alma sin artificio, conservaba la belleza más natural. Su virtud tenía tanta soltura y tanta gracia que podía confundirse con el abandono. Gracias a su sonrisa infantil, la gravedad de su mirada era cautivadora; vuelvo a ver aquella mirada tan dulce, tan tiernamente interrogadora, y comprendo que mi tío, en su angustia, buscara junto a su hija mayor apoyo, consejo y consuelo. El verano siguiente le vi hablar a menudo con ella. Su desdicha lo había envejecido mucho; casi no hablaba durante las comidas, y a veces mostraba de improviso una suerte de alegría fingida, más penosa todavía que su silencio. Permanecía en su despacho, fumando, hasta la hora del crepúsculo en que Alissa iba a buscarlo. Había que convencerlo para salir y ella se lo llevaba al jardín como si fuera un niño. Descendían los dos la avenida de las flores e iban a sentarse a la rotonda, junto a la escalera del huerto, donde nosotros habíamos colocado unas sillas.

Una tarde que yo me había demorado leyendo, tendido en el césped, a la sombra de una de las grandes hayas purpúreas, separado únicamente del camino de las flores por la hilera de laureles, que interceptaba las miradas pero no las voces, oí a Alissa y a mi tío. Sin duda habían estado hablando de Robert, y entonces fue pronunciado mi nombre por Alissa y, cuando empecé a distinguir las palabras, mi tío exclamó:

—¡Oh, a él le gustará siempre el trabajo!

Indiscreto a mi pesar, quise marcharme o, por lo menos, hacer algún movimiento que delatara mi presencia, pero ¿qué?, ¿toser?, ¿gritarles que estaba allí y que les oía?... y fue mucho más la timidez y la vergüenza que la curiosidad por seguir escuchando lo que me mantuvo en silencio. Por otra parte, ellos se limitaban a pasar y yo entendía apenas lo que decían... Pero avanzaban despacio; sin duda, como de costumbre, Alissa, con un cestito al brazo, recogía las flores marchitas y amontonaba al pie de las espalderas las frutas todavía verdes que las frecuentes brumas marinas hacían caer. Oí su clara voz:

—Papá, ¿era mi tío Palissier un hombre notable?

La voz de mi tío era ronca y velada; no oí bien su respuesta.

—¿Muy notable?, di —insistió Alissa.

Hubo de nuevo una respuesta confusa y después Alissa otra vez:

—Jérôme es inteligente, ¿verdad?

¿Cómo no iba yo a alargar la oreja? Pero no, no pude entender nada.

—¿Crees tú que llegará a convertirse en un hombre notable? —continuó la muchacha.

Aquí la voz de mi tío subió de tono:

—¡Mira, pequeña, primero querría yo saber qué entiendes tú por notable! Se puede ser muy notable sin parecerlo, por lo menos a ojos de los hombres... muy notable a los ojos de Dios.

—Así es como yo lo entiendo —dijo Alissa.

—Y además... ¿cómo podría yo saberlo? Es demasiado joven... Sí, realmente promete mucho, pero esto no basta para triunfar.

—¿Qué hace falta además?

—Pero, hija mía, ¿qué quieres que te diga? Confianza, apoyo, amor...

—¿A qué llamas apoyo? —le interrumpió Alissa.

—Al afecto y la estima que a mí me han faltado —respondió tristemente mi tío.

Y después sus voces se perdieron definitivamente.

En el momento de mis oraciones nocturnas, sentí remordimientos por mi involuntaria indiscreción y prometí acusarme de ella ante mi prima. Tal vez influyera en ello la curiosidad de saber algo más.

A las primeras palabras que le dije el día siguiente, exclamó:

—Pero, Jérôme, está muy mal escuchar así. Deberías habernos advertido o haberte marchado.

—Te aseguro que no estaba escuchando... que lo oí sin querer... Además, os limitabais a pasar.

—Caminábamos despacio.

—Sí, pero apenas entendí nada. Enseguida dejé de oíros... Dime, ¿qué respondió mi tío cuando le preguntaste lo que hacía falta para triunfar?

—Jérôme —contestó ella riendo—, ¡lo oíste perfectamente! Te divierte hacérmelo repetir.

—Te aseguro que solo oí el principio... cuando él hablaba de confianza y de amor.

—Dijo, después, que hacían falta muchas otras cosas.

—Pero tú ¿qué fue lo que respondiste?

De repente se puso muy seria.

—Cuando habló de apoyo en la vida, le respondí que tú tenías a tu madre.

—¡Oh, Alissa, sabes muy bien que no la tendré para siempre...! Y, además, no es lo mismo...

Ella bajó la cabeza:

—Eso es lo que él me contestó.

Le cogí tembloroso una mano.

—Todo lo que yo sea en adelante, quiero serlo por ti.

—Pero, Jérôme, también yo puedo abandonarte.

Puse toda el alma en mis palabras:

—Yo, a ti, no te abandonaré nunca.

Alissa se encogió ligeramente de hombros.

—¿No eres lo bastante fuerte para caminar solo? Todos hemos de alcanzar a Dios solos.

—Pero eres tú quien me indica el camino.

—¿Por qué quieres buscar otro guía en vez de Cristo...? ¿Crees que podemos estar nunca más cerca el uno del otro que cuando, olvidando al otro, rezamos a Dios?

—Sí, rogándole que nos una —la interrumpí—. Es lo que le pido todas las mañanas y todas las noches.

—¿Acaso no comprendes lo que puede significar la comunión en Dios?

—Lo comprendo de todo corazón: reencontrarse apasionadamente en una misma cosa adorada. Me parece que precisamente para reencontrarte adoro lo que sé que tú adoras también.

—Tu adoración no es pura.

—No me pidas demasiado. No me interesaría el cielo si no supiera que allí te voy a encontrar.

Alissa se puso un dedo en los labios y dijo con cierta solemnidad:

—«Buscad primero el reino de Dios y su justicia.»

Al transcribir nuestras palabras, me doy perfecta cuenta de que parecerán poco infantiles a aquellos que no saben lo serias y graves que pueden ser las conversaciones de los niños. ¿Qué puedo hacer yo? ¿Tratar de disculparlas? De ninguna manera, al igual que no puedo disfrazarlas para hacer que parezcan más naturales.

Nos habíamos procurado los Evangelios en el texto de la Vulgata y sabíamos de memoria pasajes enteros. Con el pretexto de ayudar a su hermano, Alissa había aprendido conmigo latín, pero supongo que lo hizo, más bien, para poderme seguir en mis lecturas, y era cierto que yo me atrevía apenas a tomar gusto a un estudio en el que sabía que ella no iba a acompañarme. Si esto me afectó a veces, no fue, como podría creerse, frenando el impulso de mi espíritu; muy al contrario, parecía precederme libremente por todas partes. Pero mi espíritu elegía sus caminos pensando en ella, y lo que nos ocupaba entonces, lo que llamábamos «pensamiento», no era a menudo más que un pretexto para una comunicación más sabia, un disfraz para el sentimiento, un revestimiento del amor.

Mi madre se había inquietado tal vez al principio ante un sentimiento del que no se le alcanzaba la profundidad, pero ahora, al sentir declinar sus fuerzas, le gustaba reunirnos en un mismo abrazo maternal. La enfermedad cardíaca que padecía desde hacía tiempo le ocasionaba trastornos cada vez más frecuentes. Durante una crisis especialmente dura, hizo que yo me acercara a ella:

—Pobre pequeño mío, ya ves que estoy envejeciendo mucho —me dijo—. Algún día te dejaré bruscamente.

Calló, muy turbada.

Y entonces exclamé, irresistiblemente, aquello que ella parecía esperar que yo dijese:

—Mamá..., tú sabes que quiero casarme con Alissa.

Y mi frase coincidía sin duda con sus pensamientos más íntimos, porque repuso de inmediato:

—Sí, de eso quería yo hablarte, Jérôme.

—¡Mamá! —exclamé entre sollozos—. Tú crees que ella me ama, ¿verdad?

—Sí, pequeño mío...

Repitió varias veces con ternura: «Sí, pequeño mío». Hablaba con dificultad.

—Hay que dejar hacer al Señor —añadió.

Después, como yo estaba inclinado junto a ella, me puso una mano en la cabeza y dijo todavía:

—¡Que Dios os proteja, queridos míos! ¡Que Dios os proteja a los dos!

Después cayó en una especie de sopor del que no intenté arrancarla.

Esta conversación no se repitió nunca más. Al día siguiente, mi madre se sintió mejor. Yo volví a mis clases y el silencio se cerró sobre aquella semiconfidencia. Por lo demás, ¿qué otra cosa hubiera podido yo averiguar? No podía dudar ni por un instante que Alissa me amaba. Y, aun en el caso de que lo hubiera dudado hasta entonces, la duda habría desaparecido para siempre de mi corazón con motivo del triste acontecimiento que siguió.

Mi madre se extinguió muy dulcemente una tarde, entre miss Ashburton y yo. La última crisis, la que se la llevó, no pareció en su inicio más fuerte que las anteriores. No adquirió un carácter alarmante hasta el final, antes

del cual ninguno de nuestros parientes tuvo tiempo de acudir. La primera noche estuve velando a la querida muerta junto a la vieja amiga de mi madre; yo quería profundamente a mi madre y me sorprendía que, a pesar de mis lágrimas, no sintiera tristeza. Cuando lloraba, era por apiadarme de miss Ashburton, que veía a su amiga, muchos años más joven que ella, precederla así delante de Dios. Pero el secreto pensamiento de que aquel duelo iba a precipitar hacia mí a mi prima se superponía inmensamente a mi pensar.

Al día siguiente, llegó mi tío. Me tendió una carta de su hija, que no vino hasta un día después, con mi tía Plantier.

... Jérôme, amigo mío, hermano mío, cuánto me apena no haber podido decirle antes de su muerte aquellas palabras que le hubieran proporcionado la gran alegría que ella esperaba. Ahora, ¡que ella me perdone! ¡Y que solo Dios nos guíe a los dos de ahora en adelante! Adiós, pobre amigo mío. Soy, más tiernamente que nunca, tu Alissa.

¿Qué podía significar aquella carta? ¿Cuáles eran las palabras que ella lamentaba tanto no haber pronunciado, sino aquellas con las que habría comprometido nuestro futuro? Yo era tan joven, sin embargo, que no me atrevía a pedir ya su mano. Por otra parte, ¿necesitaba yo su promesa? ¿Acaso no éramos ya como prometidos? Nuestro amor no era un secreto para los nuestros; mi tío, al igual que mi madre, no le ponía obstáculos. Todo lo contrario, me trataba ya como a un hijo.

Las vacaciones de Pascua, que llegaron pocos días después, las pasé en El Havre, alojado en casa de mi tía Plantier y comiendo casi siempre en la de mi tío Bucolin.

Mi tía Félicie Plantier era la mejor de las mujeres, pero ni mis primas ni yo teníamos con ella una gran intimidad. Una agitación continua la dejaba sin aliento; sus gestos no tenían suavidad, ni sus palabras, melodía; nos atropellaba a caricias, presa, a cualquier hora del día, de una necesidad de efusión donde su afecto por nosotros se desbordaba.

Mi tío Bucolin la quería mucho, pero solo en el tono de su voz, cuando le hablaba, nos era fácil adivinar cuánto había preferido a mi madre.

—Pobrecito mío —empezó ella a decirme un día—, no sé qué tienes intención de hacer este verano, pero esperaré a saber cuáles son tus

proyectos antes de decidir lo que yo haré. Si puedo serte útil...

—Aún no he pensado mucho en ello —le respondí—. Tal vez intente viajar.

—Ya sabes —prosiguió —que tanto en mi casa como en Fongueusemare serás siempre bienvenido. Si vas allí, darás una alegría a tu tío y a Juliette...

—Querrá decir a Alissa.

—¡Es verdad! Perdón... ¿Quieres creer que yo había imaginado que era a Juliette a quien amabas? Hasta que tu tío me habló de ello... no hace siquiera un mes... Yo os quiero mucho, ¿sabes?, pero no os conozco bien. ¡Tengo tan pocas ocasiones de veros...! Y además soy poco observadora, no tengo tiempo de pararme a mirar lo que no me concierne. Siempre te había visto jugar con Juliette. Había pensado... Es tan bonita, tan alegre.

—Sí, todavía ahora juego a gusto con ella, pero es a Alissa a quien amo.

—¡Muy bien, muy bien! Tú sabrás... Yo, la verdad, puede decirse que no la conozco. Habla menos que su hermana. Pienso que, si la has escogido, habrás tenido buenas razones para hacerlo.

—Pero, tía, yo no he escogido amarla y jamás me he preguntado qué razones tenía para...

—No te enfades, Jérôme. Lo he dicho sin mala intención... Me has hecho olvidar lo que quería decirte... Ah, sí. Pienso, claro está, que todo esto terminará en boda, pero, a causa del luto, no puedes prometerte ya decentemente... Además, eres todavía muy joven... He pensado que tu presencia en Fongueusemare, ahora que tu madre no estará allí, podía ser mal vista...

—Pero, tía, precisamente por eso hablaba yo de viajar.

—Sí. Pues bien, pequeño, yo había pensado que mi presencia podría facilitar las cosas y me las he arreglado para quedar libre una parte del verano.

—Por poco que se lo hubiera pedido, miss Ashburton habría venido de buena gana.

—Ya sé que ella irá. ¡Pero esto no basta! Yo iré de todos modos... ¡Oh!, no tengo la pretensión de sustituir a tu pobre madre —añadió,

prorrumpiendo repentinamente en sollozos—, pero me ocuparé de la casa... Y ni tú, ni tu tío, ni Alissa tendréis que sentir os incómodos.

Mi tía Félicie se engañaba sobre la eficacia de su presencia. A decir verdad, ella fue nuestra única molestia. Tal como lo había anunciado, se instaló, a partir de julio, en Fongueusemare, donde miss Ashburton y yo tardamos poco en reunirnos con ella. Con el pretexto de ayudar a Alissa en las ocupaciones de la casa, llenaba aquella mansión tan tranquila de un ajetreo constante. El apresuramiento que mostraba para sernos agradable y, como ella decía, para «facilitar las cosas», era tan desbordante que Alissa y yo quedábamos casi siempre cohibidos y casi mudos en su presencia. Debió de encontrarnos muy fríos. (Y, caso de que no hubiéramos callado, ¿habría podido comprender acaso la naturaleza de nuestro amor?) El carácter de Juliette, por el contrario, encajaba bastante bien con aquella exuberancia, y es posible que cierto resentimiento debilitara mi afecto hacia mi tía al verle manifestar una predilección muy acentuada por la menor de sus sobrinas.

Una mañana, después de la llegada del correo, mi tía me mandó llamar:

—Querido Jérôme, estoy realmente desolada: mi hija está enferma y me necesita, no voy a tener otro remedio que dejaros...

Invadido por inútiles escrúpulos, fui a hablar con mi tío, sin saber si iba a atreverme a permanecer en Fongueusemare después de la marcha de mi tía. Pero él me interrumpió desde mis primeras palabras:

—¿Qué demonios acaba de inventar mi pobre hermana para complicar las cosas más naturales? Y ¿por qué ibas a dejarnos tú, Jérôme? ¿Acaso no eres ya casi mi hijo?

Mi tía solo había estado en Fongueusemare quince días. En cuanto se hubo ido, la casa pudo recuperar su intimidad y se estableció en ella una calma que mucho se parecía a la felicidad. Mi luto no había ensombrecido, sino afianzado nuestro amor. Empezó una vida monótona en la que, como en un medio muy sonoro, se oía el más nimio movimiento de nuestros corazones.

Unos días después de la marcha de mi tía, hablamos de ella una noche, en la mesa. Lo recuerdo bien:

«¡Qué agitación!», dijimos. «¿Será posible que los trajines de la vida no dejen un momento de respiro a su alma? Bella apariencia del amor, ¿qué se hace aquí de tu reflejo?». Porque recordábamos la frase de Goethe que, hablando de madame de Stein, decía: «Sería hermoso ver reflejarse el mundo en esta alma». Y establecimos de inmediato no sé qué jerarquía, situando en el lugar más alto las facultades contemplativas.

Mi tío, que había callado hasta entonces, replicó con una triste sonrisa:

—Queridos míos, incluso rota, Dios reconocerá su imagen. Guardémonos de juzgar a los hombres por un solo momento de su vida. Todo lo que os disgusta en mi pobre hermana obedece a unos acontecimientos que conozco demasiado para poder criticarla con tanta severidad como vosotros. No hay cualidad tan agradable en la juventud que no pueda estropearse al envejecer. Lo que vosotros llamáis agitación no era al principio, en Félicie, más que un ímpetu encantador, lleno de espontaneidad, de abandono, de gracia... No éramos muy distintos, os lo aseguro, de como sois vosotros ahora. Yo me parecía bastante a ti, Jérôme, quizá incluso más de lo que imagino. Félicie se parecía mucho a lo que ahora es Juliette... Sí, incluso físicamente, y de repente la reencuentro —añadió volviéndose hacia su hija— en ciertas entonaciones de tu voz. Tenía tu sonrisa y ese gesto, que perdió muy pronto, en que quedaba a veces como tú, sin hacer nada, sentada, con los codos apoyados y la frente oculta tras los dedos cruzados de las manos.

Miss Ashburton se volvió hacia mí, y, casi en un susurro, me dijo:

—Alissa, en cambio, me recuerda a tu madre.

El verano, aquel año, fue espléndido. Todo parecía penetrado de azur. Nuestro fervor triunfaba sobre el mal, sobre la muerte; la sombra retrocedía ante nosotros. Todas las mañanas me despertaba mi alegría, me levantaba con la aurora, me precipitaba al encuentro del día... Cuando pienso en aquellos tiempos, los veo llenos de rocío. Juliette, más madrugadora que su hermana, que prolongaba hasta muy tarde sus veladas, bajaba conmigo al jardín. Actuaba de mensajera entre su hermana y yo; yo le explicaba interminablemente nuestro amor y ella no parecía cansarse de escucharme. Le decía lo que no me atrevía a decirle a Alissa, ante la cual, por exceso de

amor, me sentía tímido y retraído. Alissa parecía prestarse a este juego, parecía divertirse que yo hablara tan a gusto con su hermana, ignorando o fingiendo ignorar que solo hablábamos de ella.

¡Oh, tributo exquisito del amor, del exceso mismo del amor, por qué secreto camino nos condujiste de la risa al llanto y de la más inocente alegría a la existencia de la virtud!

El verano transcurría tan puro, tan amable, que actualmente mi memoria no puede evocar casi nada de aquellas jornadas resbaladizas. Los únicos acontecimientos eran las conversaciones, las lecturas...

—He tenido un sueño muy triste —me dijo Alissa, la mañana de uno de mis últimos días de vacaciones—. Yo vivía y tú habías muerto. No, yo no te veía morir. Solo acontecía esto: tú estabas muerto. ¡Era terrible! Era tan imposible que yo conseguía que estuvieras simplemente ausente. Estábamos separados y yo sentía que había algún medio de reunirme contigo. Buscaba el modo y, para conseguirlo, hice un esfuerzo tal que desperté... Creo que esta mañana yo seguía bajo la impresión de este sueño, era como si lo continuara. Me parecía aún que estaba separada de ti, que iba a estar separada de ti mucho tiempo, mucho tiempo —y añadió, en voz baja—, toda mi vida, y que durante toda la vida habría que hacer un gran esfuerzo...

—¿Para qué?

—Un gran esfuerzo los dos para encontrarnos.

Yo no tomaba muy en serio sus palabras, o temía tomarlas muy en serio. Como para protestar contra ellas dije, con el corazón palpitante, en un súbito arranque de valor:

—Pues bien, yo esta mañana he soñado que iba a desposarte con tal fuerza que nada, salvo la muerte, podría separarnos.

—¿Crees que la muerte puede separar?

—Quiero decir que...

—Yo pienso que, por el contrario, puede aproximar... Sí, aproximar aquello que ha estado separado durante la vida.

Todo esto penetraba en nosotros tan profundamente que aún me parece oír el tono de nuestras palabras. Sin embargo, no comprendí toda su gravedad hasta más tarde.

El verano se nos escapaba. La mayor parte de los campos por los que se extendía inesperadamente nuestra mirada estaban ya vacíos. La víspera, no, la antevíspera de mi marcha, al anochecer, descendí con Juliette hasta el bosquecillo del jardín bajo.

—¿Qué era lo que le recitabas ayer a Alissa? —me preguntó.

—¿Cuándo?

—En el banco de la manguera, cuando os habíamos dejado un poco atrás...

—Ah, creo que eran unos versos de Baudelaire...

—¿Cuáles? ¿No quieres decírmelos?

—«Pronto nos sumergiremos en las frías tinieblas» —empecé yo de bastante mala gana.

Pero ella me interrumpió enseguida y prosiguió con voz temblorosa y cambiada:

—«¡Adiós, viva claridad de nuestros veranos demasiado breves!»

—¡Vaya! ¡Los conoces! —exclamé sorprendido en extremo—. Creí que no te gustaban los versos...

—¿Por qué no habían de gustarme? ¿Tal vez porque tú no me los recitas? —respondió riendo pero un poco cohibida—. A veces parece creer que soy completamente estúpida.

—Se puede ser muy inteligente y que no te gusten los versos. Nunca te los he oído recitar ni me has pedido que te los recitara yo.

—Porque Alissa se encarga de ello... —Calló unos instantes y después preguntó con brusquedad—: ¿Te marchas pasado mañana?

—No tengo otro remedio.

—¿Qué harás este invierno?

—Mi primer curso en la Normal.

—¿Cuándo piensas casarte con Alissa?

—No antes del servicio militar. Y ni siquiera antes de saber un poco mejor lo que quiero hacer después.

—O sea que todavía no lo sabes.

—No quiero saberlo todavía. Hay demasiadas cosas que me interesan. Retrasaré cuanto pueda el momento en que tendré que escoger y hacer solo

una.

—¿Es también el miedo a inmovilizarte lo que te hace diferir el noviazgo?

Me encogí de hombros, sin contestar. Ella insistió:

—Entonces ¿qué demonios esperáis para prometeros? ¿Por qué no os prometéis enseguida?

—¿Y por qué habríamos de hacerlo? ¿No nos basta acaso saber que somos y seguiremos siendo el uno para el otro, aunque el mundo no lo sepa? Si me place consagrarle toda mi vida a Alissa, ¿encontrarías tú más hermoso que sujetara mi amor por medio de promesas? Yo, no. Estas promesas me parecerían una injuria al amor... Solo desearía prometerme si desconfiara de ella.

—No es de ella de quien yo desconfío...

Caminábamos despacio. Habíamos llegado a aquel punto del jardín donde poco antes había escuchado yo involuntariamente la conversación que Alissa sostenía con su padre. De pronto se me ocurrió que tal vez Alissa, a la que había visto salir al jardín, estuviese sentada en la rotonda, y que podía por tanto estar oyéndonos. La posibilidad de hacerle escuchar lo que no me atrevía yo a decirle directamente me sedujo de inmediato y, divertido por mi estratagema, elevé la voz:

—¡Oh! —exclamé, con esa exaltación un tanto pomposa que era propia de mi edad, y poniendo demasiada atención a mis propias palabras para poder oír a través de Juliette todo aquello que ella no decía—. ¡Oh, si por lo menos pudiéramos, inclinándonos sobre el alma que amamos, ver en ella, como en un espejo, la imagen que allí producimos! ¡Leer en otro como en nosotros mismos, mejor que en nosotros mismos! ¡Qué tranquilidad en la ternura! ¡Qué pureza en el amor!...

Tuve la fatuidad de atribuir la turbación de Juliette a un efecto de mi mediocre lirismo. Ella escondió repentinamente la cabeza en mi hombro.

—¡Jérôme, Jérôme! ¡Quisiera estar segura de que la harás feliz! Si también por tu culpa tuviera ella que sufrir, creo que te detestaría.

—Pero, Juliette —exclamé, besándola y haciéndole levantar la cabeza—, ¡también yo me detestaría a mí mismo! Si tú supieras... ¡Pero si es con el fin de no empezar mi vida sin ella que no quiero decidir aún mi carrera!

¡Pero si hago depender de ella todo mi futuro! ¡Pero si no quiero nada de todo aquello que yo podría ser sin ella!

—¿Qué dice Alissa cuando tú le hablas de todo esto?

—¡No le hablo nunca de esto! ¡Nunca! También es esta la causa de que todavía no nos prometamos. Entre nosotros no hablamos nunca de matrimonio ni de lo que haremos después. ¡Oh, Juliette! La vida con ella me parece tan hermosa, que no me atrevo... ¿Entiendes? No me atrevo a hablarle.

—Quieres que la felicidad la sorprenda.

—No, no es esto. Pero tengo miedo... de darle miedo. ¿Comprendes? Temo que esta inmensa dicha que yo entreveo pueda asustarla. Un día le pregunté si sentía deseos de viajar. Me respondió que no deseaba nada y que le bastaba con saber que estos países existían, que eran hermosos, que a otros les era posible ir a ellos...

—¿Y tú, Jérôme, sientes deseos de viajar?

—¡A todas partes! La vida entera me parece un largo viaje, con ella, a través de los libros, los hombres, los países... ¿Has pensado en lo que significan las palabras «llevar anclas»?

—Sí, lo pienso a menudo —murmuró ella.

Pero yo, que apenas la escuchaba y que dejaba caer al suelo sus palabras como pobres pájaros heridos, proseguí:

—Partir por la noche, despertar en el deslumbramiento de la aurora, saberse solos los dos sobre la incertidumbre de las olas...

—Y llegar a un puerto que ya de muy niño se había contemplado en los mapas, donde todo es desconocido... Te imagino en la pasarela, bajando del barco con Alissa apoyada en tu brazo.

—Iríamos corriendo a Correos —añadí riendo—, a reclamar la carta que Juliette nos habría escrito...

—Desde Fongueusemare, donde ella se habría quedado, y que os parecería muy pequeño, muy triste y muy lejano...

¿Fueron precisamente estas sus palabras? No puedo asegurarlo, pues, como ya he dicho, estaba tan lleno de mi amor que apenas escuchaba cualquier cosa que no se refiriera a él.

Nos acercábamos a la rotonda e íbamos a volver sobre nuestros pasos, cuando, emergiendo de las sombras, Alissa apareció ante nosotros. Estaba tan pálida que Juliette lanzó un grito.

—Sí, no me siento muy bien —balbuceó Alissa precipitadamente—. El aire es frío. Será mejor que vuelva a casa.

Y, separándose de nosotros, regresó con pasos apresurados a la casa.

—Ha oído todo lo que decíamos —exclamó Juliette, en cuanto Alissa se hubo alejado un poco.

—Pero no hemos dicho nada que pudiera apenarla. Todo lo contrario...

—Déjame —me interrumpió Juliette, mientras se precipitaba detrás de su hermana.

Aquella noche no pude dormir. Alissa había bajado a cenar, pero después se había retirado enseguida, quejándose de migraña. ¿Qué había oído de nuestra conversación? Y yo recordaba con inquietud nuestras palabras. Después pensé que tal vez había hecho mal caminando demasiado cerca de Juliette, rodeándola con mi brazo, pero era una costumbre de niño y Alissa nos había visto muchas veces caminar así. ¡Ah, qué ciego estaba, al buscar a tientas mis errores, sin sospechar ni por un instante que tal vez Alissa había captado mejor aquellas palabras de Juliette a las que yo había prestado tan poca atención y que ahora apenas recordaba! ¡Poco importa! Presa de inquietud, asustado ante la idea de que Alissa pudiera dudar de mí, y sin imaginar que podía existir otro peligro, resolví, a pesar de lo que había dicho a Juliette, y tal vez impresionado por lo que ella me había dicho, vencer mis escrúpulos, mi aprensión, y prometerme al día siguiente.

Era la víspera de mi marcha. Yo podía atribuir a esto su tristeza. Tuve la impresión de que me evitaba. Discurría el día sin que yo tuviera ocasión de encontrarla sola. El miedo de tener que marcharme sin haberle hablado me empujó hacia su habitación poco antes de la cena. Alissa se estaba poniendo un collar de coral y, para abrocharlo, levantaba los brazos y se inclinaba, de espaldas a la puerta, mirándose en el espejo por encima del hombro, entre dos lámparas encendidas. Fue en el espejo donde me vio primero y donde siguió mirándome unos instantes, sin dar la vuelta.

—¡Vaya! ¿No estaba cerrada la puerta? —dijo.

—He llamado y no has contestado, Alissa. ¿Sabes que me marchó mañana?

Ella no respondió, pero dejó en la chimenea el collar que no conseguía abrochar. La palabra «noviazgo» me pareció demasiado desnuda, demasiado brutal. Utilicé no sé qué perífrasis en su lugar. Cuando Alissa comprendió, me pareció que vacilaba, se apoyó contra la chimenea... pero estaba tan tembloroso yo mismo que evitaba mirar hacia ella.

Yo estaba a su lado y, sin levantar los ojos, le cogí la mano. Ella no se soltó; inclinando un poco la cara y levantando un poco mi mano, puso en ella sus labios y murmuró, apoyada contra mí:

—No, Jérôme, no, no nos prometamos, te lo suplico...

Mi corazón latía con tal fuerza que creo que ella lo oyó, y repitió, más tiernamente:

—No, todavía no...

—Pero ¿por qué?

—Soy yo quien podría preguntarte por qué. ¿Por qué cambiar?

No me atrevía a hablarle de la conversación de la víspera, pero Alissa adivinó sin duda que yo pensaba en ella y, como una respuesta a mi pensamiento, dijo, mientras me miraba con fijeza:

—Te equivocas, amigo mío, no necesito tanta felicidad. ¿Acaso no somos dichosos así?

Se esforzaba inútilmente en sonreír.

—No, puesto que debo abandonarte.

—Escucha, Jérôme, esta noche no puedo hablar contigo... No estropeemos nuestros últimos momentos... No, no. Te amo tanto como siempre, tranquilízate. Te escribiré, te lo explicaré. Te prometo que te escribiré mañana mismo, en cuanto te hayas marchado. ¡Vete, ya! Mira, ahora me pongo a llorar... Déjame.

Me rechazaba, me apartaba de ella dulcemente. Y esta fue nuestra despedida, porque aquella noche no pude decirle nada más y, el día siguiente, en el momento de mi partida, Alissa se encerró en su habitación. La vi en la ventana, diciéndome adiós con la mano, mientras veía alejarse el carruaje que se me llevaba.

III

Aquel año casi no había podido ver a Abel Vautier. Adelantándose a la convocatoria, se había alistado, mientras yo preparaba mi licenciatura redoblando la clase de retórica. Dos años más joven que Abel, había aplazado mi servicio hasta la salida de la Escuela Normal, en la que ambos debíamos ingresar aquel curso.

Fue un placer volver a vernos. Al salir del ejército, él había estado viajando durante más de un mes. Temía encontrarle cambiado, pero había adquirido más seguridad, sin perder nada de su seducción. La tarde que precedió al comienzo de las clases, y que pasamos en el Luxembourg, no pude retener mis confidencias y le hablé largamente de mi amor, del que, por lo demás, ya tenía conocimiento. Aquel año él había adquirido cierta práctica con las mujeres, lo que le permitía un aire de superioridad un poco fatuo, pero que no me molestó en lo más mínimo. Se burló de mí por no haber sabido pronunciar la última palabra, como él decía, y estableció el axioma de que no hay que dejar nunca que una mujer se recupere. Yo le dejé hablar, pero pensaba que sus excelentes argumentos no valían para mí ni para ella y que demostraban simplemente que no terminaba de comprendernos.

Al día siguiente de nuestra llegada, recibí esta carta:

Mi querido Jérôme:

He reflexionado mucho sobre lo que me propusiste (*¡lo que yo le propuse! ¡Dar ese nombre a nuestro noviazgo!*). Temo ser demasiado mayor para ti. Tal vez no te lo parezca porque no has tenido todavía ocasión de ver a otras mujeres, pero pienso en lo que sufriría yo más adelante, después de haberme entregado a ti, si viese que ya no podía gustarte. Te indignarás mucho, ya lo sé, al leer esto; me parece oír tus protestas, y, sin embargo, te pido que esperes a haber avanzado un poco más en la vida.

Comprende que hablo únicamente pensando en ti, pues, por lo que a mí respecta, creo que no podría nunca dejar de amarte.

ALISSA

¡Dejar de amarnos! ¿Podía plantearse siquiera esa posibilidad? Me sentí más sorprendido incluso que apesadumbrado; tan trastornado que corrí inmediatamente a enseñarle la carta a Abel.

—Bueno, ¿y qué piensas hacer? —me dijo, tras haber leído la carta, moviendo la cabeza y con los labios apretados.

Yo levanté los brazos, lleno de incertidumbre y de pesar.

—¡Espero que por lo menos no vas a contestar! —siguió diciendo—. Si empiezas a discutir con una mujer, estás perdido... Mira, si dormimos en El Havre el sábado, podemos estar en Fongueusemare el domingo por la mañana y volver aquí para la primera clase del lunes. No he vuelto a ver a tus familiares desde que terminé el servicio; es un pretexto suficiente y que me honra. ¡Si Alissa ve que se trata solo de un pretexto, mejor! Yo me ocuparé de Juliette, mientras tú hablas con su hermana. Intenta no comportarte como un niño... A decir verdad, hay algo en tu historia que no termino de comprender. No debes de habérmelo contado todo... ¡No importa! Ya lo descubriré... Sobre todo, no anuncies nuestra llegada, hay que sorprender a tu prima y no darle tiempo de armarse.

El corazón me latía con fuerza al empujar la cerca del jardín. Juliette corrió inmediatamente a nuestro encuentro. Alissa, ocupada con la ropa de la casa, no se dio prisa en bajar. Estábamos hablando con mi tío y con miss Ashburton, cuando por fin entró ella en el salón. Si nuestra llegada repentina la había turbado, por lo menos supo no dejarlo traslucir. Pensé en lo que me había dicho Abel y que precisamente para armarse contra mí había tardado tanto en aparecer. La extrema animación de Juliette hacía parecer todavía más fría su reserva. Sentí que desaprobaba mi regreso o que, por lo menos, trataba de manifestar con su actitud una desaprobación tras la cual no me atrevía yo a buscar una secreta emoción más viva. Sentada bastante lejos de nosotros, en un rincón, junto a una ventana, parecía absorta en su labor de bordado, de la que contaba los puntos moviendo los labios. Abel, ¡afortunadamente!, hablaba, pues yo, por mi

parte, no me sentía con ánimos, y, sin las historias que él contaba de su año de servicio militar y de su viaje, los primeros instantes de aquel reencuentro hubiesen resultado mortales. Incluso mi tío parecía especialmente pensativo.

En cuanto terminamos el almuerzo, Juliette me llevó aparte y me empujó hacia el jardín.

—¡Figúrate que me han pedido en matrimonio! —exclamó cuando estuvimos solos—. Tía Félicie escribió ayer a papá para comunicarle las aspiraciones de un viticultor de Nîmes. Un tipo muy bien, afirma ella, que se enamoró de mí al encontrarme no sé dónde esta primavera.

—¿Tú te fijaste en él? —la interrogué, con una involuntaria hostilidad hacia el pretendiente.

—Sí, sé de quién se trata. Una especie de Don Quijote buena persona, sin cultura, muy feo, muy vulgar, bastante ridículo y delante del cual la tía no podía conservar la seriedad.

—¿Y tiene... alguna posibilidad? —pregunté en tono burlón.

—¡Vamos, Jérôme! ¡Bromeas! ¡Un hombre de negocios...! ¡Si le hubieras visto, no me lo preguntarías!

—Y... ¿qué ha contestado mi tío?

—Lo mismo que yo, que soy demasiado joven para casarme... Desgraciadamente —añadió riendo—, mi tía había previsto la objeción. En una posdata dice que el señor Édouard Teissières, este es su nombre, consiente en esperar, que se ha declarado tan pronto simplemente para «guardar turno»... Es absurdo, pero ¿qué quieres que haga? ¡No puedo hacer que le digan que es demasiado feo!

—No, pero que no quieres casarte con un viticultor.

Ella se encogió de hombros.

—Son razones que no tienen cabida en la cabeza de mi tía... Dejemos eso. ¿Te ha escrito Alissa?

Hablaba con extrema volubilidad y parecía sentir una profunda agitación. Le alargué la carta de Alissa y la leyó con las mejillas arreboladas. Creí distinguir un acento de enfado en su voz, cuando me preguntó:

—Bueno, ¿y qué piensas hacer?

—Ya no lo sé —respondí—. Ahora que estoy aquí, pienso que hubiera sido más fácil escribir y me reprocho haber venido. ¿Entiendes tú lo que ha querido decirme?

—Entiendo que quiere dejarte en libertad.

—Pero ¿para qué me sirve a mí esta libertad? ¿Entiendes tú por qué me ha escrito esto?

Me contestó con un «no» tan tajante que, sin presentir en absoluto la verdad, me persuadí al menos a partir de aquel instante de que tal vez Juliette no la ignoraba.

Después, bruscamente, dando media vuelta en un recodo del camino por el que avanzábamos, me dijo:

—Ahora, déjame. No has venido para hablar conmigo. Hace demasiado rato que estamos juntos.

Corrió hacia la casa y, poco después, le oí tocar el piano.

Cuando volví al salón, Juliette charlaba, sin dejar de tocar, pero indolentemente ahora y como improvisando, con Abel, que se le había acercado. Los dejé y deambulé bastante rato por el jardín en busca de Alissa.

Estaba al fondo del huerto, cogiendo al pie de un muro los primeros crisantemos, que mezclaban su perfume con el de las hojas muertas del hayal. El aire estaba saturado de otoño. El sol no entibiaba apenas las espalderas, pero el cielo estaba orientalmente puro. Alissa tenía el rostro enmarcado, oculto casi tras la gran cofia holandesa que Abel le había traído del viaje y que ella se había puesto inmediatamente. Al principio no se volvió al acercarme yo, pero un ligero temblor que no pudo reprimir me advirtió que había reconocido mis pasos. Y entonces me puse rígido e hice acopio de fuerzas para soportar sus reproches y la severidad que su mirada haría caer sobre mí. Pero, cuando estuve lo bastante cerca y frené temeroso el paso, Alissa, sin volver primero la cabeza y manteniéndola baja como un niño enfurruñado, me tendió, casi hacia atrás, la mano llena de flores, como invitándome a acercarme. Y como, por el contrario, ante este gesto, y como juego, yo me detuve, ella, volviéndose al fin, dio unos pasos hacia mí, levantó la cabeza, y vi su rostro inundado por una sonrisa. Animado por su

mirada, repentinamente todo me pareció de nuevo simple, fácil, y, sin esfuerzo y con la voz habitual, empecé:

—Ha sido tu carta lo que me ha hecho volver.

—Es lo que he sospechado —contestó, y luego, dulcificando con el tono de la voz el aguijón de su reprimenda, siguió—: Y esto es precisamente lo que me disgusta. ¿Por qué has tomado a mal lo que te decía? Es, sin embargo, muy simple... (Y ya la tristeza y la dificultad me parecieron puras fantasías, únicamente existentes en mi espíritu.) Éramos felices así, ya te lo había dicho. ¿Por qué te sorprende que me niegue cuando me propones un cambio?

Era cierto, yo me sentía feliz junto a ella, tan perfectamente feliz que mi pensamiento iba ya a intentar acomodarse en todo al suyo, y no deseaba yo otra cosa ya que su sonrisa, y caminar a su lado así, por un tibio camino bordeado de flores, dándole la mano.

—Si tú lo prefieres —le dije con gravedad, renunciando de golpe a cualquier otra esperanza y abandonándome a la perfecta dicha del instante—, si tú lo prefieres, no nos prometeremos. Cuando recibí tu carta, comprendí en el acto que era feliz, en efecto, y que iba a dejar de serlo. ¡Oh, devuélveme la dicha que tenía! No puedo vivir sin ella. Te amo lo bastante para esperarte toda mi vida, pero que tú puedas dejar de amarme o que dudes de mi amor, Alissa, me resulta insoportable.

—¡De ningún modo, Jérôme, puedo dudar!

Y su voz, mientras me decía esto, era a la vez tranquila y triste, pero la sonrisa que iluminaba su rostro era tan serenamente hermosa que me avergoncé de mis miedos y mis quejas. Me pareció entonces que solo a ellos se debía el trasfondo de tristeza que percibía en su voz. Empecé a hablar, sin transición, de mis proyectos, de mis estudios y de aquella nueva forma de vida de la que me prometía tanto provecho. La Escuela Normal no era entonces lo que ha pasado a ser después. Una disciplina bastante rigurosa solo era una carga para los espíritus indolentes o reacios, mientras, por el contrario, favorecía el esfuerzo de una voluntad consagrada al estudio. Me gustaba que aquel ambiente casi monacal me preservara de un mundo que, por lo demás, me atraía muy poco, y que hubiera bastado que Alissa pudiera temer para hacérseme inmediatamente odioso. Miss

Ashburton conservaba en París el apartamento que había ocupado con mi madre. Al no conocer en París a nadie más, Abel y yo pasaríamos todos los domingos unas horas en su compañía. Todos los domingos escribiría yo a Alissa y no le dejaría ignorar nada de mi vida.

Estábamos sentados ahora en el marco de los bastidores abiertos por donde rebosaban al azar enormes tallos de cohombros, cuyos últimos frutos habían sido ya recogidos. Alissa me escuchaba, me preguntaba; nunca había sido antes tan cuidadosa su ternura, ni su afecto tan hondo. Temor, preocupación, e incluso la más leve emoción, se evaporaban en su sonrisa, se reabsorbían en aquella deliciosa intimidad, como las brumas en el perfecto azul del cielo.

Después, en un banco del hayal, en el que habían venido a reunirse con nosotros Juliette y Abel, ocupamos el resto del día en releer *El triunfo del tiempo*, de Swinburne, recitando en voz alta una estrofa cada uno de nosotros. Se hizo de noche.

—¡Vamos! —exclamó Alissa, mientras me daba un beso en el momento de nuestra partida, medio en broma, pero no obstante con aquel aire de hermana mayor que tal vez mi conducta desconsiderada le permitía adoptar y que ella asumía de buen grado—. Ahora, prométeme que no volverás a ponerte tan novelero...

—Bien, ¿te has prometido? —me preguntó Abel en cuanto estuvimos de nuevo solos.

—Mira, ya no se trata de esto —contesté, y añadí enseguida, con un tono que cortaba de raíz cualquier otra pregunta—: Y es mucho mejor así. Nunca había sido tan feliz como esta tarde.

—¡Tampoco yo! —exclamó él bruscamente, echándoseme al cuello—. ¡Voy a decirte algo admirable, extraordinario! ¡Jérôme, estoy locamente enamorado de Juliette! El año pasado ya lo sospeché, pero después he vivido otras cosas, y no he querido decirte nada antes de volver a ver a tus primas. Ahora es un hecho, mi vida está decidida... «Yo amo, ¿qué digo amar?, ¡idolatro a Julieta!» Hace ya tiempo que yo sentía por ti una especie de afecto de cuñado...

Después, riendo y jugando, me dio un montón de abrazos y se revolcaba como un niño sobre los almohadones del tren que nos devolvía a París. Yo me sentía impresionado por su confesión y algo incómodo por la literatura que mezclaba en ella. Pero ¿cómo resistirse a tanta vehemencia y a tanta alegría...?

—Bueno, ¿qué? ¿Te has declarado? —conseguí preguntarle entre dos achuchones.

—¡No, hombre! ¡Claro que no! —exclamó—. No quiero quemar el capítulo más encantador de la historia... «El mejor momento de los amores no es cuando se ha dicho ya: “Te amo”...» Vamos, no irás a reprocharme esto tú, el maestro de la lentitud.

—Pero, en fin —repliqué un poco molesto—, ¿crees tú que ella, por su parte...?

—¿No te has fijado en su turbación cuando me ha visto? Y durante todo el tiempo de nuestra visita, su agitación, sus rubores, su profusión de palabras... No, no te has fijado en nada, claro, porque solo tenías ojos para Alissa. ¡Y cómo me interrogaba! ¡Cómo bebía mis palabras! Su inteligencia se ha desarrollado bruscamente desde el año pasado. No sé de dónde has podido inferir que no le gustaba la lectura. Tú siempre crees que solo existe Alissa... ¡Amigo mío, es sorprendente todo lo que sabe! ¿Te digo con qué nos hemos entretenido antes de la cena? Recordando una *canzone* de Dante, cada uno recitaba un verso, y ella me corregía cuando yo me equivocaba. Ya sabes: «Amor che nella mente mi ragiona...». No me habías dicho que había aprendido italiano.

—Tampoco yo lo sabía —contesté bastante sorprendido.

—¿Qué? Al empezar a recitar la *canzone*, me dijo que eras tú quien se la había enseñado.

—Seguramente me oyó leérsela a su hermana, un día que cosía o bordaba cerca de nosotros, como hace con frecuencia, pero que me aspen si dejó traslucir que la entendía.

—Ya. Alissa y tú sois de un egoísmo sorprendente. Ahí estáis, inmersos en vuestro amor, ¡y no tenéis ni una mirada para la maravillosa eclosión de esta inteligencia, de esta alma! No es para alabarme, pero me parece que ya era hora de que yo llegara... No, no, yo no te reprocho nada —me dijo con

un nuevo abrazo—. Prométeme solo una cosa: ni una palabra de todo esto a Alissa. Quiero llevar todo el asunto a mi manera. Juliette está enamorada, esto es seguro, y me basta para atreverme a dejarla hasta las próximas vacaciones. Incluso me propongo no escribirle en todo este tiempo. Pero tú y yo iremos a pasar a El Havre las vacaciones de Año Nuevo, y entonces...

—Y entonces...

—Pues bien, Alissa se enterará de repente de nuestro noviazgo. Pienso manejar con todo cuidado la situación. ¿Y sabes lo que va a pasar? Ese consentimiento de Alissa, que tú no eres capaz de conseguir, te lo conseguiré yo por la fuerza de nuestro ejemplo. La persuadiremos de que no se puede celebrar nuestra boda antes que la vuestra...

Y prosiguió, me sumergió en un inagotable río de palabras, que no terminó siquiera con la llegada del tren a París, ni con nuestro regreso a la Normal, pues, aunque hicimos a pie el camino entre la estación y la escuela y a pesar de lo avanzado de la hora, Abel me acompañó hasta mi habitación, donde prolongamos la conversación hasta el amanecer.

El entusiasmo de Abel disponía del presente y del futuro. Veía, relataba ya nuestra doble boda; imaginaba, pintaba la alegría y la sorpresa de todos; y se prendaba de la belleza de nuestra historia, de nuestra amistad y de su papel en mis amores. Yo me defendía mal de aquel halagador entusiasmo, me dejé convencer poco a poco y cedí blandamente al atractivo de sus proyectos quiméricos. Al impulso de nuestro amor, se hinchaba nuestra ambición y nuestro coraje; apenas saliéramos de la escuela, bendecido nuestro doble matrimonio por el pastor Vautier, saldríamos los cuatro de viaje, y después nos lanzaríamos a enormes tareas, en las que nuestras esposas colaborarían de buen grado. Abel, a quien el profesorado le atraía poco y que se creía nacido para escribir, ganaría rápidamente, gracias a algunas obras de éxito, la fortuna de que carecía. En cuanto a mí, más atraído por el estudio que por el provecho que pudiera sacarse del mismo, pensaba consagrarme al de la filosofía religiosa, cuya historia proyectaba escribir... Pero ¿de qué sirve recordar aquí tantas esperanzas?

Al día siguiente, nos sumergimos en el trabajo.

IV

El tiempo, hasta las vacaciones de Año Nuevo, era tan corto que, exaltado por mi última entrevista con Alissa, mi fe logró no desfallecer ni un instante. Tal como me lo había prometido a mí mismo, le escribía extensamente todos los domingos; los otros días, manteniéndome apartado de mis compañeros y frecuentando únicamente a Abel, vivía con el pensamiento puesto en Alissa y cubría mis libros favoritos con indicaciones para ella, supeditando al interés que pudiera prestarles el interés que yo mismo ponía en ellos. Sus cartas no dejaban de inquietarme. Aunque contestaba con bastante regularidad a las mías, me parecía ver, en su celo en seguirme, más un deseo de alentarme en mi trabajo que un compromiso de su espíritu, e incluso me parecía que, mientras las apreciaciones, las discusiones y las críticas eran solo para mí un modo de expresar mi pensamiento, ella, por el contrario, se valía de todo esto para ocultarme el suyo. A veces sospechaba que podía tratarse para Alissa de un mero juego... ¡No importa! Resuelto a no quejarme por nada, no dejaba traslucir en mis cartas la inquietud que sentía.

A finales de diciembre, Abel y yo nos dirigimos a El Havre.

Fui a casa de mi tía Plantier. Cuando llegué, no estaba, pero, apenas había tenido tiempo de instalarme en mi habitación, cuando un criado vino a avisarme que ella me esperaba en el salón.

En cuanto se hubo informado sobre mi salud, mi instalación y mis estudios, se abandonó sin mayores precauciones a su afectuosa curiosidad:

—Todavía no me has dicho, Jérôme, si quedaste satisfecho de tu estancia en Fongueusemare. ¿Pudiste avanzar un poco en tus proyectos?

Había que soportar la torpe bondad de mi tía, y, por penoso que fuera para mí oír tratar de una forma tan burda unos sentimientos para los que incluso las palabras más puras y más dulces me parecían groseras, aquello había sido dicho en un tono tan sencillo y cordial, que hubiera sido estúpido enojarse. Sin embargo, me mostré al principio algo reticente:

—¿No me dijo usted en primavera que consideraba este noviazgo prematuro?

—Sí, ya lo sé, es lo primero que uno dice —prosiguió ella, mientras me cogía una mano y la estrechaba patéticamente entre las suyas—. Y además, a causa de tus estudios y tu servicio militar, no podéis casaros hasta dentro de unos años, ya lo sé. Por otra parte, yo, personalmente, no apruebo mucho los noviazgos largos; fatigan a las muchachas... Pero algunas veces es muy conmovedor... y tampoco es necesario dar carácter oficial al noviazgo... Basta dar a entender, discretamente, que ya no es preciso seguir buscando para ellas. Y, además, esto autoriza la correspondencia, los encuentros. Y, por último, si espontáneamente aparece otro partido, cosa que muy bien puede ocurrir —insinuó con la sonrisa pertinente—, esto permite responder con delicadeza que... no, que no merece la pena. ¡Han venido a pedir la mano de Juliette, sabes! Este invierno ha llamado mucho la atención. La muchacha es todavía un poco joven, y eso es precisamente lo que ha contestado, pero el joven propone esperar... Bueno, en realidad ya no es exactamente un joven... En fin, es un excelente partido, un tipo muy seguro. Le verás mañana, tiene que venir a mi fiesta navideña. Ya me dirás tu impresión.

—Temo, tía, que ese señor tiene pocas posibilidades y que Juliette se ha fijado ya en otro hombre —dije, haciendo un gran esfuerzo para no nombrar inmediatamente a Abel.

—¿Hum? —murmuró mi tía en tono interrogativo y moviendo escéptica la cabeza—. ¡Me sorprende lo que dices! ¿Por qué iba Juliette a habérselo callado?

Me mordí los labios para no decir nada más.

—Bueno, ya veremos... —prosiguió mi tía—. Juliette no se encuentra muy bien estos últimos tiempos... Pero no es de ella de quien estamos

hablando... También Alissa es un encanto... En fin, ¿sí o no? ¿Te has declarado ya?

A pesar de que mi corazón protestaba ante el uso de esta palabra, «declararse», que me parecía inadecuada y vulgar, confusamente atacado a quemarropa y sin ser capaz de mentir, respondí:

—Sí.

Y sentí que mi rostro se cubría de rubor.

—¿Y ella qué te ha dicho?

Bajé la cabeza; hubiera querido no contestar.

—Se negó a comprometerse —dije, más confusamente aún y como a mi pesar.

—¡Bueno, la pequeña tiene razón! —exclamó mi tía—. Tenéis todo el tiempo por delante, caramba...

—Por favor, tía, dejemos esto —dije, en un intento vano por detenerla.

—Por lo demás, esto en ella no me sorprende. Tu prima me ha parecido siempre más razonable que tú...

No sé qué me sucedió entonces. Irritado sin duda por el interrogatorio, me pareció de repente que me estallaba el corazón. Apoyé, como un niño, la cabeza en las rodillas de la buena mujer y exclamé entre sollozos:

—No, no, tía, usted no lo entiende. Alissa no me pidió que esperara...

—¿Cómo? ¿Te ha rechazado? —dijo con un tono dulce y compasivo, mientras me levantaba la cabeza con una mano.

—Tampoco... No es exactamente esto.

Sacudí la cabeza con tristeza.

—¿Tienes miedo de que ya no te quiera?

—¡Oh, no! ¡No es esto lo que me asusta!

—Pobre querido mío, si quieres que yo te entienda, tienes que explicarte con un poco más de claridad.

Yo estaba avergonzado y lamentaba muchísimo haberme dejado arrastrar por mi debilidad. Sin duda, mi tía seguía siendo incapaz de calibrar las causas de mi incertidumbre, pero, si detrás de las palabras de Alissa se ocultaba algún motivo concreto, tal vez mi tía, interrogándola con dulzura, me ayudaría a descubrirlo. Ella misma abordó enseguida esta posibilidad:

—Escucha —me dijo—, Alissa tiene que venir mañana por la mañana para arreglar conmigo el árbol de Navidad. No me llevará mucho tiempo descubrir lo que ocurre. Te lo diré a la hora del almuerzo, y te convencerás, estoy segura, de que no hay motivo para alarmarse.

Fui a comer a casa de los Bucolin. Juliette, indispuesta en efecto desde hacía unos días, me pareció cambiada. Su mirada había adquirido una expresión un poco hosca y casi dura, que la hacía diferenciarse de su hermana todavía más que antes. Aquella tarde no pude hablar a solas con ninguna de las dos. Por otra parte, tampoco lo deseaba y, como mi tío se mostraba fatigado, me retiré poco después de la comida.

El árbol de Navidad que adornaba mi tía Plantier reunía todos los años gran número de niños, de familiares y de amigos. Se levantaba en un vestíbulo que formaba la caja de la escalera, al cual se abrían una primera antecámara, un salón y las puertas acristaladas de una especie de invernadero donde se había dispuesto un bufete. El arreglo del árbol no estaba terminado la mañana de la fiesta, y, el día siguiente al de mi llegada, Alissa, tal como me lo había anunciado mi tía, vino bastante temprano para ayudarla a colgar de las ramas los adornos, las luces, las frutas, las golosinas y los juguetes. Me hubiera gustado mucho ocuparme junto a ella de este cometido, pero había que dejar que mi tía le hablara. Me marché, pues, sin haberla visto, e intenté durante toda la mañana distraer mi inquietud.

Fui primero a casa de los Bucolin, deseoso de volver a ver a Juliette. Me dijeron que Abel se me había adelantado y, temiendo interrumpir una conversación decisiva, me retiré inmediatamente. Después deambulé por los muelles y las calles hasta la hora del almuerzo.

—¡Tonto! —exclamó mi tía, cuando volví a la casa—. ¡Mira que amargarse así la vida! No hay una palabra razonable en todo lo que me has contado esta mañana... ¡Oh, no me he andado por las ramas! He enviado a miss Ashburton, que se cansaba de ayudarnos, a dar un paseo, y, en cuanto he estado a solas con Alissa, le he preguntado sin tapujos por qué no se había prometido contigo este verano. ¿Crees que ha mostrado el menor

embarazo? No se ha turbado ni un momento y, con toda tranquilidad, me ha contestado que no quería casarse antes que su hermana. Si tú se lo hubieras preguntado francamente, te habría contestado lo mismo. ¿Qué motivo había para atormentarse? Mira, Jérôme, no hay nada mejor que la franqueza... Pobre Alissa, también me ha hablado de su padre, al que no puede dejar... ¡Oh, hemos charlado mucho! Es muy razonable la pequeña. También me ha dicho que no está totalmente convencida de ser la mujer que te conviene, que teme ser muy mayor para ti y que tal vez preferiría a alguien que tuviera la edad de Juliette...

Mi tía siguió hablando, pero yo ya no la escuchaba. Solo me importaba una cosa: Alissa se negaba a casarse antes que su hermana. ¡Pero allí estaba Abel! Tenía, pues, razón, el grandísimo fatuo: de un solo golpe, como él decía, iba a resolver nuestros dos matrimonios...

Oculté a mi tía lo mejor que supe la agitación en que, pese a su sencillez, me sumía esta revelación, sin dejar traslucir otra cosa que una alegría que le pareció muy natural y que la complació tanto más cuanto que parecía habérmela proporcionado ella. Pero inmediatamente después del almuerzo, la dejé con no sé qué pretexto y corrí al encuentro de Abel.

—¿Ves? ¿Qué te había dicho yo? —exclamó, abrazándome, en cuanto le hube comunicado la noticia—. Querido Jérôme, puedo anunciarte ya que la conversación que he sostenido esta mañana con Juliette ha sido casi decisiva, a pesar de que casi hemos hablado exclusivamente de ti. Pero ella parecía cansada, nerviosa... He tenido miedo de trastornarla si iba demasiado lejos y de excitarla si me quedaba mucho rato. ¡Después de lo que acabas de decirme, ya está hecho! Amigo mío, corro en busca del bastón y del sombrero. Acompáñame hasta la puerta de los Bucolin, para detenerme si echo a volar: me siento más ligero que Euforión... Cuando Juliette sepa que solo a causa de ella su hermana te niega el consentimiento; cuando, inmediatamente, yo me declare a ella... ¡Ah, Jérôme, me parece estar viendo ya a mi padre, esta noche, delante del árbol de Navidad, alabando al Señor entre lágrimas de felicidad y extendiendo su mano llena de bendiciones sobre la cabeza de los cuatro prometidos arrodillados! Miss Ashburton se evaporará en un suspiro, la tía Plantier se derretirá dentro de

su corsé y el árbol con todas sus luces cantará la gloria de Dios y aplaudirá a la manera de las montañas de las Escrituras.

El árbol de Navidad no debía encenderse hasta al caer la noche, y entonces iban los niños, familiares y amigos a congregarse a su alrededor. Desocupado, lleno de angustia y de impaciencia, para distraer la espera, me lancé, después de haber dejado a Abel, a un prolongado paseo por el acantilado de Sainte-Adresse, me perdí y lo hice tan bien que, cuando entré en casa de mi tía Plantier, la fiesta ya había comenzado hacía un rato.

Desde el vestíbulo vi a Alissa; parecía estar esperándome y vino enseguida a mi encuentro. Llevaba al cuello, en el escote de su vestido claro, una antigua crucecita de amatista que yo le había dado en recuerdo de mi madre, pero que nunca le había visto llevar todavía. Sus rasgos estaban tensos y había en su rostro una expresión dolorosa que me hizo daño.

—¿Por qué vienes tan tarde? —me preguntó con una voz espesa y apresurada—. Me habría gustado hablar contigo.

—Me he perdido en el acantilado... Pero tú no estás bien... Alissa, ¿qué es lo que sucede?

Permaneció un instante delante de mí, como sobrecoyida y con labios temblorosos. Me invadió una angustia tal que no me atreví a interrogarla. Me puso una mano en el cuello como para hacerme volver el rostro hacia ella. Creo que se disponía a hablarme, pero en aquel momento llegaron unos invitados y su mano cayó desalentada...

—Ya no tenemos tiempo —murmuró, y después, al ver que mis ojos se llenaban de lágrimas y como si esa explicación irrisoria pudiera bastar para tranquilizarme, respondió a la interrogación de mi mirada—: No, tranquilízate. Sencillamente me duele la cabeza; esos niños arman tal barullo... He tenido que refugiarme aquí... Pero ya es hora de que vuelva junto a ellos.

Me dejó bruscamente. Entraron otras personas, que me separaron de ella. Pensé encontrarla en el salón; la descubrí al otro extremo de la habitación, rodeada de un grupo de niños para los que organizaba juegos. Entre ella y yo reconocí a varias personas junto a las que no habría podido aventurarme sin correr el riesgo de que me retuvieran. No me sentía capaz

de conversar, de intercambiar frases amables. Tal vez si me deslizaba pegado a la pared... Lo intenté.

Cuando iba a cruzar ante la gran puerta acristalada del jardín, sentí que me cogían por el brazo. Juliette estaba allí, medio oculta en el vano, envuelta por la cortina.

—Vayamos al jardín de invierno —me dijo precipitadamente—. Tengo que hablar contigo. Ve tú por tu lado y yo me reuniré contigo.

Y, entreabriendo la puerta un instante, huyó al jardín.

¿Qué habría sucedido? Me hubiera gustado encontrar a Abel. ¿Qué había dicho? ¿Qué había hecho? Regresé al vestíbulo y me dirigí al invernadero donde Juliette me esperaba.

Juliette tenía el rostro en llamas. El fruncimiento de las cejas daba a su mirada una expresión dura y dolorida; los ojos le brillaban como si tuviese fiebre, e incluso su voz parecía áspera y crispada. Un extraño furor la exaltaba. A pesar de mi inquietud, quedé sorprendido, me sentí casi incómodo ante su belleza. Estábamos solos.

—¿Has hablado con Alissa? —me preguntó inmediatamente.

—Dos palabras apenas. He vuelto muy tarde.

—¿Sabes que quiere que yo me case antes que ella?

—Sí.

Me miró fijamente...

—¿Y sabes con quién quiere que me case?

Quedé sin respuesta.

—¡Contigo! —gritó.

—¡Pero esto es una locura!

—¿Verdad que sí? —exclamó, y había a la vez desesperación y triunfo en su voz; se irguió, o más bien se echó hacia atrás—. ¡Ahora ya sé lo que tengo que hacer! —añadió confusamente, mientras abría la puerta del jardín y la cerraba con violencia tras ella.

Todo se tambaleaba en mi cabeza y en mi corazón. Sentía que la sangre me latía en las sienes. Un pensamiento único llenaba mi ansiedad: encontrar a Abel. Tal vez él pudiera explicarme las absurdas palabras de las dos hermanas... Pero no me atrevía a volver al salón, donde pensaba que todos

se darían cuenta de mi estado de ánimo. Salí. El aire helado del jardín me tranquilizó y estuve allí algún tiempo. Caía la tarde y la bruma marina ocultaba la ciudad. Los árboles no tenían hojas; la tierra y el cielo parecían inmensamente desolados... Se elevaron canciones, sin duda el coro de niños reunidos alrededor del árbol de Navidad. Volví a entrar por el vestíbulo. Las puertas del salón y de la antecámara estaban abiertas. Descubrí, en el salón ahora desierto, mal disimulada detrás del piano, a mi tía, que hablaba con Juliette. En la antecámara, los invitados se arracimaban alrededor del árbol iluminado. Los niños habían acabado su canción. Se hizo un silencio, y el pastor Vautier, delante del árbol, empezó una especie de sermón. No dejaba escapar ocasión de aquello que él llamaba «propagar la buena semilla». Las luces y el calor me molestaban y quise volver a salir. Junto a la puerta estaba Abel, que sin duda llevaba allí un rato. Me miraba con hostilidad y se encogió de hombros cuando nuestras miradas se encontraron. Me acerqué a él.

—¡Imbécil! —exclamó a media voz, y luego, de repente—: ¡Salgamos de aquí! ¡Estoy harto de las buenas palabras!

Y, en cuanto estuvimos solos, repitió, mientras yo le miraba ansiosamente sin hablar:

—¡Imbécil! ¡Pero si es a ti a quien ama, imbécil! ¿No podías habérmelo dicho?

Yo estaba aterrado y me negaba a comprender.

—¿No, verdad? —siguió él—. ¡Tú ni siquiera podías darte cuenta por ti mismo!

Me había cogido por el brazo y me sacudía furioso. Su voz, entre los dientes apretados, surgía temblorosa y sibilante.

—Abel, te lo suplico —le dije tras un instante de silencio, con una voz que también temblaba, y mientras él me arrastraba a grandes zancadas, al azar—. En lugar de ponerte así, trata de contarme lo que ha sucedido. Yo lo ignoro todo.

A la luz de un reverbero, se detuvo de repente y me miró un instante. Después, atrayéndome vivamente contra él, escondió la cabeza en mi hombro y murmuró con un sollozo:

—¡Perdóname! También yo soy un estúpido, y no supe ver las cosas con más claridad que tú, pobre hermano mío.

Las lágrimas parecieron tranquilizarle un poco. Levantó la cabeza, empezó a caminar de nuevo y continuó:

—¿Lo que ha sucedido? ¿Para qué sirve ahora recordarlo? Como te había dicho, esta mañana he hablado con Juliette. Estaba extraordinariamente hermosa y animada. Yo creía que era por mí, y era sencillamente porque estábamos hablando de ti.

—¿No pudiste advertirlo entonces?

—No, no exactamente, pero ahora los indicios más pequeños se esclarecen...

—¿Estás seguro de que no te equivocas?

—¡Equivocarme! Pero, Jérôme, ¡si hay que estar ciego para no ver que ella te ama!

—Entonces, Alissa...

—Alissa se sacrifica. Había descubierto el secreto de su hermana y quería cederle su lugar. ¡Vamos, Jérôme, no es tan difícil de comprender...! He querido volver a hablar con Juliette. A las primeras palabras que le he dicho, o mejor, en cuanto ha empezado a entenderme, se ha levantado del sofá en el que estábamos sentados y ha repetido varias veces: «estaba segura», en el tono de una persona que no está segura de nada...

—¡Ah, no bromeas ahora!

—¿Por qué no? Toda esta historia me parece grotesca... Juliette se ha precipitado en la habitación de su hermana. He oído unas voces impetuosas que me han alarmado. Esperaba ver aparecer de nuevo a Juliette, pero al cabo de un instante es Alissa la que ha salido. Llevaba puesto el sombrero, ha parecido sentirse incómoda al verme, me ha dicho rápidamente adiós al pasar... Esto es todo.

—¿No has vuelto a ver a Juliette?

Abel tuvo una ligera vacilación.

—Sí. Después de la marcha de Alissa, he empujado la puerta de su habitación. Juliette estaba allí, inmóvil, ante la chimenea, los codos apoyados sobre el mármol, la barbilla entre las manos. Se miraba fijamente en el espejo. Cuando me ha oído, no se ha vuelto, pero ha golpeado el suelo

con un pie, mientras gritaba: «¡Ah, déjame en paz!», en un tono tan duro que me he marchado sin insistir. Esto es todo.

—¿Y ahora?

—¡Ah, hablar contigo me ha hecho bien...! ¿Y ahora? Bueno, tendrás que intentar curar a Juliette de su amor, porque o no conozco bien a Alissa, o no volverá contigo hasta entonces.

Caminamos largo rato, en silencio.

—¡Volvamos! —dijo Abel finalmente—. Los invitados ya deben de haberse marchado. Temo que mi padre me esté esperando.

Volvimos a entrar. El salón, en efecto, estaba vacío. Solo quedaban en la antecámara, cerca del árbol despojado, casi sin luces, mi tía y dos de sus hijos, mi tío Bucolin, miss Ashburton, el pastor, mis primas y un personaje bastante ridículo al que había visto hablar largamente con mi tía, pero que hasta aquel momento no identifiqué como el pretendiente del que me había hablado Juliette. Más corpulento, más fuerte, con mejor color que ninguno de nosotros, bastante calvo, de otra categoría, de otro ambiente, de otra raza, parecía sentirse extraño en nuestra compañía. Estiraba y retorció nerviosamente, bajo un enorme bigote, una barbita que encanecía. El vestíbulo, cuyas puertas seguían abiertas, no estaba iluminado. Habíamos entrado los dos sin hacer ruido y nadie se dio cuenta de nuestra presencia. Un presentimiento terrible se apoderó de mí.

—¡Quieto! —exclamó Abel, cogiéndome por el brazo.

Entonces vimos que el desconocido se acercaba a Juliette y le cogía una mano, que ella abandonó sin resistencia, aunque sin volver los ojos hacia él. La noche se cerró en mi corazón.

—Pero, Abel, ¿qué es lo que sucede? —murmuré, como si no comprendiera todavía o esperara haber comprendido mal.

—¡Diantres! La pequeña no quiere ser menos, no quiere quedar detrás de su hermana en la subasta —dijo con voz sibilante—. ¡Seguro que los ángeles están aplaudiendo desde arriba!

Mi tío se acercó a besar a Juliette, que tenía a un lado a miss Ashburton y al otro a mi tía. El pastor Vautier avanzó hacia nosotros... Hice un

movimiento hacia delante. Alissa me descubrió, y corrió hacia mí, estremecida:

—Pero, Jérôme, esto no puede ser. ¡Si ella no le quiere! Esta misma mañana me lo ha dicho. ¡Trata de impedido, Jérôme! ¡Oh! ¿Qué va a ser de ella...?

Se colgó de mi hombro en una súplica desesperada. Yo hubiera dado la vida por disminuir su angustia.

Un grito repentino junto al árbol, un movimiento confuso... Corremos hacia allí. Juliette ha caído desmayada en brazos de mi tía. Todos se afanan, se inclinan sobre ella, y yo no puedo verla apenas. Sus cabellos deshechos parecen estirar hacia atrás el rostro terriblemente pálido. Parece, por los estremecimientos del cuerpo, que no se trata de un desvanecimiento normal.

—¡No, no! —dice en voz alta mi tía, para tranquilizar a mi tío Bucolin, que se asusta, y a quien el pastor Vautier consuela ya, el dedo índice apuntando hacia el cielo—. ¡No, no será nada! Es la emoción, una simple crisis de nervios. Señor Teissières, ayúdeme, usted que es fuerte. Vamos a subirla a mi habitación, en mi cama... en mi cama...

Después se inclina hacia el mayor de sus hijos, le dice una frase al oído, y veo que él se marcha al punto, sin duda a buscar un médico.

Mi tía y el pretendiente sostienen a Juliette por los hombros, medio caída en sus brazos. Alissa levanta los pies de su hermana y los besa con ternura. Abel sostiene la cabeza, que caería hacia atrás, y le veo, inclinado, cubrir de besos los cabellos en desorden, que junta.

Ante la puerta de la habitación, me detengo. Tienden a Juliette en la cama. Alissa dice al señor Teissières y a Abel unas palabras que yo no oigo, los acompaña hasta la puerta, nos ruega que dejemos descansar a su hermana, junto a la que quiere quedarse sola con mi tía Plantier...

Abel me coge por el brazo y me arrastra fuera, hacia la noche en la que andamos largamente, sin meta, sin ánimos y sin pensamientos.

V

Yo no encontraba otra razón a mi vida que mi amor, me aferraba a él, no esperaba nada, y no quería esperar nada que no viniera de mi amiga.

Al día siguiente, cuando me disponía a ir a verla, mi tía me detuvo y me tendió esta carta, que acababa de recibir:

... La gran agitación de Juliette no ha cedido hasta la madrugada, gracias a las pociones prescritas por el doctor. Suplico a Jérôme que no venga aquí durante unos días. Juliette podría reconocer sus pasos o su voz, y le es necesaria una tranquilidad absoluta...

Temo que el estado de Juliette me retenga aquí. Si no consigo ver a Jérôme antes de que se vaya, dígame, querida tía, que le escribiré...

La prohibición se dirigía únicamente a mí. Libre mi tía, libre cualquier otro de ir a llamar a la puerta de los Bucolin. Y mi tía pensaba ir aquella misma mañana. ¿El ruido que yo podría hacer? Era un pretexto mediocre... ¡No importa!

—Está bien, no iré.

Me costaba muchísimo no ver enseguida a Alissa y, sin embargo, temía este reencuentro, temía que ella pudiera hacerme responsable del estado en que estaba su hermana, y soportaba con mayor facilidad no verla que verla enojada.

Por lo menos quise ver a Abel.

En su puerta, una criada me entregó esta nota:

Dejo estas líneas para que no te inquietes. Permanecer en El Havre, tan cerca de Juliette, me era intolerable. Me embarqué hacia Southampton ayer noche, inmediatamente después de haberme separado de ti. Acabaré estas vacaciones en Londres, en casa de S... Volveremos a vernos en la Escuela.

Todo auxilio humano se me escapaba a la vez. No prolongué más tiempo una estancia que solo podía depararme sufrimiento y volví a París antes de terminar las vacaciones. Dirigí mis miradas hacia Dios, hacia aquel «de quien emana todo consuelo real, toda gracia y todo don perfecto». A Él ofrecí mi congoja. Pensé que Alissa se habría refugiado también en Él, y pensar que ella rezaba animaba, exaltaba, mis propias oraciones.

Pasó mucho tiempo, de meditación y de estudio, sin otros acontecimientos que las cartas de Alissa y las que yo le escribía. He guardado todas sus cartas; mis recuerdos, confusos a partir de aquel momento, se orientan gracias a ellas...

A través de mi tía —y al principio únicamente a través de ella— tuve noticias de El Havre. Por ella supe las inquietudes que el penoso estado de Juliette había provocado los primeros días. Doce días después de mi marcha, recibí por fin esta nota de Alissa:

Perdona, querido Jérôme, que no te haya escrito antes. El estado de nuestra pobre Juliette no me dejaba mucho tiempo. Después de tu marcha, apenas me he separado de ella. Le pedí a mi tía que te diera noticias nuestras y supongo que lo habrá hecho. Debes de saber, pues, que desde hace tres días Juliette va mejor. Doy ya gracias a Dios, pero no me atrevo todavía a alegrarme.

También Robert, de quien hasta ahora apenas os he hablado, pudo, al regresar a París unos días después que yo, darme noticias de sus hermanas. A causa de ellas me ocupaba de él más de lo que mi modo de ser me hubiese pedido. Cada vez que la escuela de agricultura en la que había ingresado le dejaba libre, me hacía cargo de él y procuraba distraerle.

Por él supe lo que no me atrevía a preguntar a Alissa ni a mi tía: Édouard Teissières había acudido muy asiduamente a pedir noticias de Juliette, pero, cuando Robert se había marchado de El Havre, ella no lo había vuelto a ver todavía. Supe también que Juliette, después de mi marcha, había guardado ante su hermana un obstinado silencio que nada había podido vencer.

Poco después supe, a través de mi tía, que la propia Juliette —cuyo noviazgo, yo lo presentía, esperaba Alissa ver roto de inmediato— había pedido que el compromiso tomara carácter oficial lo antes posible. Esta determinación, contra la que consejos, advertencias y súplicas se

quebraban, arrugaba su frente, enceguecía su mirada y la amurallaba en su silencio...

Transcurrió el tiempo. Solo recibía de Alissa, a la que, por otra parte, yo no sabía qué escribir, las cartas más decepcionantes. La espesa bruma invernal me rodeaba... ¡La lámpara de mi estudio y todo el fervor de mi cariño y de mi fe no bastaban, ay, para apartar la oscuridad y el frío de mi corazón! Transcurrió el tiempo.

Después, inesperadamente, llegó una carta de Alissa a mi tía, ausente de El Havre en aquel momento, y que mi tía me transmitió, de la que copio lo que puede ayudar a esclarecer esta historia:

... Admire mi docilidad: tal como usted me aconsejaba, he recibido al señor Teissières y he hablado largamente con él. Reconozco que se ha mostrado perfecto y casi estoy por creer, lo confieso, que este matrimonio puede no ser tan desdichado como yo temí en un principio. Desde luego Juliette no le ama, pero él me parece, de semana en semana, menos indigno de ser amado. Habla de la situación con clarividencia y no se engaña respecto al carácter de mi hermana, pero tiene gran confianza en la eficacia de su propio amor y se jacta de que no hay nada que su constancia no pueda vencer. Debo decirle que está profundamente enamorado.

En efecto, me conmueve mucho saber que Jérôme se ocupa así de mi hermano. Pienso que solo lo hace por deber, porque el carácter de Robert tiene pocos puntos de contacto con el suyo — tal vez lo haga también por complacerme—, pero sin duda habrá podido ya constatar que, cuanto más árduo es el deber que uno asume, más educa el alma y más la eleva. ¡He aquí unas reflexiones sublimes...! No se ría demasiado de su sobrina mayor, porque son estos pensamientos los que me sostienen y me ayudan a considerar el matrimonio de Juliette como un bien...

¡Qué dulce es para mí su afectuosa solicitud, querida tía...! Pero no crea que me siento desgraciada. Casi puedo decirle lo contrario, porque la prueba que acaba de sacudir a Juliette ha tenido su repercusión en mí. Esta frase de las Escrituras, que yo repetía sin acabar de entender su significado, se ha hecho de repente clara para mí: «Desdichado el hombre que pone su confianza en el hombre». Mucho antes de encontrarla en mi Biblia, la había leído en una pequeña estampa de Navidad que Jérôme me envió cuando él no tenía todavía doce años y yo acababa de cumplir los catorce. Había en esta imagen, al lado de un ramo de flores que nos parecían entonces muy hermosas, estos versos, de una paráfrasis de Corneille:

*¿Qué encanto vencedor del mundo
me eleva hoy hacia Dios?
¡Desgraciado el hombre que basa
su apoyo en los hombres!*

Aunque confieso preferir mil veces el simple versículo de Jeremías. Sin duda, Jérôme escogió entonces aquella imagen sin prestar mucha atención a los versos. Pero, si he de juzgar a través de sus cartas, sus disposiciones de hoy son muy parecidas a las mías, y agradezco a Dios todos los días que nos haya aproximado a los dos hacia Él de un solo golpe.

Al recordar nuestra conversación, ya no le escribo tan extensamente como antes, para no distraerlo de su trabajo. Sin duda va usted a creer que lo compenso hablándole de él más y más. Por miedo a seguir, acabo rápidamente esta carta. Por una vez, no me riña demasiado.

¡Qué reflexiones me sugirió esta carta! Maldije la indiscreta intervención de mi tía (¿qué conversación sería aquella a la que aludía Alissa y que había provocado su silencio?), la torpe solicitud que la impulsaba a comunicarme esto. Si yo soportaba ya mal el silencio de Alissa, ¿no hubiese sido mil veces mejor dejarme en la ignorancia de que las cosas que a mí ya no me decía se las escribía a otra persona? Todo me irritaba: oírle explicar con tanta facilidad a mi tía los pequeños secretos que había entre nosotros, y la naturalidad del tono, la tranquilidad, la seriedad, la jovialidad...

«¡No, no, pobre amigo! Lo único que te irrita en esta carta es saber que no va dirigida a ti», me dijo Abel, mi compañero cotidiano, Abel, el único ser al que yo podía hablar y hacia quien, en mi soledad, me empujaban incesantemente la debilidad, la quejumbrosa necesidad de simpatía, la desconfianza respecto a mí mismo, y, en mi desconcierto, el valor que yo atribuía a sus consejos, pese a la disparidad de nuestros caracteres, o más bien a causa de ella...

—Estudemos este papel —me dijo, poniendo la carta sobre su escritorio.

¡Tres noches habían transcurrido ya para mi despecho, que yo había sabido guardar para mí cuatro días! Y estaba dispuesto a aceptar con naturalidad cuanto pudiera decirme mi amigo.

—La cuestión Juliette-Teissières la abandonamos al fuego del amor, ¿no te parece? Ya sabemos lo que vale su llama. ¡Caramba! Teissières me parece la mariposa adecuada para quemarse en ella...

—Dejemos esto —le dije, molesto por sus bromas—. Ocupémonos del resto.

—¿El resto...? Todo el resto es para ti. ¡Para que te lamente! No hay una línea, no hay una sola palabra que no esté llena de ti. Vale decir que toda la carta te está dirigida. Tía Félicie, al enviártela, no ha hecho más que devolverla a su verdadero destinatario. A falta de ti, Alissa se dirige a esta buena mujer como pudiera hacerlo con el primero que llegara. ¿Qué pueden

importarle a tu tía los versos de Corneille, que, entre paréntesis, son de Racine? Es contigo con quien ella habla, es a ti a quien ella le dice todo esto. No serás más que un necio si tu prima, antes de quince días, no te escribe otras cartas igualmente extensas, fáciles, agradables...

—¡Pues no parece llevar ella este camino!

—¡Solo de ti depende que lo tome! ¿Quieres mi consejo? No digas desde ahora una sola palabra más..., durante mucho tiempo, sobre vuestro amor o vuestro matrimonio. ¿No ves que, desde el accidente de su hermana, es esto lo que la incomoda? Trabaja sobre la fibra fraternal y háblale incansablemente de Robert, puesto que tienes la paciencia de ocuparte de este cretino. Continúa simplemente divirtiéndote a su inteligencia. Todo el resto vendrá detrás. ¡Ah, si fuera yo quien le escribiera...!

—Tú no serías digno de amarla.

Seguí, sin embargo, el consejo de Abel. Y, en efecto, las cartas de Alissa se hicieron pronto más animadas, pero yo no podía esperar una verdadera alegría por su parte, ni un abandono sin reticencias, antes de que la situación, si no la felicidad de Juliette, estuviera asegurada.

Las noticias que Alissa me daba de su hermana iban siendo, sin embargo, mejores. La boda debía celebrarse en julio. Alissa me escribió que suponía que en aquella fecha Abel y yo seríamos retenidos por nuestros estudios... Comprendí que consideraba preferible que no asistiéramos a la ceremonia, y, con el pretexto de un examen, nos limitamos a enviar nuestra felicitación.

He aquí lo que me escribió Alissa quince días después de esta boda:

Querido Jérôme:

Imagina mi estupor cuando ayer, al abrir por azar el hermoso Racine que me regalaste, encontré los cuatro versos de tu vieja estampa de Navidad, que guardo desde hace casi diez años en mi Biblia.

*¿Qué encanto vencedor del mundo
me eleva hoy hacia Dios?
¡Desgraciado el hombre que basa
su apoyo en los hombres!*

Los creía extraídos de una paráfrasis de Corneille y debo confesar que no me parecían maravillosos. Pero, al continuar la lectura del IV Cántico Espiritual, he encontrado unas estrofas tan bellas que no puedo dejar de copiarlas para ti. Sin duda tú ya las conoces, a juzgar por las

indiscretas iniciales que has puesto en los márgenes del libro (*en efecto, yo había adquirido la costumbre de sembrar mis libros y los de Alissa con la primera letra de su nombre, junto a todos los pasajes que me gustaban y que quería hacerle conocer*). ¡No importa! Los transcribo para mi propio placer. Al principio me ha molestado un poco ver que tú me ofrecías lo que yo había creído descubrir, pero después este mezquino sentimiento ha cedido ante la alegría de pensar que a ti te gustaban tanto como a mí. Y, mientras los copio, me parece que los releo contigo.

*De la sabiduría inmortal
truen la voz y nos instruye:
«Hijos de los hombres, dice,
¿cuál es el fruto de vuestros cuidados?
¿Por qué error, almas vanas,
con la sangre más pura de vuestras venas
compráis tan a menudo,
no un pan que os satisfaga,
sino una sombra que os deja
más hambrientos que antes?*

*El pan que yo os ofrezco
sirve de alimento a los ángeles;
el propio Dios lo prepara
con la flor de su fermento.
Es un pan tan deleitable
que no lo sirve a la mesa
el mundo al que seguíis.
Yo lo ofrezco a quien quiera seguirme:
Acercaos. ¿Queréis vivir?
Tomad, comed y vivid.»*

*El alma felizmente cautiva
encuentra la paz bajo su yugo,
y se abreva en una agua viva
que no se agota jamás.
Cualquiera puede beber en ella,
invita a todo el mundo;
pero corremos locamente
en busca de fuentes cenagosas
o de cisternas engañosas
de las que huye el agua sin cesar.*

¡Qué hermoso, Jérôme! ¡Qué hermoso! ¿De verdad te gusta tanto como a mí? Una pequeña nota de mi edición dice que madame de Maintenon, al oír este cántico de boca de mademoiselle de Aumale, vencida por la admiración, «derramó unas lágrimas» y le hizo repetir parte del mismo. Ahora me lo sé de memoria y no me canso de recitarlo. Lo único que me entristece es no habértelo oído leer a ti.

Las noticias de nuestros viajeros siguen siendo muy buenas. Ya sabes cuánto ha disfrutado Juliette de Bayona y de Biarritz, a pesar del espantoso calor. Después han visitado Fuenterrabía, se han detenido en Burgos, han atravesado dos veces los Pirineos... Ahora me ha escrito desde Montserrat una carta llena de entusiasmo. Piensan pasar todavía diez días en Barcelona antes de regresar a Nîmes, donde Édouard quiere estar antes de septiembre, a fin de organizarlo todo para la vendimia.

Desde hace una semana estamos, mi padre y yo, en Fongueusemare. Miss Ashburton se reunirá mañana con nosotros y Robert dentro de cuatro días. Ya sabes que el pobre muchacho ha sido suspendido en el examen; no porque fuera difícil, sino porque el examinador le ha hecho unas preguntas tan retorcidas que se ha puesto nervioso. No puedo creer que Robert no estuviera preparado, después de lo que tú me habías escrito sobre su aplicación, pero al parecer ese examinador se divierte desconcertando así a los alumnos.

En cuanto a tus éxitos, querido amigo, apenas puedo decirte que te felicito por ellos, tan naturales me parecen. ¡Tengo tanta confianza en ti, Jérôme! En cuanto pienso en ti, el corazón se me llena de esperanza. ¿Podrás empezar enseguida el trabajo del que me habías hablado?...

... Aquí no ha cambiado nada en el jardín, ¡pero la casa parece tan vacía! Habrás comprendido, sin duda, por qué te rogué que no vinieras este año. Pienso que es mejor, me lo repito todos los días, porque me cuesta mucho estar tanto tiempo sin verte... A veces, involuntariamente, te busco... Interrumpo la lectura, vuelvo bruscamente la cabeza... ¡Me parece que estás aquí!

Reanudo mi carta. Es de noche y todo el mundo duerme. Yo me demoro aquí, escribiéndote, ante la ventana abierta. El jardín está embalsamado, el aire es tibio. ¿Recuerdas que, cuando éramos niños, cada vez que veíamos o escuchábamos una cosa muy hermosa, pensábamos: «Gracias, Dios mío, por haberlo creado»...? Esta noche pienso, con toda mi alma: «¡Gracias, Dios mío, por haber hecho esta noche tan hermosa!». Y de repente he deseado tenerte aquí, te he sentido aquí, a mi lado, con una violencia tal que tú tal vez lo habrás notado.

Sí, decías bien en tu carta: la admiración, «en las almas bien nacidas», se confunde con el agradecimiento... ¡Cuántas cosas más quisiera escribirte todavía! Pienso en el radiante país del que me habla Juliette. Pienso en otros países más vastos, más radiantes todavía, más desiertos. Alienta en mí la extraña confianza de que un día, no sé cómo, visitaremos, juntos, no sé qué gran país misterioso...

Sin duda os será fácil imaginar con qué transportes de alegría leí esta carta, y con qué estremecimientos de amor. Siguieron otras. Cierto que Alissa me agradecía que no fuese a Fongueusemare, cierto que me había suplicado que no intentara verla aquel año, pero lamentaba mi ausencia, me deseaba allí. En todas las páginas resonaba la misma llamada. ¿De dónde saqué yo fuerzas para resistirme a ella? Sin duda de los consejos de Abel, del miedo a destruir de un golpe mi alegría y de una resistencia natural a los impulsos de mi corazón.

Copio, de las cartas que siguieron, todo lo que pueda ilustrar este relato:

Querido Jérôme:

Me derribo de alegría cuando te leo. Iba a contestar tu carta de Orvieto, cuando han llegado a la vez la de Perugia y la de Asís. Mi pensamiento se hace viajero. Solo mi cuerpo finge estar aquí; en realidad estoy recorriendo contigo los blancos caminos de Umbría, contigo salgo por las mañanas, contemplo con ojos nuevos la aurora... ¿Me llamaste de veras desde la terraza de Cortona? Yo te oí... ¡Pasamos una sed terrible en la montaña que da sobre Asís! ¡Pero qué bueno me pareció el vaso de agua del franciscano! ¡Oh, amigo mío, lo veo todo a través de ti! ¡Cuánto me gusta lo que me escribes a propósito de san Francisco! Sí, ¿verdad?, hay que buscar una exaltación y no una emancipación del pensamiento. Esta va siempre ligada a un orgullo abominable. Poner la ambición no en rebelarse, sino en servir...

Las noticias de Nîmes son tan buenas que pienso que Dios me permite abandonarme a la alegría. La única sombra de este verano es el estado de mi pobre padre. A pesar de mis cuidados, está triste, o, mejor dicho, vuelve a reencontrar su tristeza en cuanto lo dejo entregado a sí mismo y cada vez es menos fácil sacarle de este estado. Toda la alegría de la naturaleza habla a nuestro alrededor una lengua que para él se ha vuelto extraña, y ni siquiera se esfuerza ya por comprenderla.

Miss Ashburton está bien. A los dos les leo tus cartas. Cada una nos da tema para hablar tres días, y entonces llega otra nueva...

... Robert nos dejó anteayer. Va a pasar el final de las vacaciones en casa de su amigo R..., cuyo padre dirige una granja modelo. Ciertamente la vida que llevamos aquí no le resulta divertida. Cuando habló de marcharse, tuve que animarle a llevar a cabo este proyecto.

¡Tengo tanto que decirte! ¡Estoy sedienta de una conversación inagotable! A veces ya no encuentro palabras, ideas precisas —esta noche estoy escribiendo como en sueños—, y conservo únicamente la sensación casi obsesiva de una infinita riqueza para dar y para recibir.

¿Cómo hemos podido mantenernos callados tan largos meses? Sin duda hibernábamos. ¡Oh, que haya acabado para siempre ese terrible invierno de silencio! Desde que he vuelto a encontrarte, la vida, el pensamiento, nuestra alma, todo me parece hermoso, adorable, inagotablemente fértil...

12 de septiembre

He recibido tu carta de Pisa. También tenemos un tiempo espléndido. Nunca me había parecido tan bella Normandía. Anteayer, sola, y a pie, di un larguísimo paseo a través de los campos, al azar. Volví más exaltada que cansada, ebria de sol y de alegría. ¡Qué bellas estaban las mieses bajo el ardiente sol! No necesitaba crearme en Italia para hallar todo admirable.

Sí, amigo mío, es, como tú dices, una exhortación a la alegría lo que escucho y comprendo en el «confuso himno» de la naturaleza. La oigo en el canto de cada pájaro, la respiro en el perfume de cada flor, y llego a entender solo la adoración como única forma de plegaria, repitiendo con san Francisco: ¡Dios mío! ¡Dios mío! «e non altro», con el corazón henchido de un amor inexpresable.

Sin embargo, ¡no temas que me esté convirtiendo en una ignorante! He leído mucho estos últimos tiempos; con la ayuda de unos días de lluvia, he como replegado mi adoración en los libros... Terminado Malebranche, empecé enseguida las *Cartas a Clarke*, de Leibniz. Después, para descansar, leí las *Cenci*, de Shelley, sin placer, y también he leído *La Sensitiva*... Tal vez te indignes conmigo, pero daría casi todo Shelley, y todo Byron, por las cuatro odas de Keats que leímos juntos el verano pasado, del mismo modo que daría todo Victor Hugo por algunos sonetos

de Baudelaire. La expresión «gran poeta» no quiere decir nada, lo que importa es ser un poeta puro... ¡Gracias, hermano mío, por haberme hecho conocer, comprender y amar todo esto!

... No, no acortes tu viaje por el placer de vernos unos días. En serio, es mejor que no nos volvamos a ver todavía. Créeme, aunque estuvieras a mi lado, yo no podría pensar en ti más que ahora. No quisiera apenarte, pero he llegado a no desear —ahora— tu presencia. ¿Me animaré a confesártelo? Si supiera que vas a llegar esta tarde... me escaparía.

¡Oh, no me pidas que te explique este... sentimiento, te lo ruego! Solo sé que pienso incesantemente en ti (lo cual debe bastar para tu felicidad) y que yo soy feliz así.

Poco tiempo después de esta última carta, y de mi regreso de Italia, ingresé en el servicio militar y fui enviado a Nancy. Allí no conocía a un alma, pero me alegraba de estar solo, pues así quedaba más claro, para mi orgullo de amante y para Alissa, que sus cartas eran mi único refugio, y su recuerdo, como dijo Ronsard, «mi única entelequia».

A decir verdad, soporté con alegría la disciplina algo dura a la que estábamos sometidos. Me fortalecía contra todo y, en las cartas que escribía a Alissa, me quejaba únicamente de la ausencia. Y encontrábamos incluso en lo prolongado de esta separación una prueba digna de nuestro arrojo. «Tú, que nunca te quejas», me escribía Alissa, «tú, a quien no puedo imaginar desfallecido...» ¡Qué no hubiera soportado yo para dar testimonio de estas palabras!

Había transcurrido casi un año desde la última vez que nos vimos. Alissa no parecía darse cuenta y se comportaba como si la espera empezara ahora. Se lo reproché, y me respondió:

¿No estuve acaso contigo en Italia? ¡Ingrato! No me separé de ti un solo día. Comprende que ahora, por algún tiempo, no voy a poder seguirte, y es únicamente esto lo que yo llamo separación. Ciertamente intento imaginarte como militar... pero no lo consigo. Como mucho te encuentro al anochecer, en la pequeña habitación de la calle Gambetta, escribiendo o leyendo... ¿O ni siquiera esto? La verdad es que solo te encuentro en Fongueusemare o en El Havre dentro de un año.

¡Un año! Yo no cuento los días que ya han pasado y mi esperanza está fija en este punto del futuro que se aproxima lentamente, lentamente. ¿Recuerdas, al fondo del jardín, el pequeño muro al pie del cual se resguardaban los crisantemos y por el que nos atrevíamos a caminar? Juliette y tú avanzabais sobre él con audacia, como musulmanes que van directamente al paraíso; en cuanto a mí, el vértigo me invadía desde los primeros pasos y tú me gritabas desde abajo: «¡No mires hacia tus pies...! ¡La vista al frente! ¡Sigue avanzando! ¡Fija tu mirada en la meta!». Después, y esto valía más que tus palabras, acababas por encaramarte al otro extremo del muro y me esperabas. Entonces yo dejaba de temblar. Ya no sentía vértigo, solo te miraba a ti. Me precipitaba hacia tus brazos abiertos...

Si no confiara en ti, Jérôme, ¿qué iba a ser de mí? Necesito sentirte fuerte, necesito apoyarme en ti. No desfallezcas.

Por una especie de desafío, prolongando como por placer nuestra espera, y también por miedo a un reencuentro que no fuera perfecto, acordamos que yo pasaría en París, en casa de miss Ashburton, los pocos días de permiso que tuve en las proximidades del nuevo año...

Ya os lo he dicho: no transcribo todas las cartas. He aquí la que recibí a mediados de febrero:

Gran emoción, al pasar anteayer por la calle de París y ver en el escaparate de M..., muy indiscretamente expuesto, el libro de Abel que tú me habías anunciado, pero en cuya realidad no conseguía creer. No me pude contener, y entré, pero el título me parecía tan ridículo que vacilé en pedírselo al dependiente, y ya me vi incluso en el momento de salir de la tienda con cualquier otra obra. Por suerte, un pequeño montón de *Intimidades* aguardaba al cliente junto a la caja, donde, tras haber cogido un ejemplar, deposité cinco francos sin haber tenido necesidad de decir ni una palabra.

¡Agradezco a Abel no haberme mandado su libro! No he podido hojearlo sin sentir vergüenza; vergüenza, no tanto por el libro en sí —en el que, a fin de cuentas, encuentro mucha más tontería que indecencia—, como al pensar que Abel, Abel Vautier, tu amigo, lo había escrito. He buscado en vano, de página en página, ese «gran talento» que el crítico de *Temps* descubre en él. En nuestra pequeña sociedad de El Havre, donde se habla a menudo de Abel, me entero de que el libro está teniendo mucho éxito. Oigo calificar de «ligereza» y «gracia» la incurable futilidad de este espíritu. Naturalmente yo mantengo una prudente reserva y te hablo únicamente a ti de mi lectura. El pobre pastor Vautier, a quien vi en el primer momento justamente desolado, ha acabado por preguntarse si no tendría más bien motivos para sentirse orgulloso, y todos cuantos le rodean se esfuerzan en hacérselo creer. Ayer, en casa de tía Plantier, habiéndole dicho de sopetón madame V...: «¡Debe de sentirse usted muy dichoso, señor pastor, por el gran éxito de su hijo!», respondió algo confuso: «Dios mío, todavía no he llegado hasta este punto». «¡Pero llegará! ¡Ya llegará!», intervino mi tía, desde luego sin malicia, pero con un tono tan animoso, que todo el mundo se echó a reír, él incluido.

¿Qué pasará pues cuando se represente *El nuevo Abelardo*, que tengo entendido está preparando Abel para no sé qué teatro de los bulevares y del cual ya se habla al parecer en los periódicos? ¡Pobre Abel! ¿Es de veras este el éxito que desea y con el que se contentará?

Leí ayer estas palabras de la *Consolación interna*: «Aquel que desea de veras la gloria verdadera y perdurable no tiene en cuenta la temporal; aquel que no la desprecia dentro del corazón demuestra verdaderamente que no ama la celestial», y pensé: «Gracias, Dios mío, por haber elegido a Jérôme para esa gloria celestial, junto a la cual la otra no es nada».

Las semanas, los meses transcurrían en ocupaciones monótonas, pero, no pudiendo nutrir mi pensamiento más que de recuerdos y esperanzas, apenas

me daba cuenta de la lentitud del tiempo, de la longitud de las horas.

Mi tío y Alissa tenían que ir en junio a reunirse con Juliette, que esperaba un niño por aquellas fechas, en las cercanías de Nîmes. Noticias no tan buenas les hicieron adelantar el viaje. Alissa me escribió:

Tu última carta dirigida a El Havre llegó cuando nos acabábamos de marchar. ¿Cómo es posible que no haya llegado a mis manos hasta ocho días después? He sentido, durante toda la semana, mi alma incompleta, transida, dubitativa, disminuida. ¡Oh, hermano mío, solo soy realmente yo, más que yo, cuando estoy contigo...!

Juliette vuelve a encontrarse bien. Esperamos que dé a luz uno de estos días, y lo esperamos sin demasiada inquietud. Ella sabe que yo te escribo esta mañana. Al día siguiente de nuestra llegada a Aigues-Vives, me preguntó: «Y Jérôme, ¿qué es de él? ¿Sigue escribiéndote?» y, como no le pude mentir, añadió: «Cuando le escribas, dile que...». Vaciló un instante y después concluyó con una sonrisa muy dulce: «Dile que estoy curada».

Yo había temido un poco que en sus cartas, siempre alegres, estuviera representando la comedia de la felicidad y que ella misma acabara por creérsela... ¡Lo que hoy constituye su felicidad sigue siendo tan diferente de lo que ella soñaba y de aquello de lo que parecía que iba a depender su dicha! ¡Ah, qué poco extranjera es al alma eso que llamamos felicidad y qué poco importan los elementos que parecen componerla exteriormente! Te ahorro muchísimas reflexiones que me he hecho en mis paseos solitarios por la «garrigue», y lo que más me sorprende en ellas es no sentirme más dichosa: la felicidad de Juliette debería haberme colmado... ¿Por qué cede mi corazón a una melancolía incomprensible, de la que no acierto a defenderme? La misma belleza de estas tierras, que siento, o que por lo menos constato, aumenta todavía más esa tristeza inexplicable... Cuando tú me escribías desde Italia, yo sabía verlo todo a través de ti; ahora me parece que te hurto todo lo que veo sin ti. En fin, yo me había forjado, en Fongueusemare y en El Havre, una virtud de resistencia para los días de lluvia, aquí, esta virtud no tiene aplicación y me inquieta el sentirla inútil. La risa de la gente y de la comarca me confunde; tal vez aquello que llamo «estar triste» no sea otra cosa que no ser tan jaleosa como ellos... Sin duda había antes en mi alegría cierta dosis de orgullo, puesto que ahora, ante esta euforia ajena, experimento algo parecido a la humillación.

Desde que estoy aquí apenas he podido rezar, experimento la sensación infantil de que Dios ya no está en el mismo sitio. Adiós, te dejo enseguida. Me avergüenzo de esta blasfemia, de mi debilidad, de mi tristeza, y de confesártelo y de escribirte todo esto que rompería mañana, si el correo no se lo llevara esta noche...

La carta siguiente hablaba solo del nacimiento de su sobrina, de la que iba a ser madrina, de la alegría de Juliette, de la de mi tío... Pero de sus propios sentimientos no decía nada.

Después siguieron unas cartas fechadas en Fongueusemare, donde Juliette se reunió con ella en julio...

Édouard y Juliette nos han dejado esta mañana. Echo sobre todo de menos a mi pequeña ahijada. Cuando vuelva a verla, dentro de seis meses, ya no reconoceré todos sus gestos; casi no

había ninguno que yo no le hubiera visto inventar. ¡Las formaciones son siempre tan misteriosas y sorprendentes! Si no nos asombramos más a menudo es porque no prestamos atención. ¡Cuántas horas habré pasado inclinada sobre esta pequeña cuna llena de esperanza! ¿Por qué egoísmo, qué engreimiento, qué inapetencia de lo mejor, el desarrollo se detiene tan pronto y toda criatura se estabiliza tan lejos todavía de Dios? Oh, si pudiéramos, por el contrario, si quisiéramos acercarnos más a Él... ¡qué emulación sería!

Juliette parece muy feliz. Yo al principio me entristecía al ver que renunciaba al piano y a la lectura, pero Édouard Teissières no ama la música ni siente una gran afición por los libros, y Juliette obra sin duda muy cuerdamente al no buscar sus placeres allí donde él no podría seguirla. Por el contrario, se interesa en las ocupaciones de su marido, que la tiene al corriente de todos sus negocios. Estos se han ampliado mucho este año y a él le divierte decir que gracias a su matrimonio ha conseguido una importante clientela en El Havre. Robert lo ha acompañado en su último viaje de negocios. Édouard se ocupa mucho de él, asegura comprender su carácter y no desespera de verle tomar en serio este tipo de trabajo.

Mi padre está mucho mejor. Ver feliz a su hija le rejuvenece. Ha vuelto a interesarse por la granja, por el jardín, y me pidió no hace mucho que reanudáramos las lecturas en voz alta, que habíamos empezado con miss Ashburton y habían quedado luego interrumpidas por la estancia de los Teissières. Les estoy leyendo los viajes del barón de Hübner y también a mí me proporciona gran placer. Ahora dispondré de más tiempo para leer por mi cuenta, pero espero de ti algunas indicaciones. Esta mañana he cogido varios libros, uno detrás de otro, sin que ninguno me satisficiera...

A partir de ahí, las cartas de Alissa se hicieron más confusas y apremiantes.

El temor de inquietarte no me deja decirte con cuánta intensidad te espero —me escribió a finales del verano—. Cada día que falta para volver a verte pesa sobre mí, me oprime. ¡Dos meses todavía! ¡Me parecen más largos que todo el tiempo que he pasado ya lejos de ti! Todo lo que empiezo para intentar engañar la espera me parece irrisoriamente provisional y no puedo concentrarme en nada. Los libros carecen de encanto, de interés, los paseos, de atractivo, la naturaleza entera ha perdido prestigio, el jardín está descolorido, sin perfumes. Envidio tus guardias, esos ejercicios obligatorios y no elegidos por ti que te arrancan incesantemente de ti mismo, te fatigan, apresuran las jornadas y, por la noche, te precipitan agotado en el sueño. La conmovedora descripción que hiciste de las maniobras me ha obsesionado. Estas últimas noches, en las que he dormido muy mal, me he despertado varias veces con un sobresalto al oír el toque de diana; lo oía de verdad, te lo aseguro. Imagino tan bien esta especie de ligera embriaguez de que me hablas, ese alborozo matutino, ese semivértigo... ¡Qué bella debe de ser esa meseta de Malzéville, al resplandor helado del amanecer...!

Desde hace algún tiempo, no me encuentro del todo bien. ¡Oh, nada de cuidado! Creo que te espero con demasiada intensidad. Eso es todo.

Y seis semanas más tarde:

He aquí mi última carta, amigo mío. Aunque no hayas fijado todavía la fecha de tu regreso, no puede tardar mucho. Ya no puedo escribirte nada. Me hubiera gustado volver a verte en

Fongueusemare, pero el tiempo ha empeorado, hace mucho frío y mi padre no habla de otra cosa que del retorno a la ciudad. Ahora que Juliette y Robert ya no están con nosotros, podríamos alojarte cómodamente, pero es mejor que bajes a la casa de tía Félicie, que estará encantada de recibirte.

A medida que se acerca el día de nuestro reencuentro, mi espera se hace más ansiosa. Es casi una aprensión. Me parece que tu llegada, tan deseada, me da ahora miedo. Me esfuerzo en no pensar en ella. Imagino tu llamada a la puerta, tus pasos en la escalera, y el corazón me deja de latir o me duele... Sobre todo, no esperes que yo pueda hablarte... Siento que ahí acabará mi pasado, y más allá no veo nada. Mi vida se detiene...

Cuatro días después, es decir, una semana antes de mi licenciamiento, recibí, sin embargo, todavía otra carta, muy breve:

Amigo mío, estoy enteramente de acuerdo contigo en no intentar prolongar en exceso tu estancia en El Havre o el tiempo de nuestro primer reencuentro. ¿Qué podríamos decirnos que no nos hayamos dicho ya? Así, pues, si unas formalidades te reclaman en París desde el 28, no vaciles, no lamentes siquiera no podernos dedicar más de dos días. ¿Acaso no tendremos después toda una vida por delante?

VI

Nuestro primer reencuentro tuvo lugar en casa de tía Plantier. De repente me sentía torpe, rudo a causa del servicio militar... Después temí que ella me hubiera encontrado cambiado. Pero ¿qué importancia podía tener entre nosotros esa primera impresión engañosa? En lo que a mí respecta, temeroso de no reconocerla perfectamente, al principio apenas me atrevía a mirarla... No, lo que más nos azaró fue ese absurdo papel de novios que se nos constreñía a asumir, esa prisa que todos mostraron en dejarnos solos, en esfumarse de nuestra presencia.

—Pero, tía, no nos estorba en absoluto. No tenemos nada secreto que decirnos —exclamó finalmente Alissa, ante los indiscretos esfuerzos de aquella mujer para desaparecer.

—¡Claro que sí, claro que sí, pequeños! Os comprendo muy bien. Cuando se ha estado mucho tiempo separados, hay montones de pequeñas cosas que contar...

—Por favor, tía. Nos disgustará mucho si se marcha.

Y esto fue dicho en un tono casi enojado, en el que apenas reconocí la voz de Alissa.

—Tía, le aseguro que no nos diremos ni una sola palabra, si usted se marcha —añadí yo riendo, pero invadido a mi vez por cierta aprensión ante la idea de quedarnos solos.

Y se reanudó la conversación entre los tres, falsamente jovial, intrascendente, salpicada de esa animación deliberada tras la cual intentábamos los tres ocultar nuestra turbación. Teníamos que volver a vernos al día siguiente, ya que mi tío me había invitado a almorzar, de

modo que aquella primera noche nos separamos sin pesar, satisfechos de poner fin a aquella comedia.

Llegué mucho antes de la hora del almuerzo, pero encontré a Alissa hablando con una amiga, a la que no tuvo valor de despedir y que no tuvo la discreción de marcharse. Cuando por fin nos dejó solos, fingí sorprenderme de que Alissa no la hubiera invitado a quedarse a comer con nosotros. Los dos estábamos nerviosos, fatigados por una noche sin sueño. Llegó mi tío. Alissa se dio cuenta de que yo lo encontraba envejecido. Se había vuelto duro de oído, oía mal mi voz, y la necesidad de gritar para hacerme entender daba un tono tosco a mis palabras.

Después de comer, la tía Plantier fue a recogernos en su coche, tal como habíamos acordado. Nos llevaba a Orcher, con la intención de dejar que Alissa y yo hiciéramos a pie, a la vuelta, la parte más agradable del camino.

Hacía calor para la estación en que estábamos. La parte de la costa por la que caminábamos estaba expuesta al sol y carecía de atractivo; los árboles desnudos no nos brindaban ningún cobijo. Espoleados por la preocupación de llegar al coche donde nos esperaba nuestra tía, aceleramos incómodamente el paso. No brotaba en mi frente, entorpecida por la migraña, ni una sola idea. Para mantener el ánimo, o porque este gesto podía suplir a las palabras, había cogido mientras caminábamos la mano que Alissa me abandonó. La emoción, el sofoco de la marcha y el malestar de nuestro silencio nos hicieron subir la sangre al rostro. Yo oía que me latían las sienes; Alissa estaba desagradablemente sonrojada, y pronto la molestia de sentir sudorosas nuestras manos unidas hizo que las soltáramos y que cayeran tristemente.

Nos habíamos apresurado demasiado y llegamos al cruce mucho antes que el coche que, siguiendo otra ruta y para dejarnos tiempo para hablar, la tía hacía avanzar muy despacio. Nos sentamos en el talud. El viento frío que se levantó de repente nos dejó ateridos, pues estábamos sudados, y nos levantamos para ir al encuentro del coche... Pero peor fue todavía la apremiante solicitud de nuestra pobre tía, convencida de que habíamos hablado muchísimo y dispuesta a preguntarnos sobre nuestro noviazgo. Alissa, sin poder soportarlo más y con los ojos llenos de lágrimas, pretextó un violento dolor de cabeza. El regreso concluyó en silencio.

El día siguiente me desperté con agujetas, resfriado, tan enfermo que hasta después del almuerzo no me decidí a volver a casa de los Bucolin. Por desgracia Alissa no estaba sola. Madeleine Plantier, una de las nietas de nuestra tía Félicie, con la que me constaba que a Alissa le gustaba charlar, estaba allí. Estaba pasando unos días en casa de su abuela y, en cuanto me vio, exclamó:

—Si al salir de aquí, vuelves a la Côte, podríamos subir juntos.

Asentí maquinalmente, y por lo tanto no pude ver a Alissa a solas. Pero la presencia de aquella chiquilla amable nos fue sin duda útil, y no volví a sentir la intolerable incomodidad de la víspera. Enseguida se animó la conversación entre los tres y fue mucho menos superficial de lo que yo había temido en un principio. Alissa sonrió de un modo extraño cuando le dije adiós, y me pareció que hasta entonces no había comprendido que yo me iba al día siguiente. Por otra parte, la perspectiva de volver a vernos muy pronto quitó de mi adiós lo que hubiera podido tener de trágico.

Sin embargo, después de la cena e impulsado por una vaga inquietud, volví a bajar a la ciudad, por la que deambulé casi una hora antes de decidirme a llamar de nuevo a la puerta de los Bucolin. Me recibió mi tío. Alissa, que se encontraba mal, había subido a su habitación y sin duda se habría acostado ya. Charlé unos instantes con mi tío y me marché...

Por molestos que fuesen estos contratiempos, sería inútil darles a ellos la culpa. Aunque todo nos hubiera sido favorable, nosotros mismos hubiéramos inventado nuestra incomodidad. Pero nada me acongojaba tanto como que también Alissa lo hubiera sentido así. He aquí la carta que recibí en cuanto llegué a París:

¡Amigo mío, qué triste reencuentro! Tú parecías dar a entender que la culpa era de los demás, pero no pudiste convencerte ni a ti mismo. Y ahora yo creo, yo sé, que siempre será así. ¡Ah, te lo suplico, no volvamos a vernos!

¿Por qué esa incomodidad, esa sensación de estar en falso, esa parálisis, ese mutismo, cuando tenemos tanto que decirnos? El primer día de tu regreso, me sentí incluso feliz con ese silencio, porque creí que se disiparía, que tú me dirías cosas maravillosas, que antes no podrías marcharte.

Pero, cuando vi que nuestro lúgubre paseo a Orcher terminaba también en silencio, y sobre todo cuando nuestras manos se separaron una de la otra y cayeron sin esperanza, creí que mi corazón desfallecía de angustia y de pesar. Y lo que más me dolió no fue que tu mano hubiera soltado la mía, sino sentir que, si no lo hubiese hecho ella, la mía hubiese tomado la iniciativa, porque tampoco se sentía a gusto dentro de la tuya.

El día siguiente —o sea, ayer— te esperé ansiosamente durante toda la mañana. Demasiado inquieta para quedarme en casa, te dejé una nota en la que te decía dónde podrías encontrarme, en el rompeolas. Permanecí mucho tiempo allí, contemplando el mar agitado, pero sufría demasiado por mirarlo sin ti. Volví pues a casa, imaginando de pronto que me esperabas en mi habitación. Sabía que por la tarde yo no estaría libre. Madeleine me había anunciado el día anterior su visita y, como yo esperaba verte por la mañana, le había dicho que sí. Pero tal vez solo debamos a su presencia los únicos buenos momentos de nuestro encuentro. En algunos instantes tuve la extraña ilusión de que aquella grata conversación iba a durar mucho tiempo, mucho tiempo... Y, cuando te acercaste al sofá donde yo estaba sentada con ella, cuando te inclinaste sobre mí y me dijiste adiós, no pude contestarte, me pareció que todo terminaba; acababa de comprender bruscamente que tú te marchabas.

Apenas te habías ido con Madeleine, cuando todo me pareció imposible, intolerable. ¿Sabes que volví a salir? Quería hablarte, decirte finalmente todo aquello que no te había dicho. Corrí a casa de los Plantier... Era tarde... No tuve tiempo, no me atreví... Volví a casa desesperada, para escribirte... que no quería seguir escribiéndote... Era una carta de adiós... Porque comprendía al fin con demasiada certeza que toda nuestra correspondencia no era sino un espejismo, que cada uno de nosotros solo se escribía a sí mismo y que... ¡Jérôme, Jérôme, qué lejos permanecíamos siempre!

He roto esta carta, es verdad, pero estoy volviendo a escribirtela casi igual. ¡Oh, amigo mío, yo no te amo menos por esto! Muy al contrario, nunca como en mi turbación, como en mi incomodidad cuando te acercabas a mí, había sentido yo lo profundamente que te amaba. Pero con desesperación, ¿sabes?, porque tuve que confesármelo a mí misma: desde lejos te amaba más. ¡Ya lo sospechaba! Y ahora ese reencuentro tan deseado ha acabado de convencerme. Lo que importa es que tú, amigo mío, también te convenzas. Adiós, que Dios te proteja y te guíe. ¡Solo a Él podemos acercarnos impunemente!

Y, como si esta carta no hubiera sido ya suficientemente dolorosa, le había añadido, al día siguiente, esta posdata:

No quisiera dejar partir esta carta, sin pedirte un poco más de discreción en lo que nos concierne a los dos. Varias veces me has herido al hablar con Juliette o con Abel de cosas que deberían haber quedado entre nosotros. Y ha sido esto lo que, mucho antes de que tú lo sospecharas, me ha hecho pensar que tu amor era sobre todo un amor cerebral, una hermosa obstinación intelectual hecha de ternura y de fidelidad.

Era sin duda el miedo a que yo le enseñara esta carta a Abel lo que le había dictado las últimas líneas. ¿Qué desconfiada perspicacia la había puesto en guardia? ¿Habría sorprendido en mis palabras algún reflejo de los consejos de mi amigo?

¡Yo ahora me sentía muy distante de él! Seguíamos dos caminos divergentes, y la recomendación de Alissa era bien superflua para enseñarme a soportar a solas el doloroso peso de mi desdicha.

Los tres días siguientes estuvieron ocupados únicamente por mi pena. Quería contestar a Alissa, pero temía que una discusión en exceso enconada, una protesta demasiado vehemente, la menor palabra inadecuada, avivara incurablemente nuestra herida. Empecé veinte veces la carta donde se debatía mi amor. Y ni siquiera hoy puedo leer sin llorar ese papel lavado por las lágrimas, copia del que por fin me decidí a enviarle:

¡Alissa, ten piedad de mí, de los dos...! Tu carta me hace daño. ¡Cuánto me gustaría poder sonreír ante tus temores! Sí, yo sentía todo lo que me escribes, pero me daba miedo decírmelo. ¡Qué espantosa realidad das a lo que no son más que imaginaciones, y cómo lo agrandas entre nosotros!

Si sientes que me amas menos... ¡Ah, separa de mí esa cruel suposición, que toda tu carta desmiente! Pero entonces ¿qué importancia tienen tus aprensiones pasajeras? ¡Alissa, en cuanto quiero razonar, mis palabras se hielan, no oigo otra cosa que los gemidos de mi corazón! Te amo demasiado para ser hábil, y, cuanto más te amo, menos sé hablarte. «Amor cerebral»... ¿Qué puedo responder yo a esto? Cuando te amo con mi alma entera, ¿cómo he de saber distinguir entre mi inteligencia y mi corazón? Pero, puesto que nuestra correspondencia es la causa de tu ofensiva imputación, puesto que, elevados por ella, la súbita caída en la realidad nos ha herido tan dolorosamente, puesto que en el presente si tú me escribieras pensarías que solo te escribías a ti misma, también puesto que me considero sin fuerzas para soportar una nueva carta que se parezca a la última, te lo ruego: interrumpamos por algún tiempo nuestra correspondencia.

En la continuación de mi carta, protestando contra sus conclusiones, introducía una llamada, le suplicaba que nos diera la oportunidad de una nueva entrevista. La anterior lo había tenido todo en contra: el decorado, los comparsas, la estación... E incluso nuestra exaltada correspondencia, que nos había tan imprudentemente preparado para ella. Solo el silencio precedería esta vez a nuestro nuevo encuentro. Me gustaría que tuviera lugar en primavera, en Fongueusemare, donde yo creía que el pasado iba a jugar en mi favor y donde mi tío me acogería, durante las vacaciones de Pascua, tantos días, o tan pocos, como ella misma juzgara conveniente.

Mi resolución era firme y, en cuanto partió la carta, pude sumergirme en mi trabajo.

Pero volvería a ver a Alissa antes de que terminara el año. Miss Ashburton, cuya salud desde hacía unos meses declinaba, murió cuatro días antes de Navidad. Desde mi regreso del servicio militar, había vuelto a vivir con ella; apenas la dejaba y pude asistir a sus últimos momentos. Una tarjeta de Alissa me testimonió que tomaba más en serio nuestro voto de silencio que

mi luto; vendría entre dos trenes, solo para el entierro, al que mi tío no podría asistir.

Estuvimos casi solos, ella y yo, en la fúnebre ceremonia, y después en el acompañamiento del cadáver, donde, caminando el uno al lado del otro, cruzamos apenas unas frases. Pero en la iglesia, donde ella se sentó a mi lado, sentí en varios momentos que sus ojos se posaban en mí con ternura.

—Estamos de acuerdo —me dijo en el momento de separarnos—. Nada antes de Pascua.

—Sí, pero en Pascua...

—Te espero.

Estábamos en la puerta del cementerio. Le propuse acompañarla a la estación, pero detuvo un coche y, sin una palabra de despedida, se separó de mí.

VII

—Alissa te espera en el jardín —me dijo mi tío, después de abrazarme paternalmente, cuando llegué a Fongueusemare a finales de abril.

Y, si en un primer momento me decepcionó que ella no hubiera salido a recibirme, le agradecí enseguida que nos ahorrara a los dos la efusión banal de los primeros instantes de nuestro encuentro.

Alissa estaba al fondo del jardín y yo me encaminé hacia la glorieta, espesamente rodeada de arbustos, cuajados en aquella época del año de multitud de flores: lilas, serbales, cíttis. Para no descubrirla desde demasiado lejos o para que no me viera acercarme, seguí, por el otro lado del jardín, la avenida sombreada, donde el aire era fresco bajo las ramas. Avancé despacio; el cielo era como mi alegría, cálido, brillante, delicadamente puro. Sin duda Alissa esperaba verme llegar por la otra avenida y estuve cerca de ella, detrás de ella, sin que me hubiera oído llegar. Me detuve... Y, como si el tiempo hubiese podido detenerse para mí, pensé: «He aquí el instante, el instante más delicioso tal vez, puesto que precede a la felicidad misma, y que tal vez la felicidad misma no igualará...».

Quería caer de rodillas delante de Alissa y di un paso que ella oyó. Se levantó de inmediato, dejando caer al suelo el bordado en el que estaba ocupada, tendió los brazos hacia mí y me puso las manos en los hombros. Permanecimos unos instantes así, ella con los brazos extendidos, el rostro sonriente e inclinado, mirándome con ternura sin decir nada. Iba enteramente vestida de blanco. En su semblante, casi demasiado grave, reencontré su sonrisa de niña...

—Escucha, Alissa —exclamé de repente—. Dispongo de doce días libres. No me quedará ni uno más de los que tú desees. Convengamos un

signo que querrá decir: «Mañana hay que dejar Fongueusemare». Y, al día siguiente, sin recriminaciones, sin quejas, me marcharé. ¿Estás de acuerdo?

Al no haber preparado antes mis palabras, hablaba con mayor espontaneidad. Alissa reflexionó un momento y luego repuso:

—El día que, al bajar para la cena, no lleve al cuello la cruz de amatista que a ti te gusta tanto... ¿Lo entenderás?

—Entenderé que esa será mi última noche.

—Pero ¿serás capaz —insistió ella— de marcharte sin lágrimas, sin lamentos...?

—Sin despedidas. Esa última noche me separaré de ti exactamente igual que la noche anterior, con tal naturalidad que al principio te preguntarás: «¿No lo habrá entendido?». Pero, cuando me busques por la mañana, simplemente yo ya no estaré aquí.

—El día siguiente yo no te buscaré.

Me tendió una mano y me la llevé a los labios.

—Desde ahora hasta la noche fatal —añadí todavía—, ni una sola alusión que me haga presentir nada.

—Y tú, por tu parte, ni una sola alusión a la separación que seguirá.

Ahora había que romper la incomodidad que unas primeras palabras tan solemnes podían crear entre nosotros.

—¡Me gustaría tanto —insistí— que estos días pasados junto a ti fueran parecidos a otros días...! Quiero decir, que no sintiéramos, ni tú ni yo, que son excepcionales. Y además... si no tuviéramos que esforzarnos en hablar desde el principio...

Ella se echó a reír y yo añadí:

—¿No hay nada en lo que pudiéramos ocuparnos los dos juntos?

Siempre nos había gustado la jardinería. Un jardinero sin experiencia sustituía desde hacía poco al antiguo, y el jardín, abandonado desde hacía dos meses, prometía mucho trabajo. Los rosales estaban mal podados; algunos, muy exuberantes, soportaban todavía el peso de las ramas muertas; otros, trepadores, se derrumbaban por estar poco sujetos, otros estaban ahogados por la hiedra. La mayor parte habían sido plantados por nosotros y reconocimos a nuestros retoños. Los cuidados que exigían nos ocuparon mucho tiempo, y tuvimos ocasión, durante los tres primeros días, de

hablarnos mucho sin decir nada grave, y de callar sin que nos oprimiera el silencio.

Así volvimos a acostumbrarnos el uno al otro. Yo confiaba más en esto que en cualquier explicación. Incluso el recuerdo de nuestra separación iba desvaneciéndose entre nosotros, y disminuía ese temor que yo percibía a menudo en ella, esa contracción del alma que ella temía en mí. Alissa, más joven que en mi triste visita del otoño, no me había parecido nunca tan hermosa. Yo todavía no la había besado. Todas las noches veía brillar en su garganta, sostenida por una cadenilla de oro, la crucecita de amatista. He de confesar que renació la esperanza en mi corazón. ¿Qué digo esperanza? Era ya una certeza, y me parecía que Alissa sentía lo mismo que yo. Dudaba tan poco de mí mismo que no podía dudar de ella. Poco a poco nuestras palabras se hicieron más vehementes.

—Alissa —le dije una mañana, en que el aire reía placentero y nuestros corazones se abrían como las flores—, ahora que Juliette es feliz, ¿no querrías que también nosotros...?

Yo hablaba despacio, los ojos fijos en ella, y se puso de repente tan terriblemente pálida que no pude terminar mi frase.

—Amigo mío —empezó a decir sin volver hacia mí la mirada—, me siento a tu lado tan feliz como nunca lo pude imaginar... Pero, créeme, nosotros no hemos nacido para la felicidad.

—¿Qué puede preferir el alma a la felicidad? —exclamé impetuosamente.

—La santidad —murmuró Alissa, en voz tan baja que adiviné más que oí esta palabra.

Toda mi felicidad extendió las alas y escapó de mí hacia los cielos.

—Yo no la alcanzaré sin ti —le dije, y, con la cabeza apoyada en sus rodillas, llorando como un niño, pero de amor no de tristeza, repetí—: ¡No sin ti, no sin ti!

Después este día transcurrió como los otros días. Pero, por la noche, Alissa compareció sin la crucecita de amatista. Fiel a mi promesa, me fui al día siguiente, al amanecer.

Recibí a los dos días la extraña carta que transcribiré aquí, que incluía a guisa de epígrafe unos versos de Shakespeare:

*That strain again, - it had a dying fall:
O, it came o'er my ea like the sweet south,
That breathes upon a bank of violets,
Stealing and giving odour. - Enough; no more,
'Tis not so sweet now as it was before...*

¡Sí! Contra mi voluntad te he estado buscando toda la mañana, hermano mío. No podía creer que te habías marchado. Te recriminaba por haber cumplido nuestra promesa. Pensaba: «Es un juego». Esperaba verte aparecer detrás de cada matorral. ¡Pero no! Tu marcha era real. Gracias.

He pasado el resto del día obsesionada por la constante presencia de ciertos pensamientos, que quisiera comunicarte, y el miedo, peregrino pero preciso, de que, si no te los comunicaba, tendría más adelante la sensación de haberte fallado, de haber merecido tu reproche...

Me sorprendió, en las primeras horas de tu estancia en Fongueusemare, me inquietó enseguida después, ese extraño contento que experimentaba todo mi ser cuando estaba junto a ti. «Un contento tal», me decías tú, «que ya no deseo nada más.» ¡Y es precisamente esto lo que me inquieta!...

Temo, amigo mío, que no conseguiré hacer que lo comprendas. Temo, sobre todo, que no veas un razonamiento sutil (¡oh, qué torpe sería por mi parte!) en lo que no es otra cosa que la expresión del sentimiento más violento de mi alma.

«Si no bastara, no sería la felicidad», me habías dicho tú. ¿Lo recuerdas? Y yo no había sabido qué responder. No, Jérôme, no nos basta. Jérôme, no tiene que bastarnos. No puedo tener por verdadera esa satisfacción llena de delicias. ¿Acaso no comprendimos este otoño la angustia que recubría?

¡Verdadera! ¡Ah, Dios nos libre de que lo sea! Hemos nacido para otra felicidad distinta...

Así como nuestra correspondencia echó a perder nuestro encuentro de otoño, el recuerdo de tu presencia de ayer quita encanto a mi carta de hoy. ¿Dónde ha ido a parar el gozo que yo experimentaba al escribirte? Por las cartas, por tu presencia, hemos agotado toda la pureza de la alegría a la que nuestro amor puede aspirar. Y ahora, a mi pesar, exclamo como el Orsino de *Noche de Reyes*: «¡Basta! ¡Nada más! ¡Ya no es tan suave como hace un momento!».

Adiós, amigo mío. *Hic incipit amor Dei*. Ah, ¿llegarás a saber nunca lo mucho que te amo?... Seré hasta el final tu

ALISSA

Contra la trampa de la virtud yo no tenía defensas. Todo heroísmo me deslumbraba y me atraía, porque no lo separaba del amor. La carta de Alissa me embriagó del más temerario entusiasmo. Dios sabe que solo por ella me esforzaba yo en alcanzar una mayor virtud. Todo sendero, con tal de ser ascendente, me guiaría a su encuentro. ¡Ah, el suelo no se encogería nunca lo bastante aprisa, para soportarnos solo a nosotros dos! Ah, yo no

sospechaba la sutileza de su trampa, y no podía imaginar que fuera por una cima por donde podría escapárseme otra vez.

Le respondí largamente. Recuerdo el único párrafo casi clarividente de mi carta. Decía así:

Me parece a menudo que mi amor es lo mejor que hay en mí, que todas mis virtudes dependen de él, que me eleva por encima de mí mismo, y que sin ti yo volvería a caer a la mediocre altura de una naturaleza vulgar. Por la esperanza de reunirme contigo el camino más arduo me parecerá siempre el mejor.

No sé lo que pude añadir en esta carta para impulsarla a contestarme lo siguiente:

Pero, amigo mío, la santidad no es una elección sino una obligación (*la palabra estaba subrayada tres veces en su carta*). Si eres el que yo he creído, no podrás tú tampoco sustraerte a ella.

Esto era todo. Comprendí o, mejor dicho, presentí, que allí terminaba nuestra correspondencia, y que ni los consejos más acertados ni la voluntad más firme, podrían hacer nada.

Sin embargo, volví a escribirle, largamente, tiernamente. Después de mi tercera carta, recibí esta nota:

Amigo mío:

No creas que he tomado la resolución de no escribirte; sencillamente ya no tengo ganas. Tus cartas, no obstante, me dan todavía una alegría. Pero me reprocho cada vez más a mí misma ocupar hasta este punto tus pensamientos.

El verano no está lejos. Renunciemos durante algún tiempo a escribirnos y ven a pasar en Fongueusemare, junto a mí, los quince últimos días de septiembre. ¿Estás de acuerdo? Si es que sí, no necesito contestación. Tomaré tu silencio por un asentimiento, y deseo, por lo tanto, que no me contestes.

No contesté. Sin duda aquel silencio era una última prueba a la que Alissa me sometía. Cuando, después de unos meses de trabajo y unas semanas de viaje, volví a Fongueusemare, lo hice con la más serena seguridad.

¿Cómo, por medio de un simple relato, podré conseguir que se haga comprensible algo que, en un primer momento, ni siquiera yo acerté a explicarme? ¿Qué puedo describir aquí que no sea la angustia a la que cedí desde entonces por completo? Puesto que ni siquiera ahora encuentro en mí

perdón para mí mismo por no haber sabido sentir, bajo el ropaje de la apariencia más ficticia, palpar todavía el amor. No pude ver entonces más que esta apariencia y, al no encontrar en ella a mi amiga, la acusé... ¡No, ni siquiera entonces te acusé, Alissa! Pero lloré desconsoladamente por no poder reconocerte ya. Ahora, que mido la fuerza de tu amor por la treta de su silencio y por su cruel artimaña, ¿debo amarte tanto más cuanto más atrozmente me hayas dañado?

¿Desdén? ¿Frialidad? No, nada que pudiera ser vencido, nada siquiera contra lo que yo pudiera luchar. Y a veces vacilaba, me preguntaba si no sería mi desgracia una invención mía, tan sutil seguía siendo la causa que la provocaba y tan hábil se mostraba Alissa en fingir que yo no la comprendía. ¿De qué hubiera podido quejarme en realidad? Su acogida fue más sonriente que nunca; nunca se había mostrado antes tan obsequiosa, tan solícita. El primer día casi me dejé engañar... ¿Qué importaba, al fin y al cabo, que un nuevo peinado, liso y tirante, endureciera los rasgos de su rostro como para falsear su expresión, que llevara un vestido mal cortado, de color muerto, de una tela desagradable al tacto, que ocultaba el delicado ritmo de su cuerpo...? No era nada que ella no pudiera remediar, y, desde el día siguiente, pensaba yo en mi ceguera, por sí misma o a petición mía... Me preocupó más su obsequiosidad, sus atenciones, tan poco habituales entre nosotros, donde temía ver más resolución que impulso, y, apenas me atrevo a decirlo: más cortesía que amor.

Por la tarde, al entrar en el salón, me sorprendió no ver el piano en el lugar acostumbrado. Y a mi exclamación decepcionada:

—El piano está en reparación, amigo mío —replicó Alissa con su voz más tranquila.

—Sin embargo, te lo había dicho varias veces, niña —intervino mi tío en un tono de reproche casi severo—. Ya que te había funcionado hasta ahora lo suficientemente bien, hubieras podido esperar a la marcha de Jérôme para enviarlo a arreglar. Tus prisas nos privan de un gran placer.

—Pero, padre —dijo Alissa, volviéndose hacia nosotros y ruborizándose—, le aseguro que estos últimos días estaba tan desafinado que ni Jérôme hubiera podido hacer nada con él.

—Cuando tú lo tocabas —replicó mi tío—, sonaba bastante bien.

Alissa permaneció allí unos instantes, inclinada hacia la sombra, como ocupada en tomar las medidas de una funda para el sillón, después salió bruscamente de la estancia y no reapareció hasta más tarde, llevando en una bandeja la infusión que mi tío tenía la costumbre de tomar todas las noches.

El día siguiente, Alissa no cambió de peinado ni de vestido. Sentada junto a su padre, en un banco, delante de la casa, reanudó la labor de costura, o mejor de remiendos, que la había ocupado ya la víspera. A su lado, encima del banco o de una mesa, había un gran cesto lleno de calcetines y de medias usados. Unos días después, fueron las servilletas y las sábanas... Aquel trabajo parecía absorberla por entero, hasta el punto de que sus labios perdían toda expresión y sus ojos todo resplandor.

—¡Alissa! —exclamé la primera noche, casi asustado por la despoetización de aquel rostro que me costaba reconocer y que contemplaba desde hacía unos instantes sin que pareciera ella darse cuenta.

—¿Qué quieres? —dijo, levantando la cabeza.

—Quería averiguar si me oirías. ¡Tus pensamientos parecen estar tan lejos de mí!

—No, estoy aquí, pero estos remiendos exigen mucha atención.

—Mientras tú coses, ¿quieres que yo te lea algo?

—Temo que no podría escucharte bien.

—¿Por qué escoges un trabajo tan absorbente?

—Alguien tiene que hacerlo.

—Hay muchas mujeres pobres para las que sería un modo de ganarse el pan. Y, sin embargo, no es por economía que te obligas a este trabajo ingrato, ¿verdad?

Alissa respondió enseguida que ninguna otra ocupación la distraía tanto, que desde hacía mucho tiempo no había hecho ninguna otra, para las que sin duda había perdido toda su habilidad... Hablaba sonriendo. Y nunca había sido su voz más dulce que al infligirme tal congoja. «Lo que digo es muy natural», parecía expresar su semblante. «¿Por qué habría de entristecerte?» Y todas las protestas de mi corazón ya no me subían siquiera hasta los labios, me asfixiaban.

Al segundo día, después de haber cogido unas rosas, Alissa me invitó a llevárselas a su habitación, en la que yo no había entrado todavía aquel año. ¡Qué esperanza no acaricié de inmediato! Porque aún estaba yo en un punto en que me reprochaba mi tristeza y una palabra de ella hubiera curado mi corazón.

Yo no entraba nunca sin emoción en aquel dormitorio, en el que, no sé por qué, se formaba una especie de melodiosa paz en la que reconocía a Alissa. La sombra azul de las cortinas de las ventanas y alrededor del lecho, los muebles de reluciente caoba, el orden, la pulcritud, el silencio, todo hablaba a mi corazón de su pureza y su gracia pensativa.

Me sorprendí, aquella mañana, al no ver en la pared, cerca de su cama, dos grandes fotografías de Masaccio que le había traído yo desde Italia. Iba a preguntarle qué había sido de ellas, cuando mi mirada se posó en la estantería contigua, donde Alissa guardaba sus libros favoritos. Aquella pequeña biblioteca se había ido formando lentamente, la mitad con los libros que yo le había dado y la otra mitad con los que habíamos leído juntos. Acababa de descubrir que aquellos libros habían desaparecido todos, sustituidos solo por insignificantes obritas de piedad vulgar, por las que yo esperaba que no sintiese ella más que desprecio. Al levantar de repente la mirada, vi que Alissa reía; sí, que reía y me observaba.

—¡Oh, perdóname! —dijo al instante—. Es tu cara lo que me ha hecho reír. ¡Se ha descompuesto tan bruscamente al descubrir mi biblioteca...!

Mi humor no estaba para bromas.

—Pero... ¿de veras, Alissa? ¿Es esto lo que lees ahora?

—Pues sí. ¿De qué te extrañas?

—Pensaba que una inteligencia acostumbrada a alimentos sustanciosos no podría saborear estas insulseces sin sentir náuseas.

—No te entiendo —dijo ella—. Son almas humildes que hablan sencillamente conmigo, expresándose lo mejor que pueden, y en cuya compañía me siento a gusto. Sé de antemano que no cederemos, ellas a alguna trampa de hermoso lenguaje, yo, al leerlas, a cualquier tipo de admiración profana.

—¿Solo lees, pues, esto?

—Casi. Sí, desde hace unos meses. Por otra parte, no dispongo de mucho tiempo para leer. Y he de confesarte que, muy recientemente, al querer releer alguno de los grandes autores que tú me habías enseñado a admirar, me ha hecho pensar en aquellos, de los que hablan las Escrituras, que se esfuerzan en añadir un codo a su estatura.

—¿Quién es ese «gran autor» que te ha dado tan extraña opinión de ti misma?

—No es él quien me la ha dado, pero lo he sentido al leerlo... Era Pascal. Tal vez fui a dar con un párrafo menos bueno...

Hice un gesto de impaciencia. Alissa hablaba con una voz clara y monótona, como si recitara una lección, sin levantar los ojos de las flores, que no acababa de arreglar. Se interrumpió un instante ante mi gesto, y prosiguió en el mismo tono:

—Tanta grandilocuencia sorprende, y tanto esfuerzo, y para demostrar tan poca cosa. Me pregunto a veces si su entonación patética no es más producto de la duda que de la fe. La fe perfecta no tiene tantas lágrimas ni temblores en la voz.

—Es ese temblor, son esas lágrimas, lo que constituye la belleza de esta voz —intenté replicar, pero sin ánimos, porque no reconocía en sus palabras nada de lo que yo amaba en Alissa.

Las transcribo tal como las recuerdo, sin añadirles arte ni lógica.

—Si él no hubiera vaciado la vida presente de su alegría —siguió ella—, pesaría más en la balanza que...

—¿Que qué? —la interrumpí, atónito ante sus extrañas palabras.

—Que la incierta felicidad que propone.

—¿No crees, pues, en ella? —exclamé.

—¡Qué importa! —siguió Alissa—. Quiero que siga siendo incierta, a fin de que se borre toda sospecha de transacción. El alma enamorada de Dios se sumerge en la virtud por nobleza natural, no por la esperanza de recompensa.

—De ahí ese secreto escepticismo donde se refugia la nobleza de un Pascal.

—Escepticismo no: jansenismo —repuso ella sonriendo—. ¿Qué iba a hacer yo con todo esto? Las pobres almas que hay aquí —y se volvió hacia

los libros— se verían en un apuro si tuvieran que decir si son jansenistas, quietistas o lo que sea. Se inclinan ante Dios como las hierbas empujadas por el viento, sin malicia, sin turbación, sin belleza. Se consideran insignificantes y saben que su único valor reside en eclipsarse ante Dios.

—¡Alissa! —exclamé—. ¿Por qué te arrancas las alas?

Su voz seguía siendo tan tranquila y natural que mi exclamación me pareció, por contraste, ridículamente enfática.

Alissa volvió a sonreír, sacudiendo la cabeza.

—Todo lo que he retenido de este último encuentro con Pascal...

—¿Qué es? —le pregunté, al ver que ella se interrumpía.

—Son estas palabras de Cristo: «Quien quiera salvar su vida la perderá». En cuanto a lo demás —siguió, sonriendo más abiertamente y mirándome a la cara—, lo cierto es que ahora casi no lo he comprendido. Cuando uno ha vivido cierto tiempo en compañía de esos pequeñuelos, es sorprendente la rapidez con que la sublimidad de las grandes voces te sofoca.

En mi angustia, ¿no iba a encontrar nada que responderle?

—Si tuviera que leer ahora contigo todos estos sermones, estas meditaciones...

—¡Pero no! —me interrumpió—. ¡Lamentaría muchísimo vértelos leer! ¡Creo, sin duda, que tú has nacido para algo mejor que esto!

Hablaba con entera sencillez, sin parecer sospechar que aquellas palabras que separaban así nuestras dos vidas pudieran desgarrarme el corazón. Me ardía la cabeza, hubiera querido seguir hablando y llorar, tal vez mis lágrimas la habrían vencido, pero permanecí allí sin decir nada, los codos apoyados en la chimenea y la frente entre las manos. Alissa siguió arreglando tranquilamente sus flores, sin ver mi dolor o fingiendo que no lo veía...

En aquel momento sonó la primera campanada del almuerzo.

—¡No voy a estar lista para la comida! —me dijo—. ¡Vete enseguida!

—Y, como si se hubiera tratado solo de un juego—: Ya proseguiremos más tarde esta conversación.

Esta conversación no fue proseguida. Alissa se me escapaba sin cesar. No es que pareciera zafarse, pero cualquier ocupación anodina se convertía de inmediato en un deber de la más acuciante importancia. Yo hacía cola, venía detrás de las ocupaciones siempre renovadas de la casa, detrás de la supervisión de las obras que había habido que hacer en la granja, detrás de las visitas a los granjeros, las visitas a los pobres, que la ocupaban más y más. A mí me correspondía el tiempo sobrante, que era muy poco, ya que siempre la veía atareada. Pero tal vez a través de aquellas menudas ocupaciones y renunciando a seguirla me sentía menos desposeído. La más nimia conversación lo hacía mucho más evidente. Cuando Alissa me concedía unos instantes, era, en efecto, para una conversación torpe, a la que ella se prestaba como se presta uno a los juegos de un niño. Pasaba deprisa por mi lado, distraída y sonriente, y yo la sentía tan distante como si nunca la hubiese conocido. Incluso creía ver a veces en su sonrisa cierto desafío, o al menos cierta ironía, como si se divirtiera en eludir así mi deseo... Luego, de inmediato, volvía contra mí mismo todo agravio, sin querer dejarme caer en los reproches y no sabiendo ya con certeza qué era lo que hubiera esperado de ella, ni lo que podía reprocharle.

Así transcurrieron los días que me había prometido tan felices. Yo contemplaba con estupor su huida, pero no hubiera querido aumentar su número ni frenar su curso, tanto agravaba cada uno de ellos mi pena. Sin embargo, la antevíspera de mi marcha, habiéndome acompañado Alissa hasta el banco de la marguera abandonada —era una clara tarde de otoño y hasta el horizonte sin brumas se distinguían todos los detalles, como en el pasado los recuerdos más insignificantes—, no pude contener mis quejas, mostrando del luto de qué felicidad se formaba mi desdicha de hoy.

—Pero ¿qué puedo hacer yo, amigo mío? —dijo ella inmediatamente—. Estás enamorado de un fantasma.

—No, de un fantasma no, Alissa.

—De una figura imaginaria.

—¡Ah, yo no la invento! Era mi amiga. La llamo. ¡Alissa, Alissa, tú eras la que yo amaba! ¿Qué has hecho de ti misma? ¿En qué has querido

convertirte?

Permaneció unos instantes sin responder, deshojando lentamente una flor y manteniendo baja la cabeza. Después dijo por fin:

—Jérôme, ¿por qué no confesar sencillamente que me amas menos?

—¡Porque no es verdad! ¡Porque no es verdad! —exclamé con indignación—. ¡Porque nunca te he amado más!

—Me quieres... y, no obstante, ¡me echas de menos! —dijo ella tratando de sonreír y encogiendo ligeramente los hombros.

—¡No puedo poner en pasado mi amor!

El suelo se hundía bajo mis pies y yo me agarraba a lo que fuera...

—Tendrá que pasar con lo demás.

—Un amor como el nuestro no pasará hasta que pase yo.

—Se debilitará despacio. La Alissa que tú pretendes todavía amar solo existe ya en tus recuerdos. Llegará un día en que solo recordarás haberla amado.

—Hablas como si algo la pudiera remplazar en mi corazón, o como si mi corazón debiera dejar de amar. ¿Ya no recuerdas haberme amado tú también, puesto que puedes disfrutar torturándome así?

Vi que sus pálidos labios temblaban y, con una voz casi imperceptible, murmuró:

—No, no, esto no ha cambiado en Alissa.

—Pues en tal caso no ha cambiado nada —dije yo, cogiéndola por un brazo...

Y ella prosiguió, más segura de sí misma:

—Una palabra lo explicaría todo. ¿Por qué no te atreves a decirla?

—¿Cuál?

—Yo he envejecido.

—¡Cállate!

Protesté enseguida que yo había envejecido tanto como ella, que la diferencia de edad entre nosotros seguía siendo la misma... Pero Alissa se había rehecho. El instante único había pasado ya, y, al dejarme arrastrar a una disputa, perdí toda ventaja: perdí pie.

Me marché de Fongueusemare dos días después, descontento de ella y de mí mismo, lleno de un odio impreciso contra lo que llamaba todavía «virtud» y de resentimiento contra la habitual ocupación de mi corazón. Parecía que en aquel último encuentro, y por la exageración misma de mi amor, hubiera agotado yo todo mi fervor. Cada una de las frases de Alissa, contra las cuales me había primero rebelado, permanecía viva y triunfante en mi interior, después de que mis protestas hubieran cesado. ¡Sí, sin duda ella tenía razón! Yo solo amaba a un fantasma. La Alissa que yo había amado, que amaba todavía, no existía ya... ¡Y claro que habíamos envejecido! Aquella tremenda despoetización que me helaba el corazón no era otra cosa, a fin de cuentas, que el regreso a lo natural. Si yo la había elevado en exceso, si la había convertido en un ídolo, adornándola con todo lo que yo amaba, ¿qué quedaba de mi trabajo, excepto la fatiga...? En cuanto se había visto abandonada a sí misma, Alissa había vuelto a su nivel, un nivel mediocre, al que había caído también yo, pero donde ya no la deseaba. ¡Ah, qué absurdo y quimérico me parecía aquel esfuerzo agotador de virtud, para alcanzarla en unas alturas a las que únicamente mi esfuerzo la había situado! Con algo menos de orgullo, nuestro amor hubiera sido fácil... Pero ¿qué significaba en lo sucesivo la obstinación en un amor que no tenía objeto? Hubiera sido testarudez, ya no fidelidad. ¿Fidelidad a qué? A un error. ¿No sería lo más sensato confesarme a mí mismo que me había equivocado?

Propuesto entre tanto para la Escuela de Atenas, acepté entrar en ella de inmediato, sin ambición, sin alegría, pero sonriendo a la idea de la partida, como si se tratara de una evasión.

VIII

Sin embargo, volví a ver todavía una vez a Alissa... Fue tres años más tarde, hacia finales del verano. Diez meses antes, me había enterado por ella de la muerte de mi tío. Una carta bastante larga, que le escribí inmediatamente desde Palestina, por donde estaba yo viajando, no había tenido respuesta.

He olvidado con qué pretexto, encontrándome en El Havre, me dirigí, obedeciendo un impulso natural, hacia Fongueusemare. Sabía que encontraría allí a Alissa, pero temía que ella no estuviera sola. Yo no había anunciado mi llegada, me repugnaba la idea de presentarme como una visita ordinaria y avanzaba inseguro. ¿Entraría en la casa? ¿O volvería a marcharme sin haberla visto, sin haber intentado verla...? Sí, estaba claro, me limitaría a pasear por la avenida, me sentaría en el banco en el que tal vez ella iba todavía a sentarse... y buscaba ya qué señal podía dejar detrás de mí para que supiera de mi paso, después de que me hubiera ya marchado... Con estos pensamientos, andaba yo a pasos lentos y, tras haber resuelto no verla, la tristeza algo áspera que me oprimía el corazón cedió ante una melancolía casi dulce. Había llegado ya a la avenida y, por miedo a ser sorprendido, caminaba por uno de los márgenes, a lo largo del talud que limitaba el patio de la granja. Conocía yo un punto del talud desde donde la mirada podía abarcar el jardín. Subí hasta allí. Un jardinero al que no reconocí pasaba el rastrillo por un camino y desapareció pronto de mi vista. Una cerca nueva cerraba la granja. El perro, al oírme pasar, ladró. Más lejos, allí donde terminaba la avenida, torcí a la derecha, encontrando el muro del jardín, e iba a alcanzar la parte del hayal paralela a la avenida que

había recorrido, cuando, al cruzar ante la puertecilla del huerto, se me ocurrió de repente la idea de entrar a través de ella en el jardín.

La puerta estaba cerrada. No obstante, el cerrojo interior ofrecía solo una resistencia muy leve, que yo iba a vencer de un empujón... En aquel momento oí un rumor de pasos y me oculté en el recodo del muro.

No pude ver a la persona que salía del jardín, pero oí, sentí que era Alissa. Ella avanzó tres pasos y llamó débilmente:

—¿Eres tú, Jérôme?

Mi corazón, que latía violentamente, se detuvo y, como de mi garganta apretada no podía salir ni una palabra, repitió Alissa con más fuerza:

—¡Jérôme! ¿Eres tú?

Al oír que me llamaba, sentí una emoción tan viva que me hizo caer de rodillas. Como yo seguía sin contestar, Alissa avanzó unos pasos más, dobló el recodo del muro y de repente la sentí junto a mí, junto a mí que me cubrí el rostro con un brazo, como si temiera verla de inmediato. Alissa permaneció unos instantes inclinada hacia mí, mientras yo cubría de besos sus manos frágiles.

—¿Por qué te escondías? —me dijo, con tanta sencillez como si aquellos tres años de separación no hubiesen durado más que unos días.

—¿Cómo has adivinado que era yo?

—Te esperaba.

—¿Me esperabas? —pregunté, tan sorprendido que solo fui capaz de repetir interrogativamente sus palabras...

Y como yo seguía arrodillado, continuó:

—Vamos hasta el banco. Sí, yo sabía que aún volvería a verte una vez más. Desde hace tres días, vengo aquí al atardecer y te llamo como lo he hecho hoy... ¿Por qué no me respondías?

—Si no hubieras venido a sorprenderme, me hubiera marchado sin verte —dije, recuperándome de la emoción que en un primer momento me había paralizado—. Estoy de paso en El Havre y quería solo pasear por la avenida, dar la vuelta al jardín, descansar un momento en este banco de la manguera, en el que pensaba que aún vendrías tú a sentarte, y después...

—Mira lo que vengo a leer aquí desde hace tres días —me interrumpió, y me tendió un paquete de cartas.

Reconocí las que le había escrito yo desde Italia. En aquel momento, levanté la mirada hasta su rostro, Alissa había cambiado extraordinariamente. Su delgadez, su palidez me oprimieron con fuerza el corazón. Se apoyaba con pesadez en mi brazo y se oprimía contra mí como si tuviera miedo o frío. Iba aún de riguroso luto y sin duda el velo negro que llevaba en la cabeza y le enmarcaba el rostro aumentaba su palidez. Sonreía, pero parecía desfallecer. Quise saber si estaba en aquellos momentos sola en Fongueusemare. No, Robert vivía con ella, y Juliette, Édouard y sus tres hijos habían ido a pasar con ellos el mes de agosto... Habíamos llegado al banco. Nos sentamos y la conversación versó todavía unos instantes sobre cuestiones triviales. Ella se interesó por mi trabajo. Le respondí de mala gana. Hubiera querido que Alissa comprendiera que mi trabajo ya no me interesaba. Hubiera querido decepcionarla, como ella me había decepcionado a mí. No sé si lo conseguí, lo cierto es que no lo dejó traslucir. En cuanto a mí, lleno a la vez de resentimiento y de amor, me esforzaba en hablarle en el tono más seco posible y me reprochaba la emoción que a veces hacía temblar mi voz.

El sol declinante, oculto desde hacía unos momentos tras una nube, reapareció en la línea del horizonte, casi delante de nosotros, invadiendo de un trémulo esplendor los campos vacíos y colmando con súbita profusión el estrecho valle que se abría a nuestros pies. Después, desapareció. Yo permanecí deslumbrado, sin decir palabra. Sentía que me envolvía aún y me penetraba aquella especie de éxtasis dorado en el que mi resentimiento se evaporaba, y ya no escuchaba en mí más que el amor. Alissa, que seguía inclinada, apoyada contra mí, se incorporó y se sacó del corpiño un paquetito envuelto en papel de seda. Hizo ademán de entregármelo, se detuvo, indecisa al parecer, y, como yo la miré sorprendido, dijo:

—Escucha, Jérôme... Es mi crucecita de amatista. Hace tres días que la llevo conmigo porque, desde hace mucho tiempo, te la quería dar.

—¿Qué quieres que haga con ella? —repliqué con bastante brusquedad.

—Que la guardes en recuerdo mío, para tu hija.

—¿Qué hija? —exclamé, mirando a Alissa sin comprender.

—Escúchame con calma, por favor. No, no me mires así, no me mires; bastante me cuesta ya hablar contigo. Pero es imprescindible que te diga

esto. Escucha, Jérôme, tú un día te casarás, ¿verdad...? No, no me respondas nada, no me interrumpas, te lo suplico. Quisiera simplemente que recordaras que te he amado mucho... Y hace ya mucho... desde hace tres años... pienso que esta crucecita que te gustaba tanto podría llevarla un día una hija tuya, en recuerdo mío. ¡Oh, sin saber de quién...! Y tal vez podrías ponerle también... mi nombre...

Alissa se detuvo, con la voz estrangulada, y yo exclamé, casi con hostilidad:

—¿Por qué no se la das tú misma?

Ella intentó seguir hablando. Le temblaban los labios como los de un niño que solloza, pero, sin embargo, no estaba llorando. El extraordinario resplandor de su mirada inundaba su rostro con una belleza sobrehumana, angelical.

—Alissa, ¿con quién podría yo casarme? De sobra sabes que solo puedo amarte a ti...

Y de repente, estrechándola locamente, casi brutalmente, entre mis brazos, cubrí de besos sus labios. La tuve un instante medio caída hacia mí, como abandonada. Vi que se velaba su mirada; después sus párpados se cerraron y con una voz cuya precisión y armonía nada podrá igualar para mí, gimió:

—¡Apiádate de nosotros, amigo mío! ¡No eches a perder nuestro amor!

Quizá dijo también: «¡No te comportes como un cobarde!», o tal vez me lo dije yo mismo, no lo sé, pero de pronto, cayendo de rodillas ante ella y rodeándola fervorosamente con mis brazos, exclamé:

—Si me amas así, ¿por qué me has rechazado siempre? Mira, yo esperé primero que se casara Juliette, comprendí que tú quisieras esperar también a que fuera feliz. Ella es feliz, tú misma me lo has dicho. Durante mucho tiempo creí que querías seguir viviendo con tu padre. Pero ahora nos hemos quedado solos los dos.

—¡Oh, no lamentemos el pasado! —murmuró—. Yo he vuelto ya la página.

—Todavía hay tiempo, Alissa.

—No, amigo mío, ya no hay tiempo. Dejé de haberlo el día en que, por amor, entrevimos el uno para el otro algo mejor que el amor. Gracias a ti,

amigo mío, mis sueños habían ascendido tan alto que cualquier satisfacción humana los hubiera frustrado. He pensado muchas veces en lo que hubiera sido nuestra vida estando el uno al lado del otro. Desde el momento en que nuestro amor hubiera dejado de ser perfecto, yo no habría podido seguir soportándolo.

—¿Has pensado también en lo que iba a ser nuestra vida el uno sin el otro?

—¡No! Nunca.

—¡Pues ahora lo ves! Después de tres años sin ti, vagabundeo miserablemente...

Caía la noche.

—Tengo frío —dijo Alissa, poniéndose en pie y arrebujándose en su chal y cerrándolo lo suficiente para que yo no pudiera volver a cogerla por el brazo—. ¿Recuerdas aquel versículo de las Escrituras que nos inquietaba y que temíamos no comprender del todo bien? «No recibieron aquello que les había sido prometido, pues Dios los había reservado para algo mejor...»

—¿Tú sigues creyendo en estas palabras?

—No podría ser de otro modo.

Anduvimos unos instantes en silencio, uno al lado del otro, y ella continuó:

—¡Imagínate esto, Jérôme! ¡Lo mejor!

Y bruscamente las lágrimas saltaron de sus ojos, mientras repetía: «¡Lo mejor!».

Habíamos llegado de nuevo a la puertecilla del huerto por donde, hacía poco, la había visto salir. Alissa se volvió hacia mí.

—¡Adiós! —me dijo—. No, no sigas más adelante. Adiós, amado mío. Es ahora cuando va a comenzar... lo mejor.

Me contempló un instante, reteniéndome y apartándose al mismo tiempo de ella, los brazos extendidos y las manos en mis hombros, llenos los ojos de un amor indescriptible...

Cuando la puerta se hubo cerrado, cuando hube oído cómo corría el cerrojo detrás de ella, me derrumbé contra aquella puerta, presa de la más extrema

desesperación, y permanecí allí mucho rato, llorando y sollozando en la oscuridad.

Pero retenerla, pero forzar la puerta, pero penetrar no importaba cómo en la casa, que sin embargo no hubiera estado cerrada para mí, no, ni siquiera hoy que retrocedo para revivir todo lo pasado... No, aquello no me era posible, y no me ha comprendido entonces quien no comprenda ahora.

Una intolerable inquietud me hizo escribir a Juliette unos días más tarde. Le hablé de mi visita a Fongueusemare y le dije cuánto me había alarmado la palidez y la delgadez de Alissa. Le suplicaba que cuidara de ella y que me diera las noticias que yo no podía esperar de la propia Alissa.

Antes de un mes, recibí la siguiente carta:

Mi querido Jérôme:

Tengo que comunicarte una noticia muy triste: nuestra pobre Alissa nos ha dejado... Desgraciadamente, los temores que expresabas en tu carta estaban bien fundados. Desde hace unos meses, sin estar realmente enferma, se iba desmejorando. Sin embargo, cediendo a mis súplicas, consintió en visitar al doctor A..., de El Havre, y él me escribió que no era nada grave. Pero tres días después de la visita que le hiciste, se marchó repentinamente de Fongueusemare. Me enteré de su marcha por una carta de Robert. Alissa me escribía con tan poca frecuencia que, a no ser por él, yo hubiera ignorado totalmente su fuga, porque hubiera tardado mucho en alarmarme por su silencio. Reproché vivamente a Robert que la hubiera dejado partir así, que no la hubiera acompañado él a París. ¿Puedes creer que, a partir de aquel momento, no supimos su paradero? Ya puedes imaginar mi angustia, imposible verla, imposible incluso escribirle. Robert estuvo en París unos días más tarde, pero no pudo descubrir nada. Es tan indolente que dudamos de su celo. Había que avisar a la policía; no podíamos seguir en aquella cruel incertidumbre. Édouard emprendió entonces su búsqueda y fue tan eficaz que descubrió por fin la pequeña clínica donde Alissa se había refugiado. Por desgracia, era demasiado tarde. Recibí simultáneamente una carta del director de la clínica comunicándome su muerte y un telegrama de Édouard, que no pudo siquiera llegar a verla. El último día, Alissa había escrito nuestra dirección en un sobre, para que se nos avisara, y metió, en otro sobre, la copia de una carta que había enviado a nuestro notario de El Havre y que contenía sus últimas voluntades. Creo que un párrafo de esta carta te concierne y te lo comunicaré próximamente. Édouard y Robert pudieron asistir a la inhumación, que tuvo lugar anteayer. No eran los únicos que seguían el ataúd. Algunos enfermos de la clínica quisieron asistir a la ceremonia y acompañar el cuerpo al cementerio. En cuanto a mí, que espero mi quinto hijo de un momento a otro, no pude, por desdicha, desplazarme.

Querido Jérôme, sé el profundo dolor que te causará esta muerte y te escribo con el corazón destrozado. He tenido que guardar cama los dos últimos días y escribo con dificultad, pero no he querido que ningún otro, ni siquiera Édouard o Robert, te hablara de aquella que, sin duda, solo nosotros dos llegamos a conocer. Ahora que me he convertido en una casi vieja madre de familia y que muchas cenizas han recubierto el ardiente pasado, puedo desear volver a verte. Si algún día tus obligaciones o tu placer te llevan hasta Nimes, llégate a Aigues-Vives. A Édouard le

encantaría conocerte y nosotros dos podríamos hablar de Alissa. Adiós, querido Jérôme. Te abrazo con mucha tristeza.

Unos días más tarde, supe que Alissa dejaba Fongueusemare a su hermano, pero pedía que todos los objetos de su habitación y algunos muebles que indicaba fueran enviados a Juliette. Yo iba a recibir en fecha próxima unos papeles que ella había guardado en un sobre sellado a mi nombre. Me enteré también de que había pedido que le pusieran al cuello la crucecita de amatista que yo había rechazado en mi última visita, y supe por Robert que así se había hecho.

El sobre sellado que el notario me envió contenía el diario de Alissa. Transcribo aquí algunas páginas... Las transcribo sin comentarios. Os será fácil imaginar las reflexiones que me hice al leerlas y cuán grande fue el transtorno de mi corazón, que solo sería capaz de describir muy imperfectamente.

Diario de Alissa

Aigues-Vives

Anteayer, salida de El Havre; ayer, llegada a Nimes. ¡Mi primer viaje! No teniendo que ocuparme de la casa ni de la cocina, esta leve ociosidad me impulsa, este 24 de mayo de 188..., aniversario de mis veinticinco años, a empezar un diario. Lo hago sin gran entusiasmo, tal vez para que me haga un poco de compañía, pues, por primera vez en mi vida acaso, me siento sola, en una tierra diferente, extranjera casi, con la que no he trabado todavía relación. Lo que ella tiene que decirme es sin duda semejante a lo que me contaba Normandía, y a lo que escucho infatigablemente en Fongueusemare —porque en ningún sitio es Dios diferente de sí mismo—, pero esta tierra meridional habla una lengua que todavía no he aprendido y que escucho con sorpresa.

24 de mayo

Juliette dormita en una otomana cerca de mí, en la galería abierta que constituye el encanto de esta casa a la italiana, al mismo nivel que el patio enarenado que prolonga el jardín... Juliette puede ver, sin dejar la otomana, cómo desciende el césped hasta el estanque donde chapotea un grupo de patos abigarrados y en el que nadan dos cisnes. Un riachuelo que, según dicen, no deja ningún verano de alimentarlo, huye después a través del jardín, que se va transformando en un bosquecillo cada vez más salvaje, cada vez más tupido entre el erial seco y los viñedos, para enseguida desaparecer.

... Édouard Teissières hizo visitar ayer a mi padre el jardín, la granja, las bodegas, los viñedos, mientras yo permanecía junto a Juliette, de modo que esta mañana, muy temprano, he podido dar, sola, mi primer paseo de exploración por el parque. Multitud de plantas y de árboles desconocidos de los que me hubiera gustado saber el nombre. He cogido una ramita de cada uno, para que me digan sus nombres a la hora del almuerzo. Reconozco entre ellos los robles verdes que admiraba Jérôme en Villa Borghèse o Doria-Pamphili... Parientes muy lejanos de nuestros árboles del norte y de aspecto muy distinto, protegen, casi al extremo del parque, un calvero estrecho, misterioso, y se inclinan sobre un césped suave al contacto de los pies, invitando al coro de las ninfas. Me sorprende, y casi me asusta, que aquí mi sentimiento de la naturaleza, en Fongueusemare tan profundamente cristiano, devenga, a mi pesar, un poco mitológico. Sin embargo, la especie de miedo que me oprimía más y más seguía siendo religioso. Murmuré: *hic nemus*. El aire era cristalino; reinaba un extraño silencio. Yo estaba pensando en Orfeo, en Armida, cuando de repente se levantó solitario el canto de un pájaro, tan cerca de mí, tan patético, tan puro, que súbitamente me pareció que toda la naturaleza lo esperaba. El corazón me latía con

fuerza y permanecí un instante apoyada en un árbol. Después he vuelto a la casa, antes de que los demás se hubieran levantado.

26 de mayo

Sigo sin noticias de Jérôme. Si me hubiera escrito a El Havre, su carta me habría sido remitida... Solo puedo confiar mi inquietud a este cuaderno. Ni la excursión de ayer a los Baux, ni las oraciones, han podido distraerme estos tres días un solo instante. Hoy no puedo escribir sobre otra cosa: tal vez la extraña melancolía que padezco desde mi llegada a Aigues-Vives no responda a otra causa... Sin embargo, la siento a tal profundidad dentro de mí que ahora me parece que lleva allí mucho tiempo y que la alegría de la que me decía orgullosa no hacía más que recubrirla.

27 de mayo

¿Por qué iba a mentirme a mí misma? La alegría que siento por la felicidad de Juliette es puramente racional. Me apena que esta felicidad que he deseado tanto, hasta el punto de sacrificar a ella mi propia felicidad, se haya obtenido sin esfuerzo y sea tan diferente a lo que ella y yo imaginábamos. ¡Qué complicado es esto! Sí... me doy cuenta de que un terrible rebrote de egoísmo se ofende de que ella haya conseguido su felicidad al margen de mi sacrificio, de que no haya necesitado mi sacrificio para ser feliz.

Y me pregunto ahora, al comprobar cuánta inquietud me causa el silencio de Jérôme: ¿Este sacrificio se había consumado realmente dentro de mi corazón? Me siento como humillada por que Dios ya no me lo exija. ¿Acaso no era yo capaz de hacerlo?

28 de mayo

¡Qué peligroso es este análisis de mi tristeza! Me siento ya ligada a este cuaderno. ¿La coquetería, que yo creía vencida, recuperará aquí sus fueros? ¡No, este diario no debe ser el complaciente espejo donde mi alma se refleja! No lo estoy escribiendo por aburrimiento, como creí en un principio, sino por tristeza. La tristeza es un estado de pecado que ya no conocía, que detesto, del que quiero liberar a mi alma. Este cuaderno tiene que ayudarme a restablecer dentro de mí la felicidad.

La tristeza es una complicación. Nunca he intentado analizar mi felicidad.

En Fongueusemare yo estaba también muy sola, tal vez más sola incluso... ¿Por qué, pues, no lo sentía? Y, cuando Jérôme me escribía desde Italia, yo aceptaba que viera sin mí, que viviera sin mí: le seguía con el pensamiento y hacía de su alegría mi alegría. Ahora lo llamo a pesar mío. Sin él todas las cosas nuevas que veo me importunan...

10 de junio

Larga interrupción de este diario apenas comenzado, nacimiento de la pequeña Lise, largas veladas al lado de Juliette. Todo lo que puedo escribirle a Jérôme no tengo ningunas ganas de escribirlo aquí. Quisiera liberarme de ese insoportable defecto común a muchas mujeres: escribir demasiado. Considerar, pues, este cuaderno como un instrumento de perfeccionamiento.

Seguían varias páginas tomadas en el curso de lecturas, pasajes copiados, etcétera. Después, otra vez datada en Fongueusemare:

16 de julio

Juliette es feliz. Lo dice, lo parece. No tengo derecho, no tengo razones, para dudarlo... ¿Por qué me invade ahora, junto a ella, este sentimiento de insatisfacción, de malestar...? Tal vez por sentir dicha felicidad tan práctica, tan fácilmente conseguida, tan perfectamente «a medida», que parece encerrar el alma y asfixiarla...

Y me pregunto ahora si es esta la felicidad que yo deseo, o mejor el camino hacia dicha felicidad. ¡Dios mío, guárdame de una felicidad que podría alcanzar demasiado aprisa! Enséñame a diferir, a aplazar hasta ti mi felicidad.

A continuación habían sido arrancadas muchas hojas, que sin duda relataban nuestro penoso encuentro en El Havre. El diario no se reanudaba hasta el año siguiente; hojas sin fecha, pero escritas con certeza durante mi estancia en Fongueusemare.

A veces, cuando le oigo hablar, creo que estoy viendo mis propios pensamientos. Él me explica y me descubre ante mí misma. ¿Existiría yo sin él? Solo existo a su lado...

A veces me pregunto si lo que siento por él es aquello que llaman amor, tanto difiere la descripción que se suele hacer de él de la que yo podría hacer. Quisiera que no se dijese nada y amarle sin saber que le amo. Sobre todo quisiera amarle sin que él lo supiera.

Todo lo que me veo forzada a vivir sin él no me causa ya la menor alegría. Toda mi virtud se debe únicamente al deseo de agradarle y, sin embargo, cerca de él, siento desfallecer mi virtud.

Me gustaba estudiar piano porque me parecía que podía mejorar cada día un poco. Tal vez radica también ahí el secreto del placer que experimento al leer un libro en lengua extranjera: no obedece sin duda a que yo prefiera cualquier otra lengua a la nuestra ni a que aquellos de nuestros autores a los que admiro me parezcan inferiores a los extranjeros, sino a que la ligera dificultad en la captación del sentido y de la emoción, tal vez el orgullo inconsciente de vencerla y de vencerla cada vez mejor, añade al placer del espíritu no sé qué contentamiento del alma, del que me parece que no puedo prescindir.

Por dichoso que sea, no puedo desear un estado sin progreso. Imagino la felicidad celestial, no como una fusión en Dios, sino como una aproximación infinita, continuada... y, si no temiera jugar con las palabras, diría que yo iba a rechazar cualquier felicidad que no fuese progresiva.

Esta mañana estábamos sentados los dos en el banco de la avenida. No decíamos nada ni sentíamos la necesidad de decirlo... De repente, él me ha preguntado si creo en la vida futura.

«Pero, Jérôme», he exclamado inmediatamente. «Para mí es más que una esperanza: es una certeza...»

Y me ha parecido de repente que toda mi fe se había como vaciado en ese grito.

«Me gustaría saber», ha añadido... Ha enmudecido unos instantes y ha seguido: «¿Actuarías de una manera distinta sin tu fe?».

«¿Cómo puedo saberlo?», le he contestado, y luego: «Pero incluso tú, y a tu pesar, amigo mío, no puedes actuar de otra manera a como lo harías animado por la fe más viva. Y yo no te amaría si fueras de otro modo».

No, Jérôme, no. Nuestra virtud no se esfuerza para conseguir una recompensa futura: no es una recompensa lo que busca nuestro amor. Para el alma bien nacida resulta ofensiva la idea de recibir una remuneración a cambio de su sacrificio. La virtud no es tampoco para ella un adorno: no, es la forma de su belleza.

Papá vuelve a no estar del todo bien. Nada grave, espero, pero desde hace tres días ha tenido que limitarse a un régimen de leche.

Ayer noche, Jérôme acababa de subir a su habitación. Papá, que prolongaba conmigo la velada, me dejó sola unos instantes. Yo estaba sentada en el sofá, o más bien —cosa que no hago casi nunca— me había tendido en él, no sé por qué. La pantalla de la lámpara protegía de la luz mis ojos y la mitad superior de mi cuerpo. Me miré maquinalmente la punta de los pies, que sobresalían un poco de mi falda y en los que iba a dar el resplandor de la lámpara. Cuando papá volvió, permaneció unos instantes de pie, junto a la puerta, mirándome de una forma extraña, a la vez sonriente y triste. Me levanté, vagamente confusa, y entonces él me hizo una señal.

«Ven a sentarte a mi lado», me dijo, y, aunque era ya tarde, se puso a hablarme de mi madre, cosa que no había hecho jamás después de su separación. Me contó cómo se había casado con ella, hasta qué punto la amaba y lo que había sido al principio para él.

«Papá», le dije finalmente, «te ruego que me digas por qué me cuentas esto esta noche, qué te ha impulsado a contármelo precisamente esta noche...»

«Porque hace un momento, cuando he vuelto a entrar en el salón y te he visto tendida en el sofá, he creído por un instante estar viendo a tu madre.»

Si yo insistía así, era porque aquella misma tarde... Jérôme leía por encima de mi hombro, en pie, apoyado en mi sillón, inclinado sobre mí. Yo no podía verle, pero sentía su aliento, sentía el calor y el temblor de su cuerpo. Fingí continuar mi lectura, pero ya no entendía nada, ni distinguía siquiera las líneas. Se había apoderado de mí una turbación tan extraña que tuve que levantarme apresuradamente de la silla, mientras me era todavía posible hacerlo. Por suerte pude abandonar unos instantes la habitación sin que él se diera cuenta de nada... Pero cuando, un poco más tarde, sola en el salón, me tumbé en el sofá donde papá encontró que me parecía a mi madre, era precisamente en ella en quien estaba yo pensando en aquel mismo momento.

He dormido muy mal esta noche, inquieta, triste, miserable, obsesionada por el recuerdo del pasado, que se apoderaba de mí como un remordimiento. Señor, muéstrame el horror de todo aquello que tenga alguna apariencia del mal.

¡Pobre Jérôme! ¡Si él supiera que algunas veces le bastaría hacer un gesto, y que algunas veces es este gesto lo que estoy yo esperando...!

De niña, ya por él deseaba ser hermosa. Ahora me parece que solo he «tendido a la perfección» a causa de él. Y que esta perfección solo pueda ser alcanzada sin él es, ¡Dios mío!, entre todas tus enseñanzas, la que más me desconcierta el alma.

¡Qué dichosa ha de ser el alma para la cual la virtud se confunde con el amor! A veces dudo de que exista otra virtud que la de amar, amar todo lo posible y cada vez más... Pero algunos días, ay, la virtud solo se me presenta como una resistencia al amor. ¿Y me atreveré a llamar

virtud a la inclinación más natural de mi corazón? ¡Oh, atrayente sofisma! ¡Invitación engañosa! ¡Insidioso espejismo de la felicidad!

He leído esta mañana en La Bruyère:

«Hay algunas veces, durante el transcurso de la vida, placeres tan estimados y compromisos tan tiernos que nos son prohibidos que es natural desear por lo menos que nos estuvieran permitidos: tan grandes encantos solo pueden ser superados por el de saber renunciar a ellos por virtud.»

¿Por qué, pues, inventaría yo aquí su defensa? ¿Será que me atrae en secreto un encanto todavía más poderoso, más suave que el del amor? ¡Oh, poder impulsar a la vez nuestras dos almas, a fuerza de amor, a lo que queda más allá del amor...!

Solo ahora lo comprendo bien: entre Dios y él no existe otro obstáculo que yo misma. Si tal vez, como él dice, su amor por mí lo empujó al principio hacia Dios, ahora este amor lo entorpece. Se apega a mí, me prefiere, y me convierto en el ídolo que le impide avanzar hasta más lejos en el camino de la virtud. Es preciso que uno de los dos lo consiga, y, desesperando de dominar mi amor en mi corazón cobarde, concédeme, Dios mío, la fuerza para enseñarle a que me deje de amar. De modo que, a costa de los míos, te ofrezca sus méritos infinitamente superiores... y, si mi alma llora hoy al perderlo, solo es para que, más tarde, vuelva a encontrarlo en ti...

Dime, Dios mío, qué alma ha podido merecerte más. ¿No ha nacido él acaso para algo mejor que amarme a mí? Y ¿lo amaría yo tanto, si tuviera que detenerse en mí? ¡Cómo se empequeñece en la felicidad todo aquello que podría ser heroico...!

Domingo

«Dios nos ha guardado para otra cosa mejor.»

Lunes, 3 de mayo

Que la felicidad esté aquí, muy cerca, si él se propone... no tener más que alargar la mano para cogerla...

Esta mañana, hablando con él, he consumado el sacrificio.

Lunes noche

Se marcha mañana...

Querido Jérôme, sigo amándote con una ternura infinita, pero no podré volver nunca a decírtelo. La coacción que ejerzo sobre mis ojos, sobre mis labios, sobre mi alma, es tan dura, que separarme de ti supone una liberación y una satisfacción amarga.

Me esfuerzo en obrar con lógica, pero, en el momento de la acción, las razones que me llevaban a actuar se me escapan, o me parecen absurdas; ya no creo en ellas...

¿Las razones que me hacen huir de él? Ya no creo en ellas... Y, sin embargo, huyo de él, con tristeza, y sin comprender por qué lo hago.

¡Señor!, avanzar hacia ti, Jérôme y yo, el uno con el otro, el uno por el otro, caminar a lo largo de la vida como dos peregrinos, de los cuales uno a veces dice al otro: «Apóyate en mí,

hermano, si estás cansado», a lo que el otro responde: «Me basta con sentirte junto a mí...». ¡Pero no! ¡El camino que Tú nos enseñas, Señor, es un camino estrecho, tan estrecho que no pueden avanzar dos uno al lado del otro!

4 de julio

Hace más de seis semanas que no he abierto este cuaderno. El mes pasado, al releer unas páginas, descubrí en ellas un absurdo, un culpable cuidado en escribir bien... que le debo a él...

Como si, en este cuaderno que solo comencé para ayudarme a prescindir de él, siguiera escribiéndole.

He roto todas las páginas que me han parecido bien escritas. (Ya sé lo que entiendo por esto.) Debería haber roto todas aquellas en las que hablo de él. Debería haber roto todo... No he podido.

Y ya, por haber arrancado aquellas páginas, he sentido un poco de orgullo... un orgullo del que me reíría, si mi corazón no estuviera tan enfermo.

¡Verdaderamente, se diría que era un mérito mío y que lo que he suprimido fuera una gran cosa!

6 de julio

He tenido que desterrarme de mi biblioteca...

De libro en libro huyo de él y lo reencuentro. Incluso la página que descubro sin él, sigo oyendo su voz que me la lee. Solo me gusta lo que a él le interesa y mi pensamiento ha tomado hasta tal punto la forma del suyo que no sé distinguirlos más ahora que en el tiempo en que podía complacerme en confundirlos.

A veces me esfuerzo en escribir mal, para escapar al ritmo de sus frases, pero luchar contra él es seguir todavía ocupándome de él. Tomo la resolución de no leer durante algún tiempo más que la Biblia (la *Imitación* también, quizá) y de escribir únicamente en este cuaderno, todos los días, el versículo más destacado de mi lectura.

Seguía una especie de «pan cotidiano», donde la fecha de cada día iba acompañada, desde el primero de julio, de un versículo. Solo transcribo aquí aquellos que van acompañados de algún comentario.

20 de julio

«Vende todo lo que tengas y dalo a los pobres.» Comprendo que debería dar a los pobres este corazón del que solo dispongo para Jérôme. Y, al mismo tiempo, ¿no sería acaso enseñarle a hacer lo mismo?... Señor, concédeme el valor necesario.

24 de julio

He dejado de leer la *Internelle Consolation*. Este lenguaje antiguo me divertía mucho, pero me distraía, y la satisfacción casi pagana que encuentro en ella nada tiene que ver con la edificación que me proponía yo buscar.

Retomo la *Imitación*, y no en el texto latino, que estoy en exceso orgullosa de comprender. Prefiero que la traducción que leo no esté siquiera firmada. Protestante, es verdad, pero

«apropiada para todas las comunidades cristianas», dice el título.

«¡Oh, si supieras qué paz conseguirías y qué felicidad darías a los demás, al avanzar en la virtud, estoy segura de que te aplicarías a ello con más cuidado!»

10 de agosto

Cómo gritaría yo hacia Ti, Dios mío, con el impulso de la fe de un niño y la voz sobrehumana de los ángeles...

Todo esto, lo sé, no me viene de Jérôme, sino de Ti.

Pero ¿por qué, entre Tú y yo, interpones por todas partes su imagen?

14 de agosto

Solo dos meses para terminar esta tarea... ¡Oh, Señor, ayúdame!

20 de agosto

Siento bien, lo siento en mi tristeza, que el sacrificio no se ha consumado dentro de mi corazón. Dios mío, concédeme que solo te deba a Ti esa alegría que únicamente él me hacía conocer.

28 de agosto

¡Qué triste y mediocre es la virtud que estoy alcanzando! ¿Exijo demasiado de mí misma? Dejar de sufrir. ¡Qué cobardía implorar siempre de Dios su fuerza! Ahora todas mis oraciones son lastimeras.

29 de agosto

«Contemplad los lirios del campo...»

Estas palabras tan sencillas me han sumergido esta mañana en una tristeza de la que nada podía distraerme. He salido al campo y estas palabras que contra mi voluntad repetía sin cesar han llenado de lágrimas mis ojos y mi corazón. Contemplaba la vasta llanura vacía en la que se esforzaba el campesino inclinado sobre el arado... «Los lirios del campo...» Pero, Señor, ¿dónde están?

16 de septiembre, 10 de la noche

Lo he vuelto a ver. Está aquí, bajo este techo. Veo en el césped la claridad que surge de su ventana. Mientras yo escribo estas líneas, él vela, y tal vez esté pensando en mí. No ha cambiado; lo dice, lo noto. ¿Seré capaz de mostrarme ante él tal como he decidido ser, a fin de que su amor me desapruebe...?

24 de septiembre

¡Oh, qué conversación atroz en la que he sabido aparentar indiferencia, frialdad, cuando dentro de mí mi corazón desfallecía...! Hasta ahora, me había limitado a huir de él. Esta mañana he podido creer que Dios me daría las fuerzas necesarias para vencer, y me he dicho que escapar sin

descanso de la lucha era una cobardía. ¿He conseguido la victoria? ¿Me ama Jérôme un poco menos? Eso es lo que espero y lo que temo a la vez... Yo no le había amado nunca tanto.

Y si es preciso, Señor, que para salvarlo de mí, yo me pierda, ¡hazlo!...

«Entra dentro de mi corazón y dentro de mi alma, para llevar a ellos mis sufrimientos y para seguir padeciendo en mí lo que te queda por sufrir de tu Pasión.»

Hemos hablado de Pascal... ¿Qué he podido decirle? ¡Qué frases absurdas y vergonzosas! Si ya sufría mientras las decía, esta noche me arrepiento de ellas como de una blasfemia. He vuelto a coger el pesado libro de los Pensamientos, que se ha abierto por sí solo por este pasaje de las cartas a mademoiselle de Roannez:

«No se sienten las ataduras cuando uno sigue voluntariamente al que tira de él, pero, cuando uno empieza a resistirse y a dirigirse en dirección contraria, se sufre mucho.»

Estas palabras me afectaban de modo tan directo que no he tenido fuerzas para proseguir mi lectura, pero, al abrir el libro por otra página, ha sido para encontrar un pasaje admirable que yo no conocía y acabo de copiar.

Aquí terminaba el primer cuaderno del diario. Sin duda, otro cuaderno posterior había sido destruido, pues, entre los papeles dejados por Alissa, el diario solo se reanudaba tres años más tarde, todavía en Fongueusemare, en septiembre, es decir, poco antes de nuestro último encuentro.

Las frases que siguen abren este último cuaderno.

17 de septiembre

Dios mío, Tú sabes bien que necesito de él para amarte.

21 de septiembre

«Todo lo que pidáis a mi padre en mi nombre...»

¡Señor, en tu nombre no me atrevo...!

Pero, si dejo de formular mi plegaria, ¿conocerás menos por ello el delirante anhelo de mi corazón?

20 de septiembre

Dios mío, dámelo, a fin de que yo pueda darte mi corazón.

Dios mío, haz por lo menos que yo vuelva a verlo.

Dios mío, me comprometo a darte mi corazón, pero concédeme aquello que mi amor te pide. Consagraré solo a Ti lo que me quede de vida...

Dios mío, perdóname esta despreciable plegaria, pero no puedo apartar su nombre de mis labios, ni olvidar la pena de mi corazón.

Dios mío, a Ti clamo; no me abandones en mi angustia.

27 de septiembre

Desde esta mañana, una gran calma. He pasado casi toda la noche en meditación, en oración. De repente me ha parecido que me rodeaba, que descendía sobre mí una especie de paz luminosa, semejante a la imagen que, de niña, me hacía del Espíritu Santo. Me acosté inmediatamente,

temiendo que mi dicha solo obedeciera a una exaltación nerviosa, y me dormí bastante pronto, sin que esta felicidad me haya abandonado. Esta mañana sigue aquí entera. Ahora tengo la certeza de que él vendrá.

30 de septiembre

¡Jérôme, amigo mío, tú a quien sigo llamando hermano, pero a quien amo infinitamente más que a un hermano...! ¡Cuántas veces he gritado tu nombre en el hayal...! Saliendo todas las tardes, al anochecer, por la puertecita del huerto, recorro la avenida ya en sombras... Si me respondieras de repente, si aparecieras allí, detrás del talud de piedras que mi mirada ansía rodear, o si te viera desde lejos, sentado en el banco, esperándome, mi corazón no sufriría el menor sobresalto... Al contrario, me sorprende no verte.

1 de octubre

Nada todavía. El sol se ha puesto en un cielo incomparablemente puro. Espero. Sé que muy pronto, en este mismo banco, estaré sentada con él. Oigo ya sus palabras. Me gusta tanto oírle pronunciar mi nombre... ¡Él estará aquí! Pondré mi mano en su mano. Dejaré que mi cabeza se apoye en su hombro. Respiraré a su lado. Ya ayer había cogido algunas de sus cartas para releerlas, pero ni siquiera las miré, demasiado ocupada por su recuerdo. También cogí la cruz de amatista que a él le gustaba y que yo llevaba todas las noches, uno de los veranos pasados, mientras no quise que él se marchara.

Me gustaría devolverle esta cruz. Hace ya mucho tiempo que tengo este sueño: él, casado; yo, madrina de su primera hija, una pequeña Alissa, a la que yo daría esta joya... ¿Por qué no me he atrevido nunca a decírselo?

2 de octubre

Hoy mi alma está ligera y alegre como un pájaro que hubiera hecho su nido en el cielo. Es hoy cuando él debe venir. Lo siento, lo sé, quisiera gritárselo a todo el mundo, necesito escribirlo aquí. No quiero ocultar por más tiempo mi alegría. Incluso Robert, generalmente tan distraído y tan indiferente respecto a todo lo mío, se ha dado cuenta. Sus preguntas me han turbado y no he sabido qué contestar. ¿Cómo voy a esperar hasta esta tarde...?

No sé qué cinta transparente me presenta por todas partes su imagen agrandada y concentra todos los rayos del amor en un solo punto ardiente de mi corazón.

¡Oh, cómo me fatiga esta espera...!

¡Señor, entreabre un instante, delante de mí, los amplios ventanales de la felicidad!

3 de octubre

Todo se ha extinguido. ¡El ha escapado de entre mis brazos como una sombra! ¡Estaba aquí! ¡Estaba aquí! Todavía siento su presencia. Lo llamo. Mis manos, mis labios le buscan inútilmente en la noche...

No puedo rezar, ni dormir. He vuelto a salir al jardín en sombras. En mi cuarto, en toda la casa, he sentido miedo. Mi angustia me ha impulsado hacia la puerta detrás de la cual le había yo dejado.

He reabierto esta puerta con una loca esperanza. ¡Si él hubiera vuelto! Le he llamado. He andado a tientas en las tinieblas. He vuelto a casa para escribirle. No puedo aceptar mi duelo.

¿Qué ha pasado, pues? ¿Qué le he dicho? ¿Qué he hecho? ¿Qué necesidad me impulsa a exagerar siempre delante de él mi virtud? ¿Qué valor puede tener una virtud de la que todo mi corazón reniega? Renegaba en secreto de las palabras que Dios me ponía en los labios... De todo lo que henchía mi corazón no ha salido a relucir nada. ¡Jérôme! ¡Jérôme, triste amigo, cerca del cual mi corazón se desgarró y lejos del cual muero, de todo aquello que te he dicho hace poco no escuches sino lo que te contaba mi amor!

He roto mi carta, después la he vuelto a escribir... He aquí el amanecer, gris, húmedo de lágrimas, tan triste como mis pensamientos... Oigo los primeros ruidos de la granja y todo lo que dormía vuelve a la vida... «Ahora levántate. Ha llegado la hora...»

Mi carta no saldrá.

5 de octubre

Dios celoso, que me has desposeído, apodérate pues de mi corazón. Todo calor lo ha abandonado y no volverá a interesarle nada más. Ayúdame, pues, a triunfar sobre este triste residuo de mí misma. Esta casa, este jardín, acrecientan de modo intolerable mi amor. Quiero escapar hacia un lugar donde solo te vea a Ti.

Tú me ayudarás a repartir entre mis pobres lo que yo poseía de fortuna. Permíteme disponer, en favor de Robert, de Fongueusemare, que no podría yo vender con facilidad. He escrito un testamento, pero ignoro la mayor parte de las formalidades necesarias, y ayer no pude hablar lo suficiente con el notario, porque temí que adivinara la decisión que he tomado y advirtiera a Juliette o a Robert... Completaré todo esto en París.

10 de octubre

Llegué aquí tan fatigada que tuve que permanecer en cama los dos primeros días. El médico al que han llamado contra mi voluntad habla de una operación que estima necesaria. ¿Para qué protestar? Me ha costado poco hacerle creer que esta operación me asusta y que prefiero esperar a haber «recuperado un poco mis fuerzas».

He podido ocultar mi nombre, mi domicilio. He depositado en las oficinas de esta casa dinero suficiente para que no pusieran dificultades en admitirme y en tenerme aquí todo el tiempo que Dios considere todavía necesario.

Esta habitación me gusta. La limpieza perfecta basta para el adorno de las paredes. Estaba muy sorprendida de sentirme casi alegre. Es que ya no espero nada de la vida. Es que ahora debo contentarme con Dios, y su amor solo es exquisito si ocupa dentro de nosotros todo el espacio...

No he traído ningún otro libro que la Biblia, pero hoy, con más fuerza que las palabras que leo en ella, resuena en mí el apasionado sollozo de Pascal:

«Todo aquello que no es Dios no puede llenar mi espera.»

¡Oh, felicidad en exceso humana que mi corazón pudo imprudente desear...! ¿Es para obtener este grito, Señor, que me has llevado a desesperar?

12 de octubre

¡Que venga tu reino! Que venga a mí, de modo que solo Tú reines sobre mí, y reines sobre mí por entero. No quiero regatearte por más tiempo mi corazón.

Cansada como si fuera muy vieja, mi alma conserva una extraña puerilidad. Soy aún la niña que fui, que no podía dormirse antes de que todo estuviera ordenado en la habitación y bien doblada a la cabecera de la cama la ropa que me había quitado...

Es así como quisiera prepararme para morir.

13 de octubre

He releído mi diario antes de destruirlo. «Es indigno de los grandes corazones difundir la turbación que experimentan.» Creo que esa hermosa frase es de Clotilde de Vaux.

En el momento de echar al fuego este diario, una especie de advertencia me ha detenido. Me ha parecido que ya no me pertenecía solo a mí, que no tenía derecho a sustraerlo a Jérôme, que únicamente para él lo había escrito. Mis inquietudes, mis dudas, me parecen ahora tan irrisorias que no puedo seguir concediéndoles importancia ni creer que Jérôme puede sentirse turbado por ellas. Dios mío, permite que él sorprenda algunas veces el torpe acento de un corazón deseoso hasta la locura de impulsarle hacia esa cima de virtud que yo desesperé de alcanzar.

«Dios mío, condúceme hasta este peñasco que yo no puedo alcanzar.»

15 de octubre

«Alegría, alegría, alegría, lágrimas de alegría...»

Por encima de la alegría humana y más allá de todo dolor, sí, yo presiento esta alegría radiante. Ese peñasco que no puedo alcanzar sé bien que tiene un nombre: felicidad... Comprendo que toda mi vida es vana, si no es para conseguir la felicidad... ¡Ah, y sin embargo Tú la prometías, Señor, al alma pura y capaz de renuncia! «Felices desde ahora, decía tu santa palabra, felices desde ahora aquellos que mueren en el Señor.» ¿Tendré que esperar yo hasta la muerte? Es ahí donde mi fe vacila. ¡Señor! Clamo a ti con todas mis fuerzas. Estoy en la noche y espero el amanecer. Clamo a Ti hasta morir. Ven a apagar la sed de mi corazón. Porque tengo sed inmediata de esta felicidad. ¿O debo persuadirme de que la tengo? Y, como el pájaro impaciente que canta antes del alba, llamando más que anunciando el día, ¿no debo esperar a que palidezca la noche para cantar?

16 de octubre

Jérôme, quisiera enseñarte la alegría perfecta.

Esta mañana me ha quebrantado una crisis de vómitos. Me he sentido, inmediatamente después, tan débil que durante unos instantes he esperado la muerte. Pero no, primero se ha producido en todo mi ser una gran calma. Después se ha adueñado de mí una angustia, un temblor de la carne y del alma. Era como el esclarecimiento brusco y desencantado de mi vida. Me parecía ver por primera vez las paredes atrozmente desnudas de mi habitación. He tenido miedo. Incluso ahora escribo para tranquilizarme, para calmarme. ¡Oh, Señor, que pueda yo llegar hasta el final sin blasfemia!

Todavía he conseguido levantarme. Me he puesto de rodillas como una niña...

Quisiera morir ahora, enseguida, antes de haberme dado cuenta otra vez de que estoy sola.

El año pasado volví a ver a Juliette. Habían transcurrido más de diez años desde su última carta, aquella en que me comunicaba la muerte de Alissa. Un viaje por Provenza me dio ocasión de detenerme en Nîmes. Los Teissières viven en una casa de bastante buen aspecto, en la avenue de Feuchères, el centro más bullicioso de la ciudad. Aunque había escrito para anunciar mi llegada, estaba un poco conmovido al cruzar el umbral.

Una criada me hizo subir al salón, donde, unos momentos después, vino Juliette a reunirse conmigo. Me pareció ver a la tía Plantier: la misma manera de andar, la misma anchura, la misma cordialidad sofocada. Me acosó de inmediato a preguntas, de las que no esperaba respuesta, sobre mi carrera, mi vida en París, mis ocupaciones, mis amigos. ¿Qué había venido de hacer en Provenza? ¿Por qué no me llegaba a Aigues-Vives, donde Édouard estaría encantado de recibirme...? Después me dio noticias de todos, me habló de su marido, de sus hijos, de su hermano, de la última cosecha, de la mala venta... Me enteré de que Robert había vendido Fongueusemare para ir a vivir en Aigues-Vives, de que ahora era socio de Édouard, lo que permitía a este último viajar y ocuparse más especialmente de la parte comercial del negocio, mientras Robert permanecía en los campos, mejorando y extendiendo las plantaciones.

Entretanto yo buscaba inquietamente con la mirada algo que hiciera referencia al pasado. Reconocía, entre el mobiliario nuevo del salón, algunos muebles de Fongueusemare, pero Juliette parecía ignorar aquel pasado que se estremecía en mi interior, o se estaba esforzando por distraer de él nuestra atención.

Dos muchachos de doce y trece años jugaban en la escalera y los llamó para presentármelos. Lise, la hermana mayor, había acompañado a su padre a Aigues-Vives. Otro muchacho de diez años iba a volver de un paseo. Era aquel cuyo próximo nacimiento me había anunciado Juliette en la misma carta en la que me comunicaba nuestro duelo. Aquel último embarazo no había llegado a término sin dificultades. Juliette quedó afectada durante mucho tiempo, y luego, el año pasado, había dado a luz una niña, que parecía, oyéndola hablar, preferir a sus otros hijos.

—Está durmiendo en mi cuarto, aquí al lado —me dijo—. Ven a verla. —Y, mientras yo la seguía, añadió—: Jérôme, no me he atrevido a

escribírtelo... ¿Consentirías en ser padrino de la pequeña?

—Encantado, si tú lo quieres —contesté, un poco sorprendido, mientras me inclinaba sobre la cuna—. ¿Cómo se llama mi ahijada?

—Alissa... —respondió Juliette en voz baja—. Se le parece un poco, ¿no crees?

Estreché la mano de Juliette, sin responder. La pequeña Alissa, que su madre había sacado de la cuna, abrió los ojos y yo la cogí en mis brazos.

—¡Qué buen padre de familia serías! —dijo Juliette tratando de reír—. ¿A qué esperas para casarte?

—A haber olvidado muchas cosas.

Y vi que se sonrojaba.

—¿Que esperas olvidar pronto?

—Que no espero olvidar jamás.

—Ven conmigo —dijo Juliette bruscamente, y me precedió hasta una habitación más pequeña y ya oscura, una de cuyas puertas daba a su dormitorio y la otra al salón—. Aquí es donde me refugio cuando tengo un momento libre. Es la habitación más tranquila de la casa, aquí casi me siento al abrigo de la vida.

La ventana de este saloncito no se abría, como las de las restantes habitaciones, sobre los ruidos de la ciudad, sino sobre una especie de patio con árboles.

—Sentémonos aquí —dijo, mientras se dejaba caer en un sillón—. Si te he entendido bien, pretendes seguir fiel al recuerdo de Alissa.

Estuve un momento sin contestar.

—Quizá mejor a la idea que ella se había formado de mí... No lo consideres un mérito. Creo que no puedo actuar de otra manera. Si me casara con otra mujer, solo podría fingir amarla.

—¡Ah! —exclamó ella, casi con indiferencia, y luego, apartando de mí el rostro, que inclinó hacia el suelo como para buscar algo que se le hubiera perdido—: Entonces ¿tú crees que es posible guardar tanto tiempo en el corazón un amor sin esperanza?

—Sí, Juliette.

—¿Y que la vida puede soplar sobre él todos los días sin apagarlo...?

La noche ascendía como marea gris, alcanzando, sumergiendo todo objeto, que, en aquella penumbra, parecía revivir y explicar a media voz su pasado. Volví a ver la habitación de Alissa, que Juliette había reunido aquí. Ahora volvió a dirigir hacia mí un rostro del que ya no podía distinguir los rasgos, de modo que no pude saber si tenía los ojos cerrados. Me pareció muy hermosa. Y permanecimos allí, quietos los dos, sin hablar.

—¡Bueno! —exclamó ella por fin—. Hay que despertar...

La vi levantarse, dar un paso, volver a caer como sin fuerzas en una silla cercana. Se pasó las manos por el rostro y me pareció que lloraba...

Entró una criada que traía la lámpara.



ANDRÉ GIDE (París, 1869 - Paris 1951). Escritor francés. Criado en Normandía, con problemas de salud y viviendo prácticamente aislado, se convirtió en un escritor prolífico desde temprana edad. Los efectos de una educación rígida y puritana condicionaron el principio de su carrera literaria, que se inició con *Los cuadernos de André Walter* (1891), prosa poética de orientación simbolista y cierto tono decadente. Se ganó el favor de la crítica con *Los alimentos terrestres* (1897), que constituía una crítica indirecta a toda disciplina moral, en la cual afirmaba el triunfo de los instintos y la superación de antiguos prejuicios y temores.

Esta exigencia de libertad adquirió posteriormente expresión narrativa en *L'immoraliste* (1902), *La Porte étroite* (1909), *Isabelle* (1912) y la *Symphonie pastorale* (1919). Después del éxito de *Los alimentos terrestres*, publicó *Prometeo mal encadenado* (1899), reflexión sobre la libertad individual, obstaculizada por los remordimientos de conciencia. Idéntica preocupación por lo moral y la gratuidad reflejan *Los sótanos del Vaticano* (1914) y *Corydon* (1924), esta última un diálogo en defensa de la homosexualidad, que supuso un auténtico escándalo.

Participó en la fundación de *La Nouvelle Revue Française* (1908) y publicó ensayos sobre viajes, literatura y política. *Los monederos falsos* (1925) es

una de las novelas más reveladoras del período de entreguerras y gira en torno a su propia construcción y a la condición de escritor, aunque su obra más representativa tal vez sea su *Journal* (1889-1942), que constituye una especie de Bildungsroman (aprendizaje de novelista).

En sus novelas a menudo se ocupaba de los dilemas morales que vivió en su propia vida.

Durante la década de 1930, brevemente se convirtió en comunista, pero quedó desilusionado luego de su visita a la Unión Soviética. Sus críticas al comunismo le ocasionaron que perdiera varios de sus amigos socialistas.

En el año 1947 fue galardonado con el Premio Nobel de Literatura.